



CHRISTOPHER ISHERWOOD

# UN HOMBRE SOLTERO

Lectulandia

Cuando en 1964 se publicó *Un hombre soltero*, su descripción vívida, franca, enternecedora y empática de la vida de un homosexual pasados los cincuenta causó sensación. George está adaptándose a vivir solo tras la muerte repentina de su novio en un accidente de tráfico. Decidido a continuar con las rutinas de su vida diaria hace muecas a los niños del vecindario, da sus clases sobre Aldous Huxley, chismorrea, bebe demasiado, se perturba ante la vista de un joven jugador de tenis, y se ilusiona por una cita con uno de sus estudiantes. Este inglés afincado en el sur de California y profesor universitario es un forastero, y tanto sus reflexiones internas como su relación con los otros revelan a un hombre que, a pesar de las injusticias cotidianas y de la soledad, ama la vida.

Esta edición incluye la entrevista que Winston Leyland, director de la revista *Gay Sunshine*, le hiciera a Christopher Isherwood en 1973.

«Un testimonio del indudable genio de Isherwood como novelista». Anthony Burgess.

**Lectulandia**

Christopher Isherwood

# **Un hombre soltero**

ePub r1.2

Titivillus 23.08.15

Título original: *A Single Man*  
Christopher Isherwood, 1964  
Traducción: José Martínez Aragón

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



El despertar se inicia al decir soy y ahora. Lo que ha despertado permanece algún tiempo echado, mirando fijamente al techo y escudriñando en su interior hasta que reconoce el yo y deduce yo soy, yo soy ahora. Después, al menos, viene el aquí como algo negativamente tranquilizador. Pues es aquí, esta mañana, donde esperaba encontrarse. En eso que se llama en casa.

Pero ahora no es simplemente ahora. Ahora es además una admonición gélida, un días más allá de ayer, un año más tarde que el año pasado. Cada ahora lleva el sello de su fecha y convierte a los previos ahóras en caducos hasta que, tarde o temprano, quizá —no quizá, con toda certeza— llegue.

El miedo retuerce el nervio vago. Un eludir enfermizo de eso que espera en algún lugar, ahí fuera, enfrente de uno.

Mientras tanto, la corteza cerebral, con disciplina rigurosa, ha ocupado su lugar en la cabina de mandos y ha comprobado los controles, uno tras otro. Las piernas se estiran, la zona lumbar se flexiona, los dedos aferran y sueltan. Es ahora cuando, sobre todo el sistema de intercomunicación, se dicta la primera orden general del día: ARRIBA.

Obediente, el cuerpo se levanta de la cama —pulgares y rodilla izquierda contraídos por la artritis, una náusea incipiente venida del píloro espasmódico— y, desnudo, con paso vacilante, va al cuarto de baño, desocupa la vejiga y se pesa. ¡Todavía algo más de sesenta y ocho kilos, a pesar de todos sus esfuerzos en el gimnasio! Y después, el espejo.

Lo que allí aparece es menos un rostro que la expresión de un conflicto. He aquí lo que se ha hecho a sí mismo, la maraña donde ha conseguido enredarse en cincuenta y ocho años, traducido en una mirada apagada, atormentada, una nariz basta, las comisuras de la boca abatidas como si sus propias toxinas hubieran alcanzado el máximo de amargura, las mejillas desprendidas del anclaje de los músculos y el cuello flácido, colgando en pequeños pliegues. Esa mirada acosada es la de un nadador o un corredor desesperadamente cansado que aún no puede detenerse. La criatura que contemplamos seguirá luchando hasta caer. No es que sea heroica. No puede imaginar otra salida.

Con la mirada clavada en el espejo, reconoce en su cara muchas otras —la del niño, el muchacho, el joven, el ya no tan joven—; todas están ahí todavía, preservadas en capas sucesivas como fósiles y, como fósiles, muertas. El mensaje de todos ellos a esta criatura muerto-viviente es: «Míranos... Estamos muertos... ¿De qué asustarse?».

A lo que la criatura responde: «Pero ha sucedido gradualmente, muy fácilmente. Tengo miedo de que me metan prisa».

Sigue mirando. Sus labios se entreabren. Comienza a respirar por la boca. Pero el córtex, impaciente, ordena: lavarse, afeitarse, peinarse. Hay que tapar la desnudez. Es

preciso vestirse, porque va a salir al mundo de los otros y estos deben poder identificarlo. Su comportamiento ha de resultarles aceptable.

Sumiso, se lava, se afeita y se peina; acepta sus responsabilidades hacia los demás. Incluso está contento de tener un lugar entre ellos. Sabe lo que esperan a cambio.

Conoce su nombre. Le llaman George.

Una vez vestido, se ha convertido en él, ya es casi George, aunque todavía no sea el George completo que ellos quieren y están preparados para reconocer. Los que telefonaran a esta hora de la mañana se quedarían atónitos, incluso tal vez se alarmarían, si pudieran darse cuenta de con qué tipo de cosa semihumana están hablando. Pero, por supuesto, no podrían... La imitación de la voz de su George es casi perfecta. La misma Charlotte se lo cree. Sólo en un par de ocasiones ha intuido algo inquietante y preguntado: «Geo... ¿estás bien?».

Atraviesa la habitación delantera, a la que llama «su estudio», y baja la escalera. Los escalones dan la vuelta a una esquina; son estrechos y empinados. Puedes tocar ambas barandillas con los codos y tienes que agachar la cabeza, incluso si, como George, mides sólo un metro ochenta. Es una casa pequeña, bien aprovechada. A menudo se siente protegido por su tamaño reducido. Apenas si hay espacio para sentirse solo.

Sin embargo...

Imagina dos personas que viven días tras día, año tras año, en este espacio diminuto, cocinando codo a codo en la misma cocina minúscula, rozándose en las angostas escaleras, afeitándose frente al mismo espejo pequeño; constantemente empujándose, topándose, entrechocando sus cuerpos por inadvertencia o a propósito, de manera sensual, agresiva, torpe, impaciente; encolerizados o enamorados... Piensa qué huellas, tan hondas como invisibles, han debido de dejar tras de sí por todas partes. La entrada a la cocina es demasiado estrecha. Dos personas con prisa, cargadas de platos con comida, tropezarán siempre en ese lugar. Y es aquí precisamente donde casi cada mañana George, llegado al final de la escalera, tiene esa sensación de encontrarse de súbito sobre un borde dentado, escarpado, cortado de manera brutal. Como si el camino hubiera desaparecido bajo un derrumbamiento. Aquí es donde se para en seco y, con una actualidad enfermiza, casi como si fuera por primera vez, sabe: Jim está muerto. Está muerto.

Se queda quieto, en silencio, exhalando a lo más un breve gruñido animal mientras espera que el espasmo pase. Luego entra en la cocina. Esta mañana las convulsiones son demasiado dolorosas para considerarlas sólo desde una perspectiva sentimental. Después se siente aliviado. Bastante. Es como superar un molesto calambre.

Hoy hay más hormigas que serpentean en columna por el suelo, trepan al fregadero y amenazan la alacena donde guarda las mermeladas y la miel. Con tesón, las va matando con un pulverizador y, de pronto, se ve a sí mismo entregado a esa tarea. Un ser obstinado, malévolo y avejentado imponiendo su voluntad a esos insectos instructivos y admirables. La vida destruyendo la vida ante una audiencia de objetos —ollas y cazuelas, cuchillos y tenedores, latas y botellas— que no pertenecen al reino de la evolución. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Es un enemigo cósmico, un tirano arcaico que intenta esconder su existencia enfrentándonos a nuestros aliados naturales, víctimas, como nosotros, de su tiranía? Pero cuando George ha terminado de pensar todo esto, las hormigas ya están muertas, barridas por un trapo húmedo y eliminadas por el sumidero. Se prepara unos huevos escalfados con beicon, tostada y café, y se los toma sentado a la mesa de la cocina. Y mientras, en su cabeza, da vueltas y más vueltas la rima infantil que su niñera le enseñó en Inglaterra, hace ya tantos años:

*Los huevos con tostada son muy sabrosos...*

(Todavía cree verla, simple y sosegada, con su pelo gris y sus ojos brillantes, de ratoncillo, pequeña y regordeta, entrar en el cuarto de los niños con la bandeja del desayuno, jadeante aún por el esfuerzo de subir la escalera. Siempre protestaba de lo empinada que era, y la llamaba «La Montaña de Madera»: una de esas frases mágicas de la niñez).

*Los huevos con tostada son muy sabrosos,  
quien los prueba una vez repite goloso<sup>[1]</sup>.*

¡Oh, la ternura desgarradoramente incierta de los placeres infantiles! El señorito George paladeando los huevos. La niñera observándolo y sonriendo confiada porque todo está a salvo en su querido, diminuto y condenado mundo.

El desayuno con Jim solía ser uno de los mejores momentos del día. Entonces, mientras bebían su segunda y tercera taza de café, tenían las mejores conversaciones. Hablaban de cuanto se les ocurría, incluso de la muerte, por supuesto, y de si hay algo después, y, en caso afirmativo, qué es exactamente lo que perdura. También debatían las ventajas y desventajas de una muerte instantánea y de saber de antemano que uno se va a morir. Pero George es incapaz de recordar lo que pensaba Jim de todo esto. Es difícil tomarse en serio estas cosas. Suenan muy académicas.

Supóngase por un momento que los muertos regresen a visitar a los vivos. Que algo más o menos definible como Jim acuda a ver cómo lo está pasando George.



¿Sería satisfactorio? ¿Merecería la pena? En el mejor de los casos, sería comparable a la breve visita de un observador de otro país, a quien se permite atisbar un momento desde el vasto ámbito de su libertad y contemplar, desde lejos, como a través de un cristal, la figura solitaria sentada a la mesita en la habitación estrecha, consumiendo humilde y lánguidamente sus huevos escalfados, ¿un prisionero de por vida?

El salón es oscuro, su techo bajo, y estanterías llenas de libros recubren el lienzo de pared frente a las ventanas. Los libros no han hecho a George más noble, mejor ni más sabio. Es sólo que le gusta escuchar sus voces, unas u otras, según su estado de ánimo. Se aprovecha de ellos de manera impía —aunque en público habla de ellos con el mayor respeto— para inducir el sueño, para ahuyentar de su mente las agujas del reloj, para aliviar la roedura de su espasmo pilórico, para superar con sus chismes la melancolía, para liberar los reflejos condicionados de su colon.

Toma ahora uno de ellos, y Ruskin le dice:

... de escolares os gustaban las pistolas de aire comprimido, y los rifles y Armstrongs son la misma cosa, mejor hecha. Pero lo peor es que, lo que para vosotros de niños constituía un juego, era otra cosa muy distinta para los gorriones. Y lo que hoy tomáis como juego no lo es para los pajarillos de la nación. Y en cuanto a los halcones negros, no parecéis muy ansiosos de cazarlos, si no me equivoco.

Intolerante viejo Ruskin, siempre con la razón, medio loco y encolerizado, con sus patillas, increpando contra todo lo inglés... Hoy es el compañero perfecto para pasar cinco minutos en el cuarto de baño. George percibe un movimiento intestinal agradablemente acuciante y sube con vivacidad la escalera hacia el baño, libro en mano.

Sentado en el váter puede mirar por la ventana. (Su cabeza y sus hombros se aprecian desde el otro lado de la calle, pero no lo que hace). Es una cálida y gris mañana de invierno en California. El cielo se desploma, blando, con la niebla del Pacífico. Abajo, en la playa, mar y cielo se fundirán en un gris difuso y triste. Las palmeras se yerguen inmóviles y de las matas de adelfas rezuma el rocío.

La calle se llama Camphor Tree Lane. Posiblemente, en otros tiempos crecían aquí alcanforeros; ahora no hay ni uno. Lo más probable es que el nombre lo eligieran por su carácter pintoresco los primeros fugitivos de los sórdidos barrios bajos de Los Ángeles y de la vulgar y sofocante Pasadena, que llegaron aquí y fundaron la colonia al principio de los años veinte. Calificaban de chalets sus *bungalows* estucados y sus cabañas de madera y les daban lindos nombres como *The Fo'c'sle* y *Hi Nuff*<sup>[2]</sup>. Llamaban a las calles «sendas» o «caminos» para armonizar con la atmósfera boscosa que pretendían crear. Su sueño utópico era un pueblo inglés

subtropical con aires de Montmartre, un Pequeño Lugar Apacible donde pintar un poco, escribir algo y beber mucho. Se consideraban individualistas de retaguardia, la última defensa frente al siglo xx. De la mañana a la noche daban sonoras muestras de agradecimiento por haber escapado al mercantilismo corruptor del alma propio de la ciudad. Eran volubles, animados y descaradamente bohemios, curiosos incansables sobre lo que hacían sus vecinos y muy tolerantes. Si peleaban, lo hacían con los puños, botellas y muebles, no con abogados. La mayoría de ellos fueron lo bastante afortunados para morir antes del Gran Cambio.

El Cambio comenzó a finales de los cuarenta, cuando los veteranos de la Segunda Guerra Mundial regresaban del Este en enjambres, con sus recién estrenadas esposas, en busca de nuevos y mejores criaderos en el soleado Sur, esa última y nostálgica imagen del hogar captada antes de embarcar rumbo al Pacífico. Y qué mejor criadero que esta zona de colinas, a un corto paseo de cinco minutos de la playa y libre de tráfico que pudiera diezmar a los futuros nenes. Y así, una tras otra, las casitas con el habitual y sofocante olor a ginebra de garrafa y sus ecos poéticos a lo Hart Crane<sup>[3]</sup> fueron retirándose ante el ejército invasor de televidentes consumidores de Coca-Cola.

Sin duda, los auténticos veteranos se habrían ajustado bastante bien a la utopía bohemia primigenia. Quizá alguno habría intentado pintar o escribir entre resaca y resaca. Pero sus mujeres les explicaron desde el principio, en un lenguaje muy claro, que no se puede compaginar la repoblación con la bohemia. Para procrear hay que tener un trabajo fijo, una hipoteca, crédito y un seguro. Y desde luego nadie se permitirá morir hasta que el futuro de la familia esté consolidado.

Y los chiquillos aparecieron, parto tras parto tras parto. La pequeña y antigua escuela se convirtió en un grupo de flamantes y aiosos edificios. El destartalado mercado cara al océano se agigantó hasta supermercado. Y en Camphor Tree Lane se colocaron dos señales. Una indicaba que no se probaran los berros crecidos en el lecho del arroyo porque el agua estaba contaminada. (Los primeros colonizadores los consumieron durante años; y George y Jim probaron algunos sin que nada les ocurriera, y los encontraron deliciosos). La otra señal —unas siluetas negras y siniestras sobre fondo amarillo— advertía: NIÑOS JUGANDO.

Por supuesto, George y Jim vieron esa señal amarilla la primera vez que bajaron al lugar en busca de vivienda. Pero no hicieron caso porque ya se habían encaprichado de la casa. Les gustó porque sólo se podía llegar a ella cruzando el puente sobre el arroyo; los árboles que la circundaban y el risco escarpado cubierto de arbustos que tenía por detrás la aprisionaban, como si fuera una casa en el claro de un bosque.

—Tan bueno como vivir en nuestra propia isla —dijo George.

Caminaban hundidos hasta los tobillos en las hojas muertas del sicómoro (un engorro crónico), decididos ya a que todo les gustara. Atisbaron en el interior sombrío, húmedo y bajo del salón, y coincidieron en lo acogedor que sería de noche,

con un buen fuego. El garaje estaba cubierto por una bóveda de hiedra tupida, mitad viva, mitad muerta, que le hacía parecer dos veces más grande de su tamaño real. El interior era diminuto, pues había sido construido en los tiempos del Ford T. Jim lo consideró útil para albergar algunos de los animales. Sus coches eran demasiado grandes para su capacidad, pero se podrían aparcar en el puente. Notaron que este daba muestras de haber comenzado a ceder un poco.

—Espero que, al menos, aguante mientras estemos aquí —dijo Jim.

Sin duda, los niños de la vecindad ven la casa de forma muy parecida a como la contemplaron George y Jim aquella primera tarde. Con su hirsuta cubierta de hiedra y su aire sombrío y clandestino, era el refugio perfecto para todos los monstruos de los viejos cuentos. Y éste es el papel que George ha venido representando, con violencia creciente, desde que empezó a vivir solo. Libera una parte de su naturaleza que le horrorizaba mostrar a Jim. ¿Qué diría si pudiera observar a George agitando los brazos y rugiendo como un perturbado desde la ventana mientras el Benny de la señora Strunk y el Joe de la señora Garfein cruzan y recruzan temerariamente el puente? (A Jim siempre le resultaba fácil tratarlos. Les permitía acariciar a las mofetas y al mapache y hablar al pájaro mina, y sin embargo nunca pasaban el puente sin invitación previa).

La señora Strunk, que vive enfrente, regaña concienzudamente a sus niños de vez en cuando, adviniéndoles que le dejen en paz, explicándoles que es profesor y tiene mucho trabajo. Pero por muy dulce que sea la señora Strunk —una cansada mansedumbre derivada del ajetreo de sus tareas domésticas; una suave melancolía destilada del recuerdo de los tiempos en que cantaba en la radio, sacrificados para darle al señor Strunk cinco chicos y dos chicas—, tampoco puede evitar tener que informar a George, con una sonrisa maternal de indulgencia y cierta insinuación, leve y lejana, de que lo aprueba, que Benny (el pequeño) habla ya de él como «ese hombre» desde que George le ahuyentó persiguiéndole por todo el puente y por la calle. Había estado golpeando a la puerta de la casa con un martillo.

George se avergüenza de sus bramidos porque no son teatro. Realmente pierde los estribos, y después se siente humillado y con náuseas. Al mismo tiempo se da cuenta de que los niños quieren que se comporte así. Quieren que haga exactamente eso. Si de pronto se negase a representar su papel de monstruo y les resultara imposible provocarle, tendrían que buscar un sustituto. La duda —¿está actuando o realmente nos odia?— no se les plantea nunca. Les resulta por completo indiferente, excepto como personaje de sus mitificaciones. Sólo George se preocupa. Por eso se avergüenza aún más de su momento de debilidad, hace cosa de un mes, cuando compró algunos dulces y los ofreció a un grupo de niños en la calle. Los aceptaron sin dar las gracias, con una mirada entre curiosa e intranquila, y probablemente recibieron de él su primera lección sobre el desprecio.

Entretanto, Ruskin ha perdido por completo su aire admonitorio. «¡El gusto no es más que MORALIDAD!», vocifera agitando un dedo ante la nariz de George. Se está poniendo pesado y George le corta a media frase cerrando el libro. Sentado aún en la taza del váter, mira por la ventana.

La mañana es apacible. Casi todos los niños están en la escuela. Aún faltan algunas semanas para las vacaciones de Navidad. (Al pensar en la Navidad, George se estremece, desesperado. Quizá se decida a hacer algo drástico: coger un avión a Ciudad de México y emborracharse y alborotar durante una semana de bar en bar. «No lo harás, nunca lo harás», dice en su interior una voz gélida y aburrida).

¡Ah! Aquí está Benny, martillo en mano. Rebusca en los cubos de basura alineados a un lado de la vereda para la recogida y consigue extraer una báscula rota. George contempla cómo Benny la golpea con el martillo, exhalando alaridos como si el objeto gritara de dolor. ¡Y pensar que la señora Strunk, la madre orgullosa de esa criatura, solía preguntar a Jim, entre escalofríos de asco, cómo era capaz de tocar a las inofensivas crías de culebra!

Y he aquí que la señora Strunk aparece en el porche de su casa, justo en el momento en que Benny da por terminado el asesinato de la báscula y contempla sus vísceras esparcidas.

—¡Vuelve a ponerlas en su sitio! —le dice—. ¡En el cubo! ¡En su sitio, inmediatamente! ¡En su sitio! ¡En el cubo!

Su voz sube, baja, con una cadencia deliberadamente afable. Nunca grita a sus hijos. Ha leído todos los libros de psicología. Sabe que Benny está pasando por su fase agresiva a su debido tiempo. Nada podría ser más normal y saludable. Es consciente de que se la puede oír en toda la calle. Está en su derecho, en la Hora de la Madre. Cuando, por fin, Benny deja caer algunos fragmentos en el cubo de la basura, canturrea «¡buen chico!» y regresa sonriendo a su casa.

Entonces Benny se dirige a otra parte, para interferir en la vida de tres chiquillos más pequeños, dos niños y una niña, que se afanan por abrir un hoyo en la parcela desocupada situada entre los Strunk y los Garfein. (Sus dos casas dan de frente a la calle, abiertamente, en contraste con la marginación retraída del cubil de George).

En la parcela vacía, bajo el altísimo y viejo eucalipto, Benny se ha hecho cargo de la excavación. Se despoja de la chaquetilla y la tira al aire, hacia la niña, para que la sostenga; escupe luego en las manos y coge la pala. Es uno u otro personaje de la tele en busca de un tesoro escondido. Las vidas de los niños son un conjunto de simulaciones de esta especie. En cuanto pueden hablar, ya intentan cantar las canciones de los anuncios.

Pero justo ahora uno de los niños —quizá tan aburrido con el trabajo de Benny como éste lo está de los proyectos del señor Strunk para organizar un grupo de *scouts*— se aparta por propia iniciativa y dispara un cañón de carburo<sup>[4]</sup>. George ha visitado

ya a la señora Strunk para quejarse de ese cañón, rogándole que explique a la madre del niño que le está volviendo loco por momentos. Pero la señora Strunk no quiere interferir en la anarquía de la naturaleza. Sonriendo evasiva, se limita a decir a George:

—Nunca oigo el ruido que hacen los niños... mientras sea un ruido feliz.

La hora de la señora Strunk y el poder de la maternidad durarán hasta la media tarde, cuando los chicos y chicas vuelvan del colegio. Llegan en grupos mixtos de los que, no obstante, los chicos se separan casi de inmediato para tomar parte en su hora de jugar a la pelota. Vociferan ruidosa y ásperamente unos contra otros, dan patadas, saltan y se empujan con una gracia valiente. Cuando la pelota aterriza en coto privado, pisotean las flores, invaden las rocallas, irrumpen en los patios, sin pensar siquiera en disculparse. Si un coche se aventura a entrar en esa calle, tiene que detenerse y aguantar hasta que se le permita seguir; conocen sus derechos. En ese momento, las madres deben confinar a sus pequeños en casa, a salvo de cualquier peligro. Las chicas se sientan en los porches, entre risitas. Miran de continuo a los chicos y hacen las cosas más extravagantes para llamar su atención. Por ejemplo, las chicas Cody se dedican a abanicar a su viejo perro de lanas como si fuera Cleopatra en el Nilo. Pero nadie les presta atención, ni siquiera sus cortejadores oficiales: ésta no es su hora. Los únicos muchachos dispuestos a hablarles ahora son delicados de voz y de modales. Como el hijo del doctor, bastante mariquita, que prende cintas en los rizos del perro de lanas.

Por último, regresan los hombres del trabajo. Ésta es su hora. El juego de pelota ha de terminar. En efecto, los nervios del señor Strunk no han mejorado al tener que pasarse el día intentando vender una propiedad a ese viudo acomodado de cerebro de mosquito, y el humor del señor Garfein es imprevisible tras las tensiones en su empresa de instalación de piscinas. Ellos, igual que sus camaradas, los otros padres, no pueden soportar ya ningún ruido. (Los domingos, el señor Strunk juega a la pelota con sus hijos, pero se trata sólo de otro de sus proyectos de educación física, algo adecuado y serio, no una verdadera diversión).

Todos los fines de semana hay reuniones de carácter social. Los jóvenes son incitados a salir, bailar y cortejarse unos a otros, incluso aunque no hayan terminado sus deberes. Es que los adultos necesitan desesperadamente relajarse sin ser observados. La señora Strunk, con la señora Garfein, prepara ensaladas en la cocina; el señor Strunk traslada la barbacoa al patio y el señor Garfein, cruzando el solar desierto con una bandeja cargada de botellas y una coctelera, anuncia alegremente, con el vozarrón de un marine curtido:

—¡Llegan los martinis!

Y dos, tres horas más tarde, tras los cócteles y las risotadas, las historias asombrosamente sucias, los pellizcos a hurtadillas a las mujeres de los otros, los filetes y la tarta, mientras «las chicas» —como la señora Strunk y compañía siguen llamándose unas a otras, y seguirán haciendo aunque lleguen a los noventa— lavan

los platos, se puede oír al señor Strunk y a los demás maridos reír y hablar en el porche, copa en mano, con voz pastosa. Han olvidado al fin los problemas del trabajo. Se sienten orgullosos y contentos. Pues hasta el más insignificante de ellos coparticipa en la utopía americana, el reino de la buena vida sobre la tierra — torpemente remedado por los rusos y odiado por los chinos—, dispuestos al mismo tiempo a purificarse y pasar hambre generación tras generación en la vana esperanza de heredarlo. ¡Oh, sí!, el señor Strunk y el señor Garfein están orgullosos de su reino. Pero entonces ¿por qué sus voces suenan como las de los muchachos cuando se llaman unos a otros al explorar una cueva oscura y desconocida, cada vez más subidas de tono, más impúdicas? ¿No se dan cuenta de que tienen miedo? No. Pero lo tienen, y mucho.

¿De qué tienen miedo?

Temen lo que saben que existe allá, en algún sitio, en la oscuridad que los rodea, lo que en cualquier momento puede salir a la luz irrenunciable de sus linternas, y que ya no consentirá en ser ignorado ni liquidado de manera sensata. El espíritu que desafía a las estadísticas, la gorgona que rechaza su cirugía plástica, el vampiro que bebe la sangre entre sorbos ordinarios e inoportunos, la bestia hedionda que desprecia los desodorantes, lo indecible que insiste, haciendo caso omiso de los siseos, en pronunciar su nombre.

Entre otras muchas clases de monstruos, piensa George, me tienen miedo a mí, tan poca cosa.

El señor Strunk, según George, intenta encasillarle con una palabra. «Rarillo», gruñe sin duda. Pero como, después de todo, estamos en el año 1962, incluso puede ser que él añada: «Me trae sin cuidado lo que haga mientras se mantenga lejos de mí». Los mismos psicólogos discrepan sobre las conclusiones que se pueden obtener acerca de los señores Strunk de este mundo basándose en tal observación. Pero persiste el hecho de que el mismo señor Strunk, a juzgar por una fotografía en la que aparece vestido de futbolista en el colegio, había sido lo que muchos llamarían «todo un muñeco».

No obstante, la señora Strunk —George está seguro— se permite disentir amablemente de la opinión de su marido. Ha sido instruida en la nueva tolerancia, la técnica de aniquilación mediante la afabilidad. Eso se desprende de su libro de psicología: salmos y velas ya no son necesarios. Con una monótona cantinela procede a exorcizar lo innumerable para que abandone el cuerpo de George. No hay ningún motivo para disgustarse, canturrea, ni para condenarle. No es una perversión premeditada. Todo deriva de la herencia, del primer medioambiente (¡qué vergüenza esas madres posesivas, esas escuelas inglesas con segregación sexual!), de una detención del desarrollo puberal, y/o de las hormonas. He aquí un inadaptado, excluido para siempre de las mejores cosas de la vida, un ser que provoca compasión, no censura. Algunos casos, si se cogen precozmente, pueden responder a la terapia. En cuanto al resto... es muy triste, sobre todo cuando afecta —y así ocurre por

desgracia— a personas que verdaderamente merecen la pena, que habrían tenido mucho que ofrecer. (Aunque, pese a todo, lleguen a ser genios, sus obras maestras están irremediabilmente malformadas). Seamos comprensivos y recordemos que, después de todo, ahí tenemos a los antiguos griegos (aunque eso era algo distinto, no se trataba de neuróticos, sino de paganos). Confesemos incluso que este tipo de relación, a veces, puede ser casi bella... sobre todo si uno de los interesados ha muerto; o, mejor aún, ambos.

¡Cómo disfrutaría la señora Strunk sintiéndose triste por Jim! Pero ¡ja!, no lo sabe; ninguno de ellos lo sabe. Ocurrió en Ohio, y los periódicos no han publicado la noticia. George se ha limitado a difundir el rumor de que los padres de Jim, ya muy ancianos, han intentado persuadirle para que vuelva al hogar y viva con ellos, y que, como resultado de su reciente visita, va a permanecer en el Este por tiempo indefinido. Y es tan cierto como el Evangelio. En cuanto a los animales, esos recuerdos diabólicos, George quiso ponerlos de inmediato lejos de su vista. No podía resistir ni siquiera la idea de que estuvieran cerca. Así, cuando la señora Garfein quiso saber si le vendería el pájaro mina, contestó que los había enviado todos a Jim. En realidad, se los llevó a un comerciante de San Diego.

Ahora, cuando la señora Strunk y los demás le preguntan, George contesta que, efectivamente, ha tenido noticias de Jim hace poco, que está muy bien. Cada vez le preguntan menos. No son demasiado curiosos.

«Pero su libro se equivoca, señora Strunk —dice George—, cuando afirma que Jim ha sido para mí el sustituto de un hijo auténtico, de un hermano menor, de un marido o mujer. Jim no suplía a nadie. Y nadie puede reemplazarlo, lamento mucho decírselo».

Su exorcismo ha fracasado, mi querida señora Strunk, dice George, agazapado encima del váter y espiando desde su cubil cómo vacía la bolsa de la aspiradora en el cubo de basura. Lo increíble persiste, justo en medio de todos ellos.

«Maldición, el teléfono».

Por muy largo que sea el cable que la compañía telefónica le conceda a uno, nunca llegará al cuarto de baño. George se levanta como puede del asiento y, penosamente, se arrastra hasta el despacho, como si fuera un participante en una carrera de sacos.

—Diga.

—Oiga... ¿Está...? ¿Eres tú, Geo?

—¡Hola, Charley!

—Espero no haber llamado demasiado pronto.

—No. —¡Vaya por Dios!, ya ha conseguido irritarle. Y sin embargo ¿cómo hacer recaer en ella la molestia de estar ahí de pie, sucio y con los pantalones enrollados en los tobillos? Por otra parte, hay que admitir que Charlotte tiene la rara habilidad de adivinar cuál es el momento más inoportuno para telefonar.

—¿De verdad?

—¡Desde luego! Ya he desayunado.

—Tenía miedo de que, si esperaba más, te habrías ido ya a la facultad... ¡Cielos, no me había dado cuenta de que era tan tarde! ¿No tenías que estar de camino?

—Hoy sólo tengo una clase, y no empieza hasta las once y media. Son los lunes y los miércoles cuando he de madrugar. —El tono de su explicación revela cierta paciencia deliberada.

—¡Ah, sí... sí, claro! ¡Qué tonta soy! Siempre me olvido.

Silencio. George sabe que quiere pedirle algo, pero no la ayudará. Los despropósitos de ella le han enfadado. ¿Por qué supone que debe conocer sus horarios? Sólo es una muestra más de su carácter posesivo. Y si de verdad piensa que debe saberlo, ¿por qué lo baraja todo?

—Geo... —con gran humildad—. ¿Tendrías tiempo esta noche?

—Me temo que no. No. —Un segundo antes de hablar no habría podido decir cuál iba a ser su respuesta. Es la desesperación en la voz de Charlotte lo que le decide. No está de humor para soportar una de sus crisis.

—Oh, ya veo... Temía que no pudieras. Es muy repentino, ya sé. —Se la nota aturdida, muy calmada, desesperanzada. Él permanece a la escucha, esperando un sollozo. No se oye nada. Su cara se contrae en una mueca de culpabilidad y malestar, esto último motivado por una creciente sensación untuosa unida a la trabazón de los tobillos.

—Supongo que no puedes... Quiero decir... ¿Es algo importante?

—Así es, por desgracia. —La mueca culpable se relaja. Ahora está muy enfadado con ella. No está dispuesto a permitir que le insistan.

—Ya veo... Está bien, no importa. —Ahora se porta bien—. Lo intentaré otra vez, dentro de unos días.

—Por supuesto. —¿Por qué no mostrarse un poco más simpático, si la ha puesto en su sitio?—. O te llamo yo a ti.

Una pausa.

—Bueno... Adiós, Geo.

—Adiós, Charley.

Veinte minutos más tarde, la señora Strunk, mientras se afana en el porche regando las matas de hibisco, observa cómo él cruza el puente en su coche, marcha atrás. (Se hunde mucho, desde hace poco tiempo. Confía en que lo hará reparar; los niños podrían hacerse daño). Cuando gira para salir a la calle, ella le saluda con la mano. Él le devuelve el gesto.

Pobre hombre, piensa ella, qué solo vive. Tiene cara de bueno.

Una de las maravillas y bendiciones del sistema de autopistas de Los Ángeles es que



se puede llegar desde la playa hasta el Colegio Universitario San Tomas<sup>[5]</sup> en cincuenta minutos, cinco arriba o cinco abajo, en lugar de las dos horas que se habrían invertido, en aquellos viejos tiempos de lentitud, reptando de semáforo en semáforo a través del centro de la ciudad y más allá de los suburbios.

George siente algo similar al patriotismo en lo que respecta a las autopistas. Le enorgullece que sean tan rápidas, que la gente se pierda en ellas e incluso, a veces, que sienta pánico y se refugie en el desvío más cercano en busca de seguridad. A George le gustan las autopistas porque aún se siente capaz de manejarse en ellas, y eso constituye una prueba de que continúa siendo un miembro activo de la sociedad. Aún puede ingeniárselas.

(Como cualquier persona obsesionada por un agudo complejo de criminalidad, George es excesivamente consciente de todo tipo de reglamentos, ordenanzas municipales, normas y reglas insignificantes. ¡Cuántos enemigos públicos han sido atrapados simplemente por haber descuidado el pago de un tíquet de aparcamiento! Jamás ha presenciado cómo sellaban su pasaporte en una frontera, o cómo un funcionario aceptaba su permiso de conducir como identificación, sin susurrarse gozoso a sí mismo: «¡Idiotas... Los he vuelto a engañar!»).

Y los volverá a engañar otra vez esta mañana, allí, en medio de la loca carrera metropolitana de carros —Ben Hur seguro que se asustaría—, cambiando de carril junto a los mejores, nunca bajando de ochenta<sup>[6]</sup> en la vía rápida de la izquierda, sin ponerse nervioso cuando un jovenzuelo demente se pega a su culo o una mujer (he aquí la consecuencia de cederles el paso en las puertas) le hace una pasada brusca. Pero los polis en sus motos no se darán cuenta de nada, nada los incitará a salir estruendosos a perseguirle entre los destellos de sus luces rojas, para obligarle a echarse a un lado, fuera del tráfico y escoltarlo amable pero firmemente a algún asilo de la comunidad, bellamente organizado, donde los «ciudadanos de la tercera edad» («viejo», en este país nuestro de la mojigatería, es ya una palabra casi tan grosera como judío o negro) son suavemente conducidos hasta la senilidad y reeducados en los juegos infantiles pero con una pequeña diferencia: ahora se los llama «entretenimiento». ¡Oh! ¡Qué les permitan follar, si es que aún pueden! Y si no pueden, ¡qué les dejen disfrutar con sus jugueteos eróticos de bebé, sin inhibiciones! Que se casen —a los ochenta, noventa, cien—, ¿qué más da? Cualquier cosa que los mantenga ocupados y les impida vagar bloqueando el tráfico.

Siempre se produce un momento algo desagradable al subir la rampa que lleva a la autopista y convertirse en eso que llaman «incorporaciones». George nota una sensación, una especie de hormigueo nervioso, que no elimina ni siquiera mirando por el espejo retrovisor, como si, de alguna manera inexplicable e invisible, le fueran a golpear por detrás. Entonces, al cabo de un momento, se ha confundido con el tráfico y está en marcha, en terreno despejado, subiendo la larga y suave pendiente

que lleva a lo alto del puerto y al valle, allá abajo. Mientras conduce, parece como si un proceso de autohipnosis se adueñara de él. Vemos su cara relajada, los hombros descansados y el cuerpo descargado sobre el asiento. Las funciones reflejas toman el relevo. El pie izquierdo reposa sostenido y firme en el embrague, mientras el derecho, prudente, dosifica la gasolina. La mano izquierda descansa suavemente sobre el volante, la derecha cambia con fina precisión a quinta. Los ojos, con movimientos pausados, van de la carretera al retrovisor, del retrovisor a la carretera, midiendo con calma las distancias por delante, por detrás, al coche más cercano. Después de todo, no es esta una carrera de carros locos —aunque así lo parezca a posibles espectadores y a los novatos— sino un río que fluye, poderoso y tranquilo, con todo su caudal, hacia la desembocadura. No hay nada que temer mientras te dejes ir en él; de hecho, sumergido en su rápida corriente, descubres una sensación particular de indolencia y alivio.

Pero algo nuevo le está ocurriendo a George. Su cara se tensa otra vez, los músculos se marcan en su mandíbula, la boca se aprieta, se crispa, los labios se cierran en un rictus amargo y se aprecia una contracción nerviosa del entrecejo. Y no obstante, mientras esto tiene lugar, el resto del cuerpo conserva su postura de perfecta relajación. Parece separarse más y más, convertirse en un ente independiente, una impasible figura anónima de chófer con escasa voluntad o individualidad, la genuina encarnación de la coordinación muscular, de la falta de ansiedad, de la reserva discreta, que transporta a su señor al trabajo.

Y George, como el señor que ha confiado la conducción de su coche a un sirviente, es libre ahora para dirigir su atención a otros sitios. Mientras pasan por el alto del puerto, se va haciendo cada vez más consciente del mundo exterior. Los coches que los rodean, el declive de la autopista frente a ellos, el valle que se abre más abajo, con sus casitas y jardines, cubierto por la extensa nube ocre de neblina que flota encima y a lo lejos, donde se alzan las grandes y áridas montañas. Él está ahora muy dentro de sí mismo.

¿Qué está tramando?

A la orilla de la playa está creciendo una torre de dimensiones insolentes que contendrá cien apartamentos. Obstruirá la vista de la línea costera que se apreciaba desde el parque situado sobre los acantilados. Un portavoz del proyecto señaló, en respuesta a las objeciones: «Bueno, esto es el progreso». Y también añadió: «Si hay personas dispuestas a pagar cuatrocientos cincuenta dólares mensuales por esa vista alquilando nuestros apartamentos, ¿por qué iban a tenerla ustedes, usuarios del parque (esto incluye a George), completamente gratis?».

Un redactor de un periódico local ha emprendido una campaña contra las desviaciones sexuales (se refiere a gente como George). «Están en todas partes —dice—; ya no se puede entrar en un bar, en un aseo masculino o en una biblioteca pública sin presenciar escenas repugnantes. Y todos, sin excepción, padecen sífilis. Las leyes vigentes contra ellos —sostiene— son demasiado indulgentes».

Un senador ha pronunciado hace poco un discurso en el que declaraba que hay que atacar ya, de inmediato, Cuba, con todos los medios disponibles, si no queremos que la doctrina de Monroe se tome a broma, que se la desdeñe. El senador no niega que esto, con toda probabilidad, conducirá a una guerra nuclear. Hay que afrontar el hecho: la alternativa es el deshonor. Hemos de estar dispuestos a sacrificar tres cuartas partes de nuestra población (incluyendo a George).

Resultaría divertido, piensa George, introducirse subrepticamente, de noche, en el edificio de apartamentos, antes de que los inquilinos se hayan mudado a él, y rociar las paredes de las habitaciones con un líquido preparado especialmente, apenas perceptible al principio pero que, de forma gradual se fuera acentuando hasta alcanzar un hedor comparable al de un cadáver en putrefacción. Los vecinos intentarían eliminarlo con todos los ambientadores conocidos por la ciencia, pero en vano. Y cuando, finalmente, movidos por la desesperación, arrancaran el enlucido y la carpintería, descubrirían que eran las mismas vigas las que exhalaban el olor. Se marcharían de allí como los khmers abandonaron Angkor, pero el olor nauseabundo crecería y crecería hasta que pudiesen notarlo en Malibú. Al final tendrían que desarmar toda la estructura, con operarios provistos de máscaras antigás, reducirla a polvo y verterla bien lejos, en el océano... O quizá sería más práctico descubrir un tipo de virus que carcomiera lo que confiere al metal su dureza. La ventaja de este sistema sobre el del olor consistiría en que con una sola inyección en un punto preciso el virus se encargaría de ir corroyendo todas las partes metálicas del edificio. Y cuando ya todos los inquilinos estuvieran instalados en él y se estuviera celebrando una gran fiesta de inauguración, todo se vendría abajo en un confuso desorden, como espaguetis.

En cuanto al redactor del diario, piensa George, qué gracioso sería secuestrarlo, a él y a los periodistas responsables de los artículos sobre los descarriados sexuales (y quizá también al jefe de policía, y al comandante de la brigada antivicio, y a los pastores que dieron el visto bueno a la campaña desde sus pulpitos), y llevarlos a un estudio de cine secreto, oculto en un sótano, donde, tras una leve persuasión —sin duda sería suficiente exhibir atizadores y tenazas al rojo vivo—, llevarían a cabo todas las posibles variantes del acto sexual, por parejas y en grupo, manifestando signos del mayor goce. La película sería revelada y se repartirían copias por todas las salas de cine. Los ayudantes de George dormirían con cloroformo a los acomodadores para que nadie pudiera encender las luces, cerrarían las salidas, se apoderarían de los técnicos y procederían a pasar la película bajo el título *Próximas atracciones*.

Y en lo que respecta al senador, sería bastante divertido...

No.

(Llegados a este punto, se puede observar cómo las cejas se contraen con un espasmo mucho más acentuado de lo habitual, mientras la boca dibuja una línea fina como el filo de un cuchillo).

No. Divertido no es la palabra. Esa gente no divierte. No se los debe tratar de ninguna manera que implique diversión. Sólo comprenden un lenguaje: la fuerza bruta.

Por tanto, hay que desencadenar una campaña de terror sistemático. Para ser efectiva, requerirá una organización de al menos quinientos asesinos y torturadores expertos, consagrados a su oficio. La cabeza rectora de la organización elaborará una lista de objetivos simples, claramente definidos, por ejemplo, la supresión del edificio de apartamentos, la eliminación del periódico, la destitución del senador. Habrá que ocuparse de tales objetivos siguiendo un orden, sin pensar en el tiempo que requieran ni en el número de bajas. En cada caso, el criminal principal recibirá primero una nota cortés, firmada por «Tío George», en la que se le explicará exactamente lo que ha de hacer antes de un plazo determinado si desea seguir con vida. También se le aclarará que Tío George actúa basado en la teoría de la culpabilidad por asociación.

Un minuto después de transcurrido el plazo, comenzará la matanza. La ejecución del criminal principal se retrasará algunas semanas o meses, para darle la oportunidad de reflexionar. Entretanto, dispondrá de recordatorios diarios. Su mujer puede ser secuestrada, estrangulada, embalsamada y sentada en el salón a la espera de su regreso de la oficina. Puede recibir las cabezas de sus hijas por correo, en cajas, o bien cintas grabadas con los gritos de sus familiares torturados hasta la muerte. Las casas de sus amigos pueden ser voladas durante la noche. Cualquiera que le conozca estará en peligro mortal.

Cuando la eficiencia al cien por cien de la organización haya quedado demostrada un número suficiente de veces, la población, lentamente, empezará a comprender que al Tío George se le debe obedecer inmediatamente y sin objeciones.

Pero ¿quiere el Tío George que le obedezcan? ¿No prefiere ser desafiado para seguir matando y matando, pues todos ellos no son sino gusanos, y cuantos más mueran mejor? En el último análisis, todos ellos son responsables de la muerte de Jim. Sus palabras, sus pensamientos, todo su modo de vida lo dispusieron, aun cuando ni siquiera supieran que existía. Pero cuando George ha alcanzado este abismo, Jim apenas importa. Ahora Jim no es nada más que una excusa para odiar tres cuartas partes de la población de América... Las mandíbulas de George trabajan y sus dientes rechinan, mientras rumia y rumia su odio.

¿Acaso George odia realmente a toda esa gente? ¿No son más bien otra excusa para odiar? ¿Qué es, entonces, el odio de George? Un estimulante. Nada más. Aunque malsano para él desde luego. Rabia, resentimiento, rencor; de esto se compone la vitalidad de la mediana edad. Si creemos que ahora, en este momento, se ha vuelto medio loco, esto mismo les ocurre con seguridad a por lo menos media docena más en todos los coches que le rodean y moderan la marcha al hacerse el tráfico más denso cuando se desciende la colina, se pasa el puente y se vuelve a ascender dejando atrás el Depósito de la Unión...

¡Dios, hemos llegado al centro de la ciudad! George emerge, aturdido y con cierto

sobresalto, y se da cuenta de que el chófer figurado ha batido un récord: hasta entonces nunca los había transportado tan lejos por sí mismo. Y esto plantea una pregunta molesta: ¿acaso el chófer se está convirtiendo progresivamente en un individuo autónomo? ¿Se está preparando para hacerse cargo de zonas cada vez más extensas de la vida de George?

No hay tiempo para inquietarse por esto. Dentro de diez minutos habrán llegado al campus. En diez minutos, George tendrá que ser George, el George que ellos han bautizado y reconocen. Por eso ahora se aplica a conciencia para asimilar sus pensamientos y penetrar en su carácter. Con la habilidad de un veterano, se pone el maquillaje psicológico para el papel que debe representar.

Tan pronto como se abandona la autopista para tomar San Tomas Avenue, se sumerge uno en el indolente y adormilado Los Ángeles de los años treinta, convaleciente aún de la depresión y falta del dinero necesario para remozar sus colores. ¡Y qué encantador es! Un terreno ondulado por pequeñas y empinadas colinas en cuyas laderas y crestas se encaraman vacilantes casas blancas de paredes agrietadas, hecho para parecer más extraño que feo por la loca y desesperada maraña de cables y postes telefónicos. Aquí viven mexicanos y, por tanto, abundan las flores. Aquí viven negros y, por tanto, hay alegría. A George no le apetecería vivir aquí porque estas gentes atruenan el día entero con sus radios y sus televisores. Pero nunca tendría que gritar a los niños, porque estas personas no son El Enemigo. Si llegaran a aceptar a George, podrían incluso convertirse en aliados. Jamás aparecen en las fantasías del Tío George.

El Colegio Universitario San Tomas tiene su campus al otro lado de la autopista. Para llegar a él se cruza un puente y se regresa al presente de destrucción-reconstrucción-destrucción. Las colinas han sido deportadas en camiones o se han rebanado sus vértices por medio de *bulldozers*. El paisaje está acuchillado por terrazas descarnadas. Parcela tras parcela, las casitas dormitorio de techo bajo — invariablemente apellidadas «hogares» y descritas como «un nuevo concepto de vida»— son terminadas tan rápido como permite su necesaria conexión al alcantarillado y a la línea eléctrica. Es una calumnia afirmar que son idénticas. Los tejados son a veces pardos, a veces verdes, y los azulejos de los cuartos de baño exhiben colores variados. Cada grupo goza de cierta individualidad, nombres diferentes, del tipo que cabe esperar de la imaginación de un agente de la propiedad inmobiliaria: Sky Acres, Vista Grande<sup>[7]</sup>, Grovenor Highs.

El ojo del huracán en todo este explandar, cavar, transportar y machacar es el mismo campus universitario. Se está terminando, con un apresuramiento histérico, la construcción de una limpia y moderna fábrica de ladrillo, cristal y amplios ventanales, ya acabada en sus tres cuartas partes. (Los ruidos procedentes de la obra son tales que, en algunas aulas, apenas si se puede oír a los profesores). A pleno

rendimiento, la fábrica podrá procesar veinte mil graduados. Pero, en menos de diez años, deberá arreglárselas para sacar adelante cuarenta o cincuenta mil. Se tendrá que derribar todo de nuevo y edificar el doble de alto.

Se podría argumentar, no obstante, que para entonces el campus habrá quedado aislado del mundo exterior por sus propias zonas de aparcamiento, que constituirán un bosque impenetrable de coches abandonados por los desesperados estudiantes durante los embotellamientos del tráfico, de semanas de duración, del cercano futuro. Incluso hoy, estas zonas son tan extensas como la mitad del campus y están tan llenas que se ha de conducir de una a otra buscando ese último hueco. Hoy, George tiene suerte. Ha encontrado una plaza en la zona más cercana a su clase. George introduce la tarjeta de aparcamiento en la ranura —proporcionando así una prueba circunstancial de que es George—; la barrera se eleva con tirones bruscos, y entra.

Últimamente, George ha estado intentando aprender a reconocer los coches de sus alumnos. (Inicia de continuo este tipo de proyectos de autoperfeccionamiento; a veces se trata de una disciplina memorística, a veces de una nueva dieta, a veces de la promesa de leer uno de esos ilegibles «cien mejores libros». Raramente persevera mucho en ninguno de ellos). Hoy se complace en distinguir tres coches, sin contar con el *scooter* que el alumno italiano de intercambio, con una audacia o un provincianismo que bordean la locura, conduce por la autopista cual si estuviera en vía Veneto. Ahí está el Ford coupé desgastado y blancuzco de Tom Kugelman, en cuya parte posterior se lee el letrero impreso «Slow White<sup>[8]</sup>». También es visible el Pontiac gris mugriento del muchacho chino-hawaiano, que lleva una pegatina jocosa en la luna trasera: «El único ismo en el que creo es el expresionismo abstracto». El chiste no es tal tratándose de él; ya que realmente es un pintor abstracto. (¿O quizá se esconda aquí algo profundamente sutil?) En cualquier caso, parece incongruente que una persona con esa sonrisa gatuna y esa piel lisa y untuosa, pulida como un felino, sea capaz de plasmar en el lienzo esas imágenes turbias y lóbregas o que pueda ser el dueño de un coche tan inmundo. Tiene un nombre bonito: Alexander Mong. Y he aquí el resplandeciente e impoluto MG escarlata conducido por Buddy Sorensen, el albino salvaje de ojos aguados, una estrella del baloncesto, que lleva siempre una chapa de «Prohibidas las bombas». George ha podido entreverlo en la autopista, una exhalación, riendo para sí como si un objeto tan absurdo como un bidet le hubiera llevado la delantera y le trajera sin cuidado.

George ha llegado. No está nervioso. Al salir del coche nota en él un hervor de energía, de avidez, porque la función va a empezar. Camina impaciente, con paso ligero, a lo largo del sendero de grava que deja atrás el edificio de música y se dirige hacia el de lengua inglesa. Se ha convertido en actor, un actor que acaba de salir del camerino y se apresura a sortear entre bastidores el mundo del utillaje, de las luces y de los tramoyistas, para hacer su entrada. Un veterano, sereno y seguro, que se detiene un segundo a la entrada y, con descaro y claridad, con la entonación inglesa bien modulada que su público le exige, recita su primera frase.

—¡Buenos días!

Y las tres secretarias —cada una a su manera una atractiva y consumada actriz— le reconocen al instante, sin la menor sombra de duda, y responden:

—¡Buenos días!

(Hay en esto algo religioso, como los responsorios en la iglesia, una reafirmación de la fe en el dogma básico americano, a saber, que siempre es un «buen día». Bueno, pese a los rusos y sus misiles, y a todos los padecimientos y zozobras de la carne. Pues, por supuesto, sabemos, ¿no es así?, que rusos y zozobras no son del todo reales. Se pueden olvidar, hacer que se desvanezcan. Y, por tanto, se puede conseguir que el día sea bueno. De acuerdo, es bueno).

Todo profesor del departamento de lengua inglesa dispone en estas oficinas de su casillero privado, y todos ellos están repletos a rebosar de papeles. ¡Qué obsesión por la comunicación! Cualquier nota sobre la más ínfima reunión del comité para tratar del asunto más trivial se imprime y distribuye en cientos de copias. Todo el mundo es informado acerca de todo. George las revisa y las echa en la papelería, con una excepción: una tarjeta oblonga, con muescas, ranuras y cifras, procedente de una máquina IBM, y que representa la identidad académica de algún pobre estudiantillo. Más aún, la tarjeta es su identidad. Supongamos que George, en lugar de firmarla como se solicita y devolverla a la oficina de personal, la rompiera. Al instante, este estudiante dejaría de existir en lo que concierne a San Tomas. Se haría académicamente invisible, y sólo podría reaparecer con grandes dificultades, tras someterse a elaboradísimas ceremonias de propiciación, innumerables ofrendas de documentación cumplimentada por aplicado y certificados refrendados por un notario, para los dioses de la IBM.

George firma la tarjeta, sosteniéndola firmemente con la punta de los dedos. Incluso el mero contacto con estas cosas le disgusta, pues se trata de las runas de una magia estúpida pero poderosa y maligna, la magia de los dioses de las máquinas pensantes, cuyo culto se resume en un dogma: «No podemos cometer ningún error». Su magia consiste exactamente en que, cada vez que cometen un error, lo que ocurre a menudo, éste se perpetúa y así se transforma en un no-error... Con la tarjeta pinzada por su extremo, George se aproxima a una de las secretarias, que cuidará de que vuelva a la oficina de personal. La secretaria ha dejado sobre su mesa una lima de uñas. George la coge y, diciendo «Veamos si ese vetusto robot es capaz de distinguir la diferencia», hace ver que va a perforar otra ranura en la tarjeta. La muchacha ríe, pero sólo tras una décima de segundo de genuino terror. Incluso la risa le sale forzada. George ha blasfemado.

Contento de sí mismo, abandona el edificio de su departamento y se dirige a la cafetería.

Cruza el espacio abierto, bastante extenso, que constituye el centro del campus, rodeado por los edificios de arte, gimnasio, ciencias y administración, y recién plantado con césped y unos pocos arbolitos prometedores de follaje y sombra dentro

de algunos años, es decir, aproximadamente cuando se vuelva a derribar todo otra vez. El aire deja un regusto de niebla, «irritación ocular» en idioma mojigato. Las montañas de la sierra de San Gabriel —que, los pocos días en que resultan visibles, aún prestan a San Tomas algo del hechizo de una institución universitaria en una meseta andina— están ocultas hoy, como es habitual, tras los humos amarillentos y viciados que emanan de la hondonada donde se aglomera la confusión de la metrópoli.

Ahora, alrededor de George, aproximándose, cruzándose con él desde todas las direcciones, surge la materia prima masculina y femenina alimentada a diario en la fábrica, desde las cintas transportadoras de la autopista, para ser procesada, empacada y dispuesta para el mercado. Negros, mexicanos, judíos, japoneses, chinos, latinos, eslavos, nórdicos... Las cabezas morenas abundan bastante más que las rubias. Apresurados para cumplir con sus horarios, o remolones, intentado ligar; o sumidos en serias controversias mientras pasean; o solitarios, recitando para sí, entre dientes, la lección. Todos cargados de libros, todos atosigados.

¿Para qué piensan que están aquí? Hay una respuesta oficial: se preparan para la vida, es decir, para un puesto de trabajo y una seguridad que les permita tener hijos que, a su vez, se preparen para la vida, es decir, para un trabajo y una seguridad que... Pero a pesar de todos los consejeros vocacionales, los panfletos que te llaman la atención sobre el mucho dinero que podrías ganar invirtiendo en una sólida formación técnica —farmacología, por ejemplo, o contabilidad, o toda la gama de oportunidades ofrecida por la vasta esfera de la electrónica—, hay aún entre ellos — parece increíble— algunos que insisten en escribir poemas, novelas, piezas teatrales. Torpes por la falta de sueño, emborronan papeles en momentos robados entre clase y clase, a su trabajo a tiempo parcial o a su matrimonio. Sus cerebros son mareados con palabras mientras limpian un quirófano, clasifican la correspondencia en una oficina de correos, preparan un biberón o fríen una hamburguesa. Y en algún lugar, en medio de su esclavitud al «debe ser», el insensato «pudiera ser» les incita, entre susurros, a vivir, conocer, experimentar... ¿qué? ¡Maravillas! Una temporada en el infierno, el viaje al fin de la noche, los siete pilares de la sabiduría, la clara luz del vacío<sup>[9]</sup>... ¿Lo conseguirá alguno? Seguro. Uno al menos. Dos o tres como mucho entre todos estos miles de buscadores.

En medio de ellos, George siente una especie de vértigo. ¡Dios!, ¿qué será de ellos? ¿Qué posibilidades tienen? ¿Debo avisarles a gritos, aquí mismo, ahora, de que todo es inútil?

Pero George sabe que no puede hacer eso. Porque, por absurdo e inadecuado que resulte, casi a pesar de sí mismo, él es un representante de la esperanza. Y la esperanza no es falsa. No. Lo que ocurre es que George se parece a un hombre que pretendiera vender en la calle y por unos céntimos un diamante auténtico. El diamante está a salvo de la gran mayoría, porque esta multitud apresurada no puede detenerse un minuto ni arriesgarse a creer que sea, de verdad, genuino.



En el exterior de la cafetería hay colgados anuncios con las actividades estudiantiles del día: «Noche de las Squaws», «Picnic del Vellochino de Oro», «Baile de los Limpia-atmósferas», «Reunión de la Asociación Ciudadana», y el gran acontecimiento: «Partido contra el LPSC<sup>[10]</sup>». Estos reclamos rituales de la tribu San Tomas no resultan convincentes; están promovidos sólo por una minoría de personas muy diligentes. El resto de estos chicos y chicas no piensan en ellos como en una tribu, aunque se esfuerzan por creerlo en ocasiones especiales. Lo único que tienen en común es su prisa, la necesidad de acabar algo, de terminar lo que se debió entregar hace tres días. Cuando George espía sus conversaciones, el tema es casi siempre lo que han dejado de hacer, lo que temen que el profesor vaya a imponerles, lo que se han arriesgado a no hacer y no han sido castigados por ello.

La cafetería está repleta. George se detiene en la puerta y mira a su alrededor. Ahora que es un servicio público, propiedad del STSC<sup>[11]</sup>, se siente impaciente por ser utilizado. Odia que, aunque sólo sea un minuto de sí mismo, se desperdicie. Camina entre las mesas con una sonrisa de tanteo, una sonrisa de cuarenta vatios, que se intensificará a ciento cincuenta cuando alguien lo solicite.

Aliviado, ve a Russ Dreyer, y Dreyer se levanta de la mesa para saludarle. Sin duda le estaba buscando. Dreyer, de hecho, se ha convertido en el asistente privado de George, su oficial de mando, su guardaespaldas. Es un joven de cara fina y angulosa, con el pelo cortado a cepillo y gafas de montura al aire. Lleva una camisa informal de estilo hawaiano que, en él, supone una tímida concesión a la alegría de la ropa que le rodea. Su camiseta, que asoma en la uve del cuello desabrochado, está asépticamente impoluta, como siempre. Dreyer es un alumno de grado A; su contrapartida europea sería muy probablemente un palo seco y quebradizo. Pero Dreyer no es ni una cosa ni otra. Posee un humor discreto y, como buen ex-marine, bastante fuerza. En cierta ocasión le describió a George una de tantas tardes que su mujer, Marinette, y él pasaron con Tom Kugelman, su compañero de estudios, y su esposa.

—Tom y yo empezamos a discutir sobre *Finnegan's Wake*. Seguimos durante toda la cena y las chicas dijeron que estaban cansadas de oírnos, y se fueron al cine. Tom y yo fregamos, y a las diez aún discutíamos, sin que ninguno hubiera convencido al otro. Entonces cogimos cervezas de la nevera y salimos al jardín. Tom está levantando un cobertizo al que aún le falta el techo. Me desafió a hacer flexiones usando el travesaño de la puerta y le machaqué por trece a once.

A George le encanta esta anécdota. En cierto modo, es como de la Grecia clásica.

—Buenos días, Russ.

—Buenos días, señor. —No es la diferencia de edad lo que hace a Dreyer llamar a George señor. Tan pronto como acaben con esta relación semimilitar, empezará a tratarle de George, e incluso de Geo, sin vacilar.

Se acercan juntos a la cafetera, llenan los vasos y eligen del mostrador unos bollos. Al dirigirse a la caja, Dreyer se anticipa a George con el cambio ya preparado.

—No... Permítame, señor.

—Siempre estás pagando.

Dreyer sonríe satisfecho:

—Estamos boyantes desde que puse a Marinette a trabajar.

—¿Consiguió ese puesto de maestra?

—Hace cosa de nada. Por supuesto, es sólo provisional. El único inconveniente es que se tiene que levantar una hora más temprano.

—Entonces ¿tienes que prepararte tu desayuno?

—¡Oh!, me las arreglo. Hasta que ella consiga un trabajo más cerca, o hasta que la deje embarazada. —Está claro que disfruta con esta conversación de hombre a hombre con George. (¿Sabe algo de mí?, se pregunta George; ¿sabe algo, cualquiera de ellos? Probablemente no les interesa. No desean conocer nada sobre mis sentimientos o mis glándulas, nada de cuanto esté más abajo del cuello. Tanto daría ser una cabeza cortada que les habla en el aula, encima de una bandeja).

—Por cierto, esto me recuerda —Dreyer le está hablando— que Marinette quería que le preguntara, señor... ¿le sería posible visitarnos otra vez, pronto? Podríamos preparar unos espaguetis. Y quizá Tom trajera la cinta de la que le hablé... la que compró en la tienda de audiovisuales, arriba en Berkeley, la de Katherine Anne Potter recitando sus cosas...

—Estaría bien —dice George vagamente, con entusiasmo. Echa un vistazo a su reloj—. ¡Vaya!, nos tenemos que ir.

La incertidumbre no ha enfriado en absoluto a Dreyer. Es probable que la idea de que George cene otra vez con ellos le horrorice tanto como a éste. Todo es simbólico. Marinette le ha dicho que pregunte, él ha preguntado y ahora consta que George, por segunda vez, ha aceptado una invitación a su casa. Y esto quiere decir que George es amigo íntimo, digno de mención en años por venir, como parte del círculo social de los viejos tiempos. No cabe duda, los Dreyer conservarán segura, lealmente, la plaza de George entre los grandes pelmazos del pasado. George imagina fácilmente una de esas veladas en los noventa, cuando Russ sea decano de un departamento de inglés en el Medio Oeste y Marinette la madre de hijos e hijas adultos. Una audiencia de jóvenes instructores y sus mujeres, que obsequiarán simbólicamente al doctor y a la señora Dreyer, se emocionarán simbólicamente cuando consigan poner de humor al decano para las anécdotas, para que farfulle bobalicón, con una sonrisa azorada, un tejido de deshilvanadas sagas en las que George y muchos otros participarán profiriendo palabras nunca pronunciadas. Y Marinette, con una sonrisa inmutable, permanecerá sentada escuchando con el tercer oído —el que ya sabía todo esto mucho antes—, suspirando por que sean las once. Y la hora llegará. Y todos coincidirán en que indudablemente ha sido una velada memorable.

Mientras caminan hacia la clase, Dreyer pregunta a George qué opina sobre lo que dijo el doctor Leavis acerca de sir Charles Snow<sup>[12]</sup>. (Estos lejanos e infelices viejos temas, y sus distantes batallitas, constituyen aún noticia aquí, en los dominios

de Sleepy Hollow<sup>[13]</sup>).

—Bien. En primer lugar... —rompe a hablar George.

Pasan precisamente frente a las pistas de tenis. Sólo una está ocupada, dos muchachos que juegan individuales. El sol, con súbita fiereza, ha perforado la calina neblinosa y, ante el calor, ambos se han despojado de gran parte de su vestimenta. Sólo llevan encima las zapatillas de deporte y pantalones de los que usan los ciclistas, muy cortos y ceñidos, apretados en nalgas y caderas. Inconscientes de la presencia de los intrusos, se concentran en el juego. Se podría pensar que juegan sin red. Su desnudez produce la sensación de que están muy cerca el uno del otro, contrapuestos, cuerpo a cuerpo, como luchadores. Pero si fuera un combate, estaría desequilibrado, pues el muchacho de la izquierda es bastante más menudo. Quizá es mexicano, de pelo negro, hermoso, felino, cruel, compacto, flexible y musculoso; rápido y airoso. Su cuerpo exhibe una tonalidad oscura, entre morena y dorada; un vello negro y rizado cubre su pecho, abdomen y muslos. Juega con dureza y rapidez, con una cruel maestría, enseñando sus dientes blancos, sin sonreír, mientras golpea la pelota. Va a ganar. Su adversario, un muchacho grande y rubio, lo sabe; en su defensa se percibe una valentía conmovedora. Su belleza es suave y natural, noble; sin embargo, su cuerpo clásico, marmóreo, parece un estorbo para él. Las reglas del juego dificultan su funcionamiento. Lucha en irremediable desventaja. Tendría que arrojar la raqueta inútil, saltar la red y obligar al pequeño y cruel gato dorado a someterse a su fuerza marmórea. Pero en lugar de eso, el muchacho rubio acepta las reglas, se vincula a ellas, y prefiere ser derrotado y humillado antes que quebrantarlas. Su desvalida grandeza y su rubia apariencia le dan un aire de caballeridad anticuada. Jugará limpio, como un perfecto deportista, hasta perder el último set. ¿Y no le seguirá ocurriendo eso durante toda su vida? ¿No seguirá viéndose implicado en justas equivocadas, en el tipo de reto para el que no ha nacido, contra un adversario rápido, avisado y carente de piedad?

Este juego es cruel; pero su crueldad es sensual y excita mucho a George. Se estremece de placer al percibir que sus sentidos responden vehementes; ahora, con demasiada frecuencia, se manifiestan lastimosamente cansados. Desde el fondo de su corazón, agradece a estos jóvenes animales su belleza. Y jamás sabrán lo que han hecho para convertir este momento en algo maravilloso para él, y la vida, en sí misma, menos odiosa...

Dreyer le está hablando:

—Perdón, señor... Le he perdido por ahí durante un momento. Comprendo lo de las dos culturas, desde luego... pero ¿quiere decir que está de acuerdo con el doctor Leavis?

Lejos de manifestar el menor interés por los tenistas, Dreyer camina dándoles la espalda a medias; toda su concentración está fijada en la cabeza parlante de George.

Obviamente, ha estado hablando. George se da cuenta con el mismo desconcierto con que notó en la autopista el hecho de haber sido conducido por el chófer figurado

hasta dejar el centro de la ciudad. Oh, sí, sabe por experiencia lo que puede conseguir la cabeza parlante, cuando, entrada la noche, él está, aburrido, cansado y bebido, para ayudarle a soportar una reunión insípida. Puede reproducir las teorías favoritas de George... siempre y cuando no se las discutan; entonces, puede sentirse confuso. Conoce al menos tres docenas de sus mejores anécdotas. ¡Pero aquí, a plena luz del día, durante las horas del campus, cuando George debe estar actuando cada segundo, controlando totalmente su representación! ¿Acaso la cabeza parlante y el chófer se han unido? ¿Es que planean una fusión?

—Realmente no tenemos tiempo para ocuparnos de eso precisamente ahora — indica suavemente a Dreyer—. Además, quiero repasar un poco la conferencia de Leavis. Creo que aún conservo en casa, en algún sitio, el número de *The Spectator*... Por cierto, ¿llegaste a leer esa obra de Mailer hace cosa de un mes? En *Esquire*, creo. Es una de las mejores cosas que he visto desde hace mucho tiempo...

El aula de George tiene dos puertas en la pared más larga: una al principio, la otra al fondo. La mayoría de los estudiantes entran por esta última porque, con la irritante obstinación de las ovejas, tienen una querencia particular a apiñarse frente a sus maestros, protegidos por una barricada de asientos vacíos. Pero este semestre, el número de alumnos es sólo levemente inferior a la capacidad de la sala. Los últimos en llegar se ven obligados a ir sentándose cada vez más hacia delante, para la socarrona satisfacción de George; al final, ocupan ya la segunda fila. En cuanto a la primera, que la inmensa mayoría elude obstinadamente, George la completará con sus alumnos más cabales: Russ Dreyer, Tom Kugelman, la hermana María, el señor Stoessel, la señora Netta Torres, Kenny Potter, Lois Yamaguchi.

George nunca entra en el aula con Dreyer o con cualquier otro estudiante. Un instinto teatral muy enraizado se lo prohíbe. Para esto realmente es para lo que usa su despacho: como lugar de retiro previo a la clase, de donde emerge y hace su entrada. Nunca entrevista a los estudiantes en él, pues lo comparte por lo menos con dos miembros de la facultad, y el doctor Gottlieb, que enseña a los poetas metafísicos, está casi siempre allí. George no puede hablar con otro ser humano como si estuvieran solos cuando, de hecho, no lo están. Incluso preguntas tan inofensivas como «¿Qué piensas de verdad de Emerson?» resultan indecentemente íntimas, y una crítica suave como «Lo que has escrito es una metáfora adulterada que carece de significado» suena innecesariamente cruel cuando el doctor Gottlieb se encuentra allí, haciendo como que no escucha. Pero está claro que Gottlieb no siente lo mismo. Quizá se trata de un escrúpulo típicamente británico.

George deja a Dreyer y entra en el despacho, situado al otro lado del pasillo. Milagrosamente, Gottlieb no está. George atisba por la ventana, entre las tablillas de la persiana, y puede ver, a lo lejos, a los dos tenistas jugando aún. Tose, manosea la guía telefónica sin mirarla, cierra el cajón vacío de su mesa, que ha quedado un poco

abierto. Luego, abruptamente, da media vuelta, saca la cartera del armario, abandona el despacho y se dirige a la puerta del aula.

Su entrada no tiene nada de espectacular según estándares convencionales. Pero en realidad se pretende un efecto cínicamente teatral y preparado con la mayor sutileza. No se oyen siseos cuando George entra. La mayoría de los alumnos siguen hablando. Pero todos le observan, esperan alguna señal, por leve que sea, de que la clase va a empezar. La consecuencia es una tensión apenas apreciable pero gradualmente creciente, producida por el jocosos rechazo de George a dar la señal y el empeño de los estudiantes en continuar charlando hasta que lo haga.

Mientras tanto ahí se queda, de pie. De forma lenta y deliberada, como un mago, saca un libro de su cartera y lo coloca en el atril. Al hacerlo, su mirada recorre las caras de los asistentes. Sus labios se curvan en una sonrisa apenas esbozada y descarada. Algunos contestan a su sonrisa. A George esta franca confrontación le parece extraordinariamente divertida. Saca fuerzas de esas sonrisas, de esos luminosos ojos juveniles. Para él, éste es uno de los mejores momentos del día. Se siente brillante, vital, retador, algo misterioso y, sobre todo, extraño. Su pulcro traje oscuro, su camisa blanca y su corbata (la única corbata en la sala) son ajenos, de manera irreconciliable, a la agresiva y viril informalidad de los jóvenes alumnos. Casi todos llevan playeras y calcetines blancos de lana sin jarreteras; vaqueros en tiempo frío y pantalones cortos cuando hace calor (el tipo bermudas, ceñido a los muslos; los más favorecedores no se consideran decentes). Si hace verdadero calor, se suben las mangas y, a veces, dejan provocativamente desabrochadas sus camisas para lucir el vello rizado del pecho y una medalla de san Cristóbal. Su aspecto permite imaginar que, en cualquier momento, abandonarían los estudios y se dedicarían a cavar zanjas o a las peleas callejeras. Parecen niños torpes al lado de las chicas, pues estas ya han dejado atrás su época de jovencitas con pantalones capri, camisas desaliñadas y gigantescas cabezas de pelo afro. Son mujeres maduras, y van a clase vestidas como para una velada muy respetable.

Esta mañana, George nota que todos sus habituales de la primera fila están presentes. Los únicos a los que les ha tenido que pedir que se sienten allí para ocuparla por completo han sido Dreyer y Kugelman; el resto tiene sus motivos particulares. Mientras George da la clase, Dreyer le observa con una atención alentadora; pero George sabe que en realidad no le impresiona. Para Dreyer, George siempre será un aficionado académico; sus títulos y su formación son británicos y, por tanto, dudosos. Pero George es el patrón, el anciano, y Dreyer, al apoyar su autoridad, mantiene la escala de valores que él mismo conquistará. Por eso quiere que George esté brillante e impresione a los intrusos, o sea, al resto de la clase. Lo curioso es que Dreyer, con la clara conciencia de su lealtad absoluta, se siente libre para poder cuchichear con Kugelman, su lugarteniente, siempre que le venga en gana. Cada vez que esto ocurre, George desearía dejar de hablar y escuchar lo que dicen de él. Por instinto, George está seguro de que a Dreyer no se le pasaría por la

imaginación hablar de ninguna otra persona durante la clase; eso sería de mala educación.

La hermana María pertenece a una orden docente. Pronto obtendrá su título y se convertirá en maestra. Es una mujer joven, sin duda bondadosa, trabajadora y poco imaginativa, del tipo más normal, y está claro que se sienta en primera fila porque eso la ayuda a concentrarse, quizá también porque los chicos la atraen hasta cierto punto y quiere huir de la tentación de mirarlos. Pero la mayoría de nosotros perdemos nuestro sentido de las proporciones en presencia de una monja, y George, expuesto tan cerca a esta novia de Cristo con su intransigente hábito medieval, se siente enrojecer, a la defensiva. Recluta a su pesar en las legiones infernales, se enfrenta al soldado celestial en primera línea de una guerra fría exquisitamente cortés. Cada vez que se dirige a ella, la trata de «hermana», que es, con toda probabilidad, lo que ella no quiere.

El señor Stoessel se sitúa en primera fila porque es sordo y de mediana edad; hace poco tiempo que llegó de Europa, y su inglés es terrible.

La señora Netta Torres es también de mediana edad. Parece asistir al curso por simple curiosidad o para rellenar horas vacías. Tiene el aspecto de una divorciada. Se sienta en la primera fila porque su interés está concentrado, franca y brutalmente, en George en tanto que George. Más que atender a lo que dice, le observa. Parece incluso como si «leyera» sus palabras de forma indirecta por medio de una especie de braille compuesto por sus gestos, inflexiones, latiguillos. Y este escrutinio casi táctil se acompaña de una sonrisa maternal, pues para la señora Torres, George no es más que un muchachito, ¡y tan lindo...! A George le gustaría pillarla en falta, desanimarla para que no asista a su clase poniéndole malas notas. Pero ¡ay!, no puede. La señora Torres no sólo mira, sino que además escucha; puede repetir lo que ha dicho, palabra por palabra.

Kenny Potter se sienta en primera fila porque es lo que actualmente se considera un chiflado, y eso sólo significa que tiende a hacer lo contrario de lo que hace la mayoría de la gente; no por principio y, desde luego, no por agresividad. Probablemente es demasiado vago para captar los modales y las costumbres de la tribu y, en cualquier caso, demasiado perezoso para imitarlas. Es un muchacho alto y flaco, de hombros anchos y cargados, pelo entre amarillento y rojizo, cabeza pequeña, ojos azules diminutos, brillantes. Sería convencionalmente guapo si no tuviera una nariz picuda, pero es bonita, un órgano grande y divertido.

George siente casi de continuo la presencia de Kenny en la sala, pero esto no quiere decir que le considere un aliado. Oh, no. Nunca puede estar seguro de Kenny. A veces, cuando George dice algo gracioso y Kenny ríe a su manera honda y salvaje, a George le parece que se ríe también de él. Otras veces, cuando la carcajada llega un poco más tarde, George tiene la espeluznante sensación de que Kenny no se ríe del chiste sino de la situación: del sistema educativo de este país, y de las fuerzas económicas, políticas y psicológicas que los han reunido a todos ellos en esta clase.

En tales momentos, George sospecha que Kenny comprende el sentido más recóndito de la vida; que es algo así como un genio. (Aunque nadie lo pensaría a juzgar por sus exámenes finales). O, simplemente, puede que Kenny sea poco maduro para su edad, engañosamente encantador, y tonto.

Lois Yamaguchi se sienta junto a Kenny porque es su novia; al menos están casi siempre juntos. Sonríe a George de una manera que le hace pensar si Kenny y ella no compartirán chistes privados sobre él. Pero ¿quién puede estar seguro de algo con estos enigmáticos asiáticos? También Alexander Mong sonríe de forma enigmática, pese a que, casi seguro, su bella cabeza no contiene otra cosa que no sea cuajarones de óleo. Lois y Alexander son, con mucho, las criaturas más hermosas de la clase; su belleza es como la de las plantas, aparentemente imperturbable por la vanidad, la ansiedad o el esfuerzo.

Mientras tanto, la tensión ha ido en aumento. George continúa sonriendo a los que hablan, manteniendo su magnífico silencio, melodramático y provocador. Y al fin, tras casi cuatro minutos, su silencio los vence. El rumor de conversaciones se apaga. Los que ya guardan silencio sisean a los otros. George ha triunfado. Pero su triunfo perdura sólo un momento. Porque ahora debe él mismo romper el encanto. Ahora debe despojarse del misterio y estar ahí, en pie, manifestándose como ese objeto de tres al cuarto, el profesor —a quien la clase debe escuchar, babee, tartamudee o hable como un ángel—, que no está ni aquí ni allá. La clase ha de atender a George porque, en virtud de los poderes que le ha otorgado el estado de California, puede obligarlos a someterse y hacerlos estudiar hasta sus prejuicios más imperdonables, sus caprichos más irresponsables, como si fueran las soluciones al problema: ¿Cómo impresionar, halagar o embaucar a este viejo avinagrado para que me dé una buena nota?

Sí, ahora, por desgracia, debe estropearlo todo. Ahora debe hablar.

—Tras muchos veranos muere el cisne<sup>[14]</sup>.

George desliza las palabras por su lengua con un ritmo martilleante, una fruición impúdica, que trae a la mente una parodia de los recitales de W. B. Yeats. (La palabra «muere» se acentúa fuertemente para compensar el «y» que Aldous Huxley cercenó del comienzo a la línea original). Y habiendo conseguido sobresaltar o avergonzar al menos a algunos de los presentes, mira a su alrededor con una mueca irónica y dice quedamente, con el tonillo propio de un maestro de escuela:

—Doy por supuesto que todos habéis leído ya la novela de Huxley, teniendo en cuenta que os lo pedí hace más de tres semanas.

Con el rabillo del ojo, percibe la evidente consternación de Buddy Sorensen, nada inesperada, y el indignado ahora-me-lo-dicen de Estelle Oxford, con simultáneo encogimiento de hombros, que es cosa más seria. Estelle es una de sus estudiantes más brillantes. Y precisamente porque es brillante, es también más consciente de que es negra, según parece, que los otros estudiantes de color de la clase; de hecho, es

hipersensible. George sospecha que ella sospecha de él todo tipo de discriminaciones sutiles. Probablemente no estaba en el aula cuando les pidió que leyeran el libro. ¡Maldita sea!, tenía que haberlo advertido y habérselo dicho después. Se siente algo intimidado por ella. Además, le cae bien y lo lamenta. Y se siente agraviado por cómo hace que se sienta.

—Está bien —dice lo más delicadamente que puede—. Si alguno de vosotros no lo ha leído aún, no importa demasiado. Limitaos a escuchar lo que se diga esta mañana, y luego lo leéis y decidís si estáis de acuerdo o no.

Mira hacia Estelle y sonrío. Ella responde a la sonrisa. Bueno, esta vez parece que todo va a ir bien.

—El título es, por supuesto, una cita del poema de Tennyson, *Titono*. Y, por cierto, ya que hablamos de ello, ¿quién era Titono?

Silencio. Mira una cara tras otra. Nadie lo sabe. Incluso Dreyer lo ignora. ¡Cielos, qué típico! Titono no les interesa porque está doblemente alejado del tema. Huxley, Tennyson, Titono. Están dispuestos a llegar a Tennyson, pero ni un paso más. Ahí acaba su curiosidad. Porque, básicamente, les importa una mierda.

—¿De verdad me queréis decir que ninguno de vosotros sabe quién es Titono? ¿Que ninguno se ha molestado en averiguarlo? De acuerdo, en tal caso os aconsejo a todos que invirtáis parte del fin de semana en leer *Los mitos griegos*, de Graves, y el poema. Debo decir que no puedo comprender que alguien pretenda estar interesado en una novela y no se pare siquiera a preguntarse lo que su título significa.

Este brote de malhumor consterna a George tan pronto como lo ha descargado. ¡Vaya, se está poniendo ofensivo! Y lo peor es que nunca sabe cuándo se va a comportar así. No le da tiempo a controlarse. Avergonzado, evitando sus miradas —sobre todo las de Kenny Potter— contempla fijamente la pared de enfrente.

—Bien, empecemos por el principio. En cierta ocasión, Afrodita sorprendió a su amante Ares acostado con Eos, la diosa del amanecer (no os vendría nada mal recordarlos a todos mientras trabajáis en esto). Afrodita se enfureció, por supuesto, y condenó a Eos a enamorarse de todo jovencito mortal que se cruzase en su camino, para enseñarle a dejar en paz a los dioses que pertenecen a otras. —A los oídos de George llega una risita de alguien y respira aliviado; temía haberlos ofendido con sus reproches y su mal humor. Sin bajar aún los ojos, sigue trasluciendo en sus palabras cierta ironía—. Eos se sintió profundamente avergonzada, pero pronto advirtió que no podía contenerse y se dedicó a raptar y a seducir a los muchachitos terrenales. Titono era uno de ellos. En realidad, también se llevó a su hermano Ganimedes, como acompañante. —Risitas más audibles, esta vez procedentes de diversos puntos del aula—. Por desgracia, Zeus vio a Ganimedes y se enamoró perdidamente de él. —«Si la hermana María se escandaliza, lo siento por ella». Pero George no mira hacia ella sino hacia Wally Bryant, cuya reacción conoce perfectamente, que se retuerce de risa—. Sabiendo que no tendría más remedio que ceder a Ganimedes a Zeus, Eos le pidió a cambio que hiciera inmortal a Titonos. Zeus aceptó complacido, ¿por qué no? Y así



lo hizo. Pero la muy tonta de Eos olvidó pedir para él la juventud eterna, cosa que, por cierto, resultaba fácil de arreglar; Selene, la diosa de la luna, lo había dispuesto perfectamente para su amiguito Endimión. El único problema de Selene es que a ella no le interesaban más que los besos, y Endimión tenía otras ideas; así que, para tranquilizarlo, ella le sumió en un sueño eterno. No debe de ser muy divertido ser bello por los siglos de los siglos cuando ni siquiera puedes despertar para mirarte al espejo. —Casi todos sonrían ahora... sí, incluso la hermana María. George resplandece de alegría. Odia lo desagradable—. ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí...! De manera que el pobre Titono fue envejeciendo hasta convertirse en un asqueroso e inmortal anciano. —Risotadas—. Y Eos, con la crueldad que caracteriza a una diosa, se hartó de él y lo hizo encerrar. Y él cada vez estaba más gaga, y su voz más y más estridente, hasta que, de pronto, un buen día se convirtió en una cigarra.

Es un final tremendamente flojo. George no esperaba que funcionara, y no lo hizo. El señor Stoessel está frenético porque no comprende cabalmente nada y se dirige a Dreyer en susurros desesperados. Dreyer le da unas explicaciones que producen nuevos malentendidos. Al final, el señor Stoessel lo capta y exclama: «*Ach so...eine Zikade!*», en un tono reprobador que implica que George y, en general, el mundo anglosajón en pleno, han pronunciado mal la palabra. Pero ahora George ha reanudado la clase; y ha cambiado de actitud. Ya no los corteja ni los entretiene; les informa, conciso, autoritario. Es la voz de un juez, recapitulando y exhortando al jurado.

—De una manera general, resulta obvio por qué Huxley eligió este título. Sin embargo, tendréis que indagar hasta qué punto se aplica en detalle a las circunstancias de la trama. Por ejemplo, el quinto conde de Gonister se puede aceptar como contrapartida de Titono, y acaba convirtiéndose en un mono, lo mismo que Titono se transforma en un insecto. Pero ¿qué hay de Jo Stoyte? ¿Y el doctor Obispo? Se parece mucho más al Mefistófeles de Goethe que a Zeus. ¿Y quién es Eos? Virginia Maunciple no, ¿verdad? Por una cosa: estoy seguro de que no madruga lo suficiente.

Nadie entiende el chiste. George todavía deja caer alguno de vez en cuando, pese a su experiencia, entre dientes, al estilo inglés. Algo ofendido por la falta de aplausos, continúa en un tono casi desafiante:

—Pero antes de proseguir, tenemos que decidir cuál es el tema de la novela.

El resto de la hora transcurre en esta tarea.

Al principio, como siempre, hay un silencio absoluto. La clase permanece sentada, contemplando, por así decirlo, esa palabra de semántica prodigiosa. Tema. ¿Cuál es el tema? Veamos, ¿qué es lo que quiere George que digan sobre de qué trata la novela? Dirán que trata de cualquier cosa que a él le complazca, de lo que sea. Pues casi todos ellos, pese a su formación académica, en el fondo siguen considerando toda esa cuestión del significado, del tema, como un juego latoso y complicado. En cuanto a la minoría, que ha cultivado el método del tema hasta

convertirlo en una segunda naturaleza, esos que sueñan con que, algún día, escribirán su propio libro sobre el tema en Faulkner, James o Conrad, probando definitivamente que todos los libros anteriores no tratan sobre nada, todavía esperarán algún tiempo antes de intervenir. Aguardan el momento adecuado para adelantarse, como el clásico detective de ficción, y ofrecer la solución al crimen de Huxley. Entretanto, dejemos que los pequeños forcejeen. Que el fango se agite.

Y, complaciente, Alexander Mong remueve el fango. Por supuesto, sabe lo que hace. No es tonto. Incluso es posible que en su filosofía de pintor abstracto se incluya el concepto de que todo lo figurativo es infantil. Un blanco daría rienda suelta a su instinto agresivo en tal ocasión, pero Alexander no. Con su atractiva sonrisa china, dice:

—Trata de ese individuo rico que está celoso porque teme ser demasiado viejo para su chica, y cree que el jovencito está por ella, aunque no es verdad y no espera nada, porque ella y el doctor ya se han anticipado. Así que el tipo rico pega un tiro al joven por equivocación y el doctor lo encubre todo, y se van a Inglaterra donde encuentran a ese personaje, el conde, que anda enredado con una señora en un sótano...

Clamor de carcajadas. George sonrío deportivamente y dice:

—Te has olvidado del señor Pordage y del señor Propter... ¿qué tienen ellos que ver en todo eso?

—¿Pordage? ¡Ah, sí...! Es el que se da cuenta de que el conde come ese pez raro...

—Carpa.

—Eso es... Y Propter. —Alexander sonrío y se rasca la cabeza medio haciendo el payaso—. Lo siento, señor. Tiene que perdonarme. No me acosté hasta las dos y media de la mañana tratando de imaginar de qué iba. ¡Vaya!, no me va ese rollo.

Nuevas risas. Alexander ha cumplido su misión. Ha presentado el caso, de la manera más divertida, a los filisteos. Las lenguas se han soltado y la encuesta puede proceder.

He aquí algunas de sus conclusiones:

El señor Propter no debería haber dicho que el ego es irreal; esto prueba que no confía en la naturaleza humana.

Esta novela no es más que misticismo árido y abstracto. ¿Para qué necesitamos la eternidad?

Es una obra inteligente, pero cínica. Huxley debería ocuparse más de las emociones humanas.

Es un espléndido sermón espiritual. Nos enseña que no estamos hechos para escudriñar los misterios de la vida. No hay que andar rebuscando en la eternidad.

Huxley es maravillosamente estafalario. Quiere eliminar a la gente y preservar el mundo para los animales y los espíritus.

Decir que el tiempo es lo malo porque el mal acaece en el tiempo es como afirmar

que el océano es un pez porque los peces están en el océano.

El señor Propter no tiene vida sexual. Esto le hace improbable como personaje.

La vida sexual del señor Pordage no resulta convincente.

El señor Propter es un demócrata jeffersoniano, un anarquista, un bolchevique, un proto-John-Bircher<sup>[15]</sup>.

El señor Propter es un escapista. Esto queda claro por su conversación con Pete sobre la guerra civil española. Pete era un buen muchacho hasta que el señor Propter le lavó el coco, sufrió una crisis nerviosa y empezó a creer en Dios.

Huxley entiende verdaderamente a las mujeres. El que Virginia tenga una *scooter* de color rosa constituye un toque maestro.

Y etcétera, etcétera... George sonrío, apenas habla, deja que se diviertan. Preside sobre la novela como el encargado de un puesto de verbena, animando a la gente a tirar contra los blancos y derribarlos; es todo pura y simple broma. Pero ciertas reglas básicas han de respetarse. Cuando alguien interviene sacando a colación la mesalina y el ácido lisérgico, sugiriendo que el señor Huxley es prácticamente un drogadicto, George le contradice de manera tajante. Y cuando otro pretende descubrir la clave de la novela —¿No hay cierta conexión entre una conocida señora y el homicidio de Pete por parte de Jo Stoyte?—, George le contesta con un no rotundo; ese cuento fue ya desmentido en los años treinta.

Y llega al fin una pregunta que George ha estado esperando. La plantea, por supuesto, Myron Hirsch, ese infatigable rastreador de lo judaico.

—Señor, en la página setenta y nueve, el señor Propter dice que el texto más estúpido de la Biblia es «me odiaron sin causa». ¿Quiere acaso significar que los nazis odiaban con razón a los judíos? ¿Es Huxley un antisemita?

George respira hondo.

—No —responde con suavidad.

Entonces (tras una pausa de silencio expectante, la clase está algo sobrecogida por la manera directa de abordar el tema de Myron) repite, bien alto y con autoridad:

—No. El señor Huxley no es antisemita. Los nazis no tenían razón al odiar a los judíos. Pero su odio no carecía de causa. Nadie odia nunca sin causa. Mirad... Dejemos a los judíos fuera, ¿de acuerdo? Cualquiera que sea la actitud que se adopte, hoy en día es imposible dialogar objetivamente del tema judío. Probablemente no podrá cambiar esto hasta dentro de veinte años. Vamos a plantearlo en términos de cualquier otra minoría, la que preferáis, pero reducida: una que no esté organizada y no disponga de comités que la defiendan.

George mira hacia Wally Bryant con ojos resplandecientes que dicen: «Estoy contigo, pequeña minoría-hermana». Wally es regordete y de tez cetrina, y el cuidado que pone en peinar su pelo ondulado, en arreglar, limar y abrillantar sus uñas, y en depilar discretamente sus cejas, no hace sino acentuar su falta de atractivo. Sin lugar a dudas, nota la mirada de George. Se siente incómodo. ¡No importa! George le va a enseñar una lección que nunca olvidará. Va a obligarle a mirar su tímida alma. Le

proporcionará valor para desprenderse de su lima de uñas y encararse con la verdad de su vida...

—Por ejemplo, las personas con pecas no son consideradas como una minoría por las no pecosas. No son una minoría en el sentido que ahora nos concierne. ¿Y por qué no? porque a una minoría sólo se la acepta como tal cuando representa algún tipo de amenaza, real o imaginaria, para la mayoría. Y ninguna amenaza es nunca enteramente imaginaria. ¿Alguien no está de acuerdo con esto? Si es así, que se pregunte: ¿Qué haría esta minoría en cuestión si de pronto, de la noche a la mañana, se convirtiera en mayoría? ¿Comprendéis adónde voy a parar? ¿No? ¡Reflexionad!

»Bien, llegan los liberales (lo que incluye, espero, a todos los que estamos en esta aula) y dicen: «Las minorías no son más que gente como nosotros». Desde luego, las minorías son gente; gente, no ángeles. Desde luego, son como nosotros... pero no exactamente como nosotros; todo eso es el cuento de todos los días de la histeria liberal, el engaño de suponer que no hay diferencia entre un negro y un sueco.

¿Por qué, por qué no se atreve George a decir «entre Estelle Oxford y Buddy Sorensen»? Quizá, si se atreviera, provocaría una gran explosión de júbilo, y todos se abrazarían, y nacería el reino de los cielos, aquí mismo, en el aula 278. O quizá no.

—Así que, afrontémoslo, las minorías están compuestas por personas que probablemente actúan y piensan de manera diferente a nosotros, y que tienen defectos que nosotros no tenemos. Nos puede molestar su manera de mirar y de actuar, y podemos odiar sus fallos. Y es mejor que admitamos que nos molestan y que los odiamos, antes que encubrir nuestros sentimientos con una capa de sentimentalismo pseudoliberal. Si somos sinceros acerca de nuestros sentimientos, tendremos una válvula de seguridad; y si tenemos una válvula de seguridad, seremos menos propensos a comenzar la persecución... Sé que esta teoría no está de moda hoy en día. Todos seguimos intentando creer que, si ignoramos algo durante un tiempo suficiente, simplemente se desvanecerá...

»¿Dónde estaba yo? Ah, sí... Supongamos ahora que esta minoría empieza a ser perseguida, no importa por qué razones políticas, económicas, psicológicas (siempre hay una razón, por muy equivocada que sea); y, por supuesto, una persecución es siempre, en sí misma, una equivocación. Estoy seguro de que estamos todos de acuerdo en esto... Pero lo peor es que ahora vamos a darnos de bruces contra otra herejía liberal. Dado que la mayoría persecutora es infame, dice el liberal, consiguientemente la minoría perseguida debe ser pura e inmaculada. ¿Os dais cuenta del disparate? ¿Cómo impedir que el malo sea perseguido por el peor? Todos los cristianos víctimas de los circos ¿tenían que ser santos?

»Y os voy a decir otra cosa. Una minoría ejerce su propio sistema de agresión. Desafía a la mayoría a que la ataque. Odia a la mayoría (no sin motivo, lo confieso), incluso odia a las otras minorías porque todas compiten entre sí; cada una proclama que sus sufrimientos son los peores y las injusticias cometidas contra ella las más atroces. Y cuanto más odian y más las persiguen, más horribles se vuelven. ¿Creéis

que a las personas las envilece el ser amadas? ¡Sabéis muy bien que no! ¿Por qué, entonces, ha de hacerlas mejores el hecho de que las aborrezcan? Cuando nos persiguen, odiamos lo que nos está ocurriendo, odiamos a las personas que hacen que ocurra, estamos en un mundo de odio. ¿Por qué habríamos de reconocer el amor si nos topáramos con él? ¡Sospecharíamos de él! ¡Pensaríamos que algo se ocultaba tras él... algún motivo... alguna trampa...!

En este momento, George ya no sabe qué es lo que ha probado o refutado, en favor de quién, si lo hay, está discutiendo, o incluso de qué está hablando. Y sin embargo todas estas frases han salido a borbotones de su boca con genuina pasión. Ha sido honesto en cada una de ellas, sensatas o insensatas. Las ha lanzado como latigazos destinados a despertar a Wally, y a Estelle, y a Myron, y a todos. El que tenga oídos para oír que oiga.

Wally continúa, al parecer, cohibido... pero no, ni azotado ni despierto. George advierte que los ojos de Wally ya no están fijos en su cara; se levantan y se enfocan en un punto detrás de él, encima de su cabeza, en la pared... Y al mirar velozmente en torno, vacilante, perdiendo ímpetu, aprecia que todos los ojos miran arriba: enfocan al maldito reloj. No le hace falta volverse y mirar él mismo; sabe que se ha terminado el tiempo. Bruscamente corta, diciendo:

—Seguiremos con esto el lunes.

Y al instante se levantan todos, recogen los libros, hablan entre sí.

Bien, después de todo, ¿qué otra cosa puedes esperar? La mayoría tiene que apresurarse para llegar a otro sitio en los próximos diez minutos. Sin embargo, George está enfadado. Hacía mucho que no se olvidaba de sí mismo y se dejaba arrastrar así al final de una clase. ¡Qué humillante! El viejo y tonto profe, entusiasmado, divagando, desatento a la hora, y la clase suspirando resignada: «¡Ya está otra vez!». Por un momento, George los odia, odia su básica indiferencia de brutos, mientras desalojan a toda prisa la sala. Una vez más, se ha ofertado en público el diamante por la moneda, y ha sido desdeñado con un encogimiento de hombros y una mueca, pensando que el anciano mercader está chiflado.

Sonríe con una benevolencia especial a los tres que se han demorado para hacerle preguntas. Pero la hermana María quiere sólo saber si George, cuando ponga el examen final, les exigirá haber leído todos los libros que el señor Huxley menciona en su novela. George piensa que sería divertido contestarle, sí, incluido *Los ciento veinte días de Sodoma*. Por supuesto no lo hace, y la tranquiliza, y ella se va contenta, con su fardo académico aligerado.

Buddy Sorensen sólo quiere excusarse:

—Lo siento, señor, no he leído el Huxley porque creí que primero lo revisaríamos con usted.

¿Es esto tontería genuina o malicia? George no tiene tiempo para averiguarlo.

—¡Prohibid la bomba! —exclama, mirando hacia la chapa de Buddy, y Buddy, a quien ya ha dicho eso otras veces, sonrío ampliamente, feliz.

—¡Sí, señor, puede estar seguro!

La señora Netta Torres desea saber si el señor Huxley pensaba en algún pueblo concreto y real de Inglaterra como modelo de su Gonister. George no puede contestarle; lo único que puede decir a la señora Torres es que, en el último capítulo, cuando el doctor Obispo y Stoyte y Virginia van en busca del quinto conde, parecen salir de Londres hacia el sudoeste. Por tanto, muy probablemente, Gonister estaría situado en algún lugar de Hampshire o Sussex... Pero resulta que la pregunta de la señora Torres no ha sido más que un pretexto. Ha sacado el tema de Inglaterra para contarle las tres semanas inolvidables que pasó allí, hace diez años. Sólo que la mayor parte del tiempo estuvo en Escocia, y el resto en Londres.

—Cada vez que usted nos habla —confía a George, mientras sus fervientes ojos examinan su cara— recuerdo ese precioso acento. Es como música.

George se siente imperiosamente tentado de preguntarle a qué acento se refiere. ¿*Cockney* o *gorbals*<sup>[16]</sup>? Pero ahora la señora Torres quiere saber dónde nació, y él se lo dice, y ella no ha oído hablar de ese sitio. Él aprovecha su frustración momentánea para interrumpir el *tête à tête*.

Una vez más, el despacho de George resulta ser útil; entra en él para huir de la señora Torres. Allí encuentra al doctor Gottlieb.

Gottlieb está muy alterado porque acaba de recibir de Inglaterra un nuevo libro sobre Francis Quarles<sup>[17]</sup>, escrito por un catedrático de Oxford. Probablemente, Gottlieb sabe tanto de Quarles como el propio autor. Pero Oxford, irguiéndose en toda su majestad por detrás del catedrático, su hijo, intimida al pobre y mezquino Gottlieb, nacido en una de las zonas inaceptables de Chicago.

—Esto le hace a uno comprender —dice— cuál es el bagaje que se necesita para llevar a cabo un trabajo como éste.

George se siente triste y deprimido; está claro que Gottlieb, por encima de todo en esta vida, anhela poder convertirse en ese miserable catedrático y aprender a escribir su avinagrada prosa, viperina, juguetona y cerril.

Tras sostener el libro entre sus manos y pasar las páginas con el debido respeto, George decide que necesita comer algo. Al salir del edificio, las primeras personas que reconoce son Kenny Potter y Lois Yamaguchi. Están sentados sobre la hierba, bajo uno de los árboles recién plantados. El árbol elegido es de los más pequeños; apenas hay en él una docena de hojas. Parece ridículo sentarse a su vera, y quizá precisamente por eso lo ha elegido Kenny. Lois y él parecen dos niños jugando a náufragos en un atolón del Pacífico Sur. Al pensarlo, George les sonrío. Ellos contestan, y Lois se echa a reír a su manera afectada, vergonzosa, tan japonesa. George pasa muy cerca de su atolón sin detenerse, como pudiera hacerlo un vapor. Lois parece intuirlo y agita alegremente la mano hacia él, como se suele hacer a un barco, con un gesto delicadamente encantador de sus menudas mano y muñeca.

Kenny hace señales también, pero es dudoso que él se dé cuenta; sólo sigue el ejemplo de Lois. De todas formas, su saludo alegra el corazón de George. Agita la mano en respuesta. El viejo profesor y los jóvenes náufragos han intercambiado señales, aunque no de socorro. Respetan mutuamente su intimidad. En absoluto piensan en compromisos. Sólo se desean unos a otros lo mejor. De nuevo, como en la cancha de tenis, George siente que han iluminado su día, pero esta vez la emoción carece de cualquier componente turbador. Es pacífica y radiante. George navega hacia la cafetería, sonriendo para sí, sin ni siquiera sentirse tentado de volver la cabeza.

Pero entonces oye «¡Señor!» justo detrás de él; se da la vuelta, y es Kenny. Ha llegado corriendo, sin hacer ruido con sus playeras. George imagina que querrá hacerle alguna pregunta concreta, por ejemplo, qué nuevo libro leerán en clase, y se volverá a marchar. Pero no, Kenny echa a andar a su lado, comentando con voz casual:

—Tengo que ir a la librería.

No quiere saber si George también va allí, y George tampoco le dice que él no pensaba ir.

—¿Ha tomado alguna vez mescalina, señor?

—Sí, una vez. En Nueva York. Hace ocho años. Entonces no era ilegal venderla. Entré en una farmacia y la pedí. Nunca habían oído hablar de ella, pero en pocos días me la consiguieron.

—¿Y le hizo ver cosas... visiones místicas y todo eso?

—No. No lo que se entiende por visiones. Primero me sentí mareado. No mucho. Y, por supuesto, algo asustado. Como supongo se sentiría el doctor Jekyll después de tomar su pócima por primera vez... Luego ciertos colores comenzaron a adquirir un brillo particular y a resaltar. Parecía extraño que la gente no los advirtiera. Recuerdo un bolso rojo de señora encima de una mesa, en un restaurante: ¡era todo un escándalo público! Y las caras de las personas se convertían en caricaturas; quiero decir que parecía que pudieras comprender sus intenciones ocultas, cruda y llanamente. Uno, absurdamente vanidoso; otro, literalmente enfermo de angustia; otro, buscando camorra. Y después ves a unos pocos que se limitan a ser simplemente bellos, porque están libres de deseos o agresividad y se toman la vida como viene... ¡Ah!, y las cosas van acentuando poco a poco su carácter tridimensional; las cortinas adquieren peso como si estuvieran esculpidas, y la madera es muy rugosa. Las flores y las plantas desprenden vida. Me acuerdo de un tiesto con violetas: estaban quietas, pero se las veía moverse; parecían serpientes enroscadas e inmóviles, erguidas sobre sus anillos... Y al fin, cuando el efecto llega al máximo, parece como si las paredes de la habitación y cuanto te rodea respiraran, y las vetas de la madera comienzan a fluir como si fuesen líquidas... Por último, lentamente, todo se vuelve a apagar, retorna a la normalidad. No hay resaca alguna. Me sentí perfectamente después. Y me tomé una gran cena.

—¿Y no la ha vuelto a probar?

—No. Me di cuenta de que no me atraía demasiado. Sólo fue una experiencia que había tenido. Regalé a mis amigos el resto de las cápsulas. Uno tuvo más o menos el mismo tipo de sensaciones que yo, y otro no vio nada. Y una amiga me confesó que jamás se había asustado tanto en toda su vida, pero creo que sólo estaba siendo educada. Algo así como dar las gracias por una fiesta...

—¿Y no le queda ninguna de esas cápsulas, señor?

—No, Kenny, ya no tengo. Pero aunque conservara alguna, no las distribuiría entre los estudiantes. Hay maneras mucho más divertidas de conseguir que me echen de aquí.

Kenny sonrío.

—Perdone, señor; sólo me preguntaba... Supongo que si de verdad quisiera esa cosa, me sería fácil obtenerla. En el campus se puede conseguir prácticamente todo lo que uno quiera de ese tipo de cosas... Ese amigo de Lois la encontró aquí. Afirma que, cuando la tomó, vio a Dios.

—Quizá le vio. Es posible que yo no tomara la suficiente.

Kenny contempla a George de arriba a abajo. Parece divertido.

—¿Sabe, señor? Creo que aunque hubiera visto a Dios no nos lo diría.

—¿Por qué dices eso?

—Es lo que dice Lois. Piensa que usted es... bueno, más bien astuto. Como esta mañana, mientras escuchaba todas las tonterías que decíamos sobre Huxley...

—No noté que tú hablaras mucho. Diría que ni abriste la boca.

—Le observaba a usted... En serio, creo que Lois tiene razón. Nos deja divagar y luego nos pone en nuestro sitio; no digo que no nos enseñe cosas muy interesantes, claro que lo hace, pero jamás nos comunica todo lo que sabe...

George se siente halagado y emocionado. Kenny nunca le había hablado así. No puede por menos que actuar según el papel que Kenny le otorga tan tentadoramente.

—Bueno... quizá sea verdad; hasta cierto punto... Verás, Kenny, hay cosas que uno mismo ignora que sabe hasta que se las preguntan.

Han llegado a las pistas de tenis. Ahora todas están ocupadas, moteadas de figuras en movimiento. Pero George, con la rápida ojeada del lagarto veterano adicto, ha percibido ya que la pareja de la mañana ha desaparecido y que ninguno de los presentes resulta físicamente atractivo. En la pista más cercana, un miembro de la facultad, gordo y de mediana edad, juega para cumplir con el objetivo de una terapia de sudor, con una muchacha con vello en las piernas.

—Alguien ha de hacerte una pregunta —continúa George dándose importancia— para poder contestarla. Pero es muy poco frecuente encontrar una persona que haga las preguntas pertinentes. La mayoría de la gente carece de interés.

Kenny calla. ¿Reflexiona? ¿Va a preguntar a George algo bien fundado? El pulso de George se acelera, expectante.

—No es que yo quiera parecer astuto —dice, clavando la mirada en el suelo y



procurando parecer impersonal—. ¿Sabes, Kenny? Muchas veces me gustaría discutir cosas, comunicar, soy totalmente sincero. No en clase, de ninguna manera... eso no resultaría, seguro. Unos u otros tergiversarían las cosas...

Silencio. George echa una rápida mirada a Kenny y advierte que está observando, aparentemente sin mayor interés, a la chica hirsuta. Quizá ni siquiera estaba escuchando. Es imposible saberlo.

—A lo mejor ese amigo de Lois no vio a Dios, después de todo —dice inesperadamente Kenny—. Quiero decir, que muy bien se pudo engañar a sí mismo. No mucho después de tomar la cosa esa tuvo un ataque de nervios y estuvo encerrado tres meses en una institución. Le contó a Lois que, durante su trastorno, se convirtió en un demonio y que podía apagar la luz de las estrellas. No estoy bromeando. Decía que podía apagar siete de una vez. Y tenía miedo a la policía. Según él, la policía tiene una máquina para atrapar demonios y liquidarlos. La llaman la máquina Mo... Mo quiere decir Om, ya sabe, señor, esa palabra india que significa Dios, dicha al revés.

»Si la policía liquidaba a los demonios, eso querría decir que sus miembros son ángeles, ¿verdad? Bueno, al menos eso tiene sentido. Un lugar donde los policías son ángeles tiene necesariamente que ser un asilo de locos.

Kenny todavía ríe a carcajadas cuando llegan a la librería. Quiere comprar un sacapuntas. Se los enseñan envueltos en plástico: rojos, verdes, azules o amarillos. Kenny elige uno rojo.

—¿Qué venía usted a buscar, señor?

—Bueno, en realidad, nada.

—¿Ha caminado hasta aquí sólo para hacerme compañía?

—Cierto. ¿Por qué no?

Kenny parece genuinamente sorprendido y complacido.

—¡Creo que se merece usted algo a cambio! Coja uno, señor, le invito.

—¡Oh, pero... bueno, gracias! —George hasta se pone algo colorado. Es como si le hubieran ofrecido una rosa. Escoge un sacapuntas amarillo.

—Creí que preferiría uno azul. —Kenny sonrío.

—¿Porqué?

—Se supone que el azul simboliza el espíritu.

—¿Y qué te hace suponer que deseo ser espiritual? ¿Por qué has comprado tú el rojo?

—¿Qué significa el rojo?

—Rabia y lujuria.

—¿En serio?

Permanecen silenciosos, como sonriendo para sus adentros. George intuye que, aunque este ambiguo intercambio de palabras no les haya ayudado a comprenderse mejor, ese no entenderse, la buena voluntad de permanecer en el malentendido, constituye a su modo una clase de intimidad. Kenny paga los sacapuntas y mueve su

mano en un gesto casual, casi irrespetuoso, de despedida:

—Le veré por ahí.

Se marcha. George remolonea unos minutos en la librería para que no parezca que le sigue.

Si se considera el comer como un sacramento, el comedor de los profesores debe ser comparado al más desolado y descarnado templo cuáquero. No se ha hecho ninguna concesión al ritual del alimento servido en compañía, confortable y tentador. Es el antirrestaurante. Demasiado aséptico, con sus mesas cromadas de plástico; demasiado pulcro, con sus papeleras de metal pardusco para echar las servilletas de papel usadas y los vasos de papel; y en contraste con la muchedumbre humana del comedor de los estudiantes, demasiado apacible. Su quietud es helada, incómoda, recatada. Y al contrario de lo que ocurre en los eminentes almuerzos de Oxford o Cambridge, la edad de los comensales no le proporciona una atmósfera venerable. La mayoría es gente más bien joven; George es de los mayores.

¡Dios! Es triste notar, en un buen número de esas caras —sobre todo en las jóvenes— una expresión malhumorada, frustrada. ¿Por qué se sienten así? Indudablemente, están mal pagados. Y su futuro no es prometedor, en un sentido comercial. No compartirán la bienaventuranza de relacionarse con los ejecutivos de las grandes compañías. Pero ¿acaso no es un consuelo estar con estudiantes todavía vivos en gran medida? ¿No proporciona cierta satisfacción diminuta sentirse útil, en lugar de contribuir a la creación de vanos productos de consumo? ¿No es algo saber que se pertenece a una de esas pocas profesiones que en este país todavía no está totalmente corrompida?

Para los frustrados, parece ser que no. Si se atrevieran, abandonarían. Pero se han preparado para este trabajo y ahora tienen que apenar con él hasta el final. Han desperdiciado su tiempo, ese tiempo en el que deberían haber aprendido a engañar, robar y mentir. Se han desligado de la mayoría —los intermediarios, los buhoneros, los promotores— mientras reunían laboriosamente todos esos áridos, desacreditados conocimientos; para ser exacto, desacreditados por los intermediarios, que pueden arreglárselas sin ellos. Todo lo que necesitan esos comerciantes son productos, aplicaciones prácticas. Todos esos profesores son soplapollas, dicen. ¿Para qué tanto saber, si no se le saca dinero? Y los frustrados están en parte de acuerdo con ellos y, en su fuero interno, se avergüenzan de no ser más listos, más sucios.

George va derecho al antecomedor. En el mostrador se alinean cazuelas humeantes, y las camareras extraen de ellas guisos de carne, verduras o sopa. También se puede comer ensalada, tarta de frutas o una extraña gelatina, de funesta apariencia, translúcida y con vetas verde brillante. Mirando fijamente a una de esas gelatinas, sumido en una especie de involuntaria fascinación, como quien contempla un reptil tras el cristal de un terrario, está Grant Lefanu, el joven profesor de física

que escribe poesía. Grant es lo opuesto a la frustración y está muy lejos de sentirse vencido; George le aprecia mucho. Es pequeño y flaco, lleva gafas y tiene dientes grandes y una sonrisa loca de genuina pasión intelectual. Puedes imaginarle fácilmente en el papel de un terrorista de los tiempos de la Rusia de los zares, hace cien años. Si le dieran la oportunidad, se convertiría en uno de esos héroes fanáticos que persiguen una idea sin vacilar, como algo connatural, y la llevan a cabo. La conversación entre estudiantes pálidos de ojos enfebrecidos, anarquistas y utópicos todos ellos, ante una mesa provista de té y cigarrillos, en una habitación cerrada, hasta altas horas de la madrugada, se transforma al día siguiente, con la precisión de la inocencia total, en la bomba arrojada, el orgulloso eslogan vociferado, la detención del joven forjador de sueños, sonriente aún, y su encierro en oscuras mazmorras, y el pelotón de fusilamiento. En la cara de Grant se percibe con frecuencia esa sonrisa... de turbación, casi, como de disculpa por haberse visto obligado a expresarse tan crudamente. Es como ese tímido que habla entre dientes y, de repente, desesperado, habla demasiado alto.

De hecho, hace poco, Grant ha realizado un pequeño acto heroico. Ha comparecido ante un tribunal como testigo defensor de un librero atrapado en el acto delictivo de vender un importante clásico del género sexual de los años veinte; normalmente se podía adquirir sólo en los países latinos, pero ahora, a través de toda una serie de juicios, lucha por que se le reconozcan sus derechos a ser devorado por la juventud americana. (George no está seguro de si se trata del libro que él leyó de joven, durante un viaje a París. Sea como sea, se acuerda de que tiró dicho libro, este u otro, a la papelera, en mitad de una jodienda. No es que uno no sea liberal de pensamiento, desde luego; que escriban sobre las relaciones heterosexuales, si no hay otro remedio, y que lo lea el que quiera. Es igual. Es mortalmente aburrido y, para ser sincero, de bastante mal gusto. ¿Por qué no pueden limitarse estos escritores modernos a los temas clásicos... por ejemplo, los muchachos?)

En esta ocasión, el heroísmo de Grant Lefanu consistió en su defensa del libro, a riesgo de su pescuezo académico. Porque previamente, y como testigo de la acusación, había comparecido un sénior muy importante del STSC y había asegurado que el libro era sucio, degenerado y peligroso. Cuando Grant fue llamado al estrado e interrogado por el fiscal, solicitó, con su tímida sonrisa, que se le permitiera estar en desacuerdo con su colega. Tras un buen rato de agujoneo, amonestado tres veces para que hablara más alto, prorrumpió en una tajante declaración al respecto de que no era el libro; sino sus agresores, quienes merecían esos tres adjetivos. Para empeorar las cosas, un periodista liberal de la prensa local redactó un entusiasta artículo adjudicando al eminente profesor el papel de viejo burro reaccionario, y a Grant el de joven y resplandeciente defensor de las libertades civiles, tergiversando su testimonio hasta convertirlo en un insulto personal. Y ahora la pregunta es: ¿Continuará Grant en su cargo al final del curso académico?

Grant trata a George como a un camarada revolucionario, un cumplido que

George a duras penas merece dado que, con su antigüedad, su libertad para representar el papel del británico excéntrico y, en último lugar, su pequeña renta privada, puede decir en el campus casi todo lo que se le antoje. En cambio, el pobre Grant carece de rentas, y ha de mantener a una esposa y a tres niños imprudentemente engendrados.

—¿Qué hay de nuevo? —le pregunta George, lo que implica: ¿Qué otras cosas está urdiendo el enemigo?

—¿Conoces esos cursos para aspirantes a policías? Hoy un enviado especial de Washington les va a hablar sobre veinte maneras de descubrir a un comunista.

—¡Estás de broma!

—¿Quieres asistir? Podríamos hacerle algunas preguntas embarazosas.

—¿A qué hora es?

—A las cuatro y media.

—No puedo. Tengo que ir al centro dentro de una hora.

—Lástima.

—Lástima —conviene George, aliviado. No está del todo seguro de si esto era una propuesta de buena fe. En otras ocasiones, y con el mismo tonillo en parte irónico, Grant le ha sugerido sabotear con intervenciones malignas una reunión de la John Birch Society, curtirse con humo en Watts junto al mejor poeta desconocido de América, o entrevistarse con un personaje importante del movimiento de los Black Muslims. George no llega a creer en serio que Grant esté poniéndole a prueba. No hay duda de que Grant, de vez en cuando, hace esas cosas, y ni se le ocurre que a George le intimiden. Probablemente piense que George declina sus invitaciones a estas salidas peligrosas por temor a aburrirse.

Conforme recorren el mostrador, que terminan con sólo café y ensalada —George vigila su peso y el apetito de Grant es tan reducido como su figura—, Grant le cuenta lo que ha oído de un hombre conocido suyo, que ha estado conversando con expertos de una gran compañía que fabrica ordenadores. Los expertos dicen que una guerra no tendría mayor importancia, ya que siempre sobrevivirán personas suficientes para manejar el país. Por supuesto, los supervivientes tenderán a ser gente adinerada e influyente, ya que ellos son los que disponen de refugios más seguros, muy distintos de esas ratoneras quebradizas ofrecidas a precios de ganga por toda una serie de granujas. A la hora de construir un refugio, según los expertos, conviene dirigirse al menos a tres contratistas distintos para que nadie llegue a saber qué es lo que se está edificando porque, si se difunde el rumor de que uno dispone de un refugio de mayor garantía, a la primera emergencia será atropellado por la chusma. Por esta misma razón, hay que ser realista y agenciarse una ametralladora. No es momento de falsos sentimentalismos.

George ríe burlón, tal y como Grant espera de él. Pero ese tipo de humor negro le enferma. En todas esas crisis pasadas de los veinte, los treinta, la guerra —cada una ha dejado su huella en George, como una enfermedad—, lo terrible fue siempre el

miedo a la aniquilación. Pero ahora anida en nosotros un temor mucho más devastador, el temor a la supervivencia. Sobrevivir en una Edad de las Ruinas, en la que será de lo más natural que el señor Strunk mate a tiros a Grant, a su mujer, a sus tres hijos, porque Grant se ha olvidado de almacenar suficiente alimento, y su estado de inanición los convierte en seres potencialmente peligrosos, y no es este un momento para andarse con miramientos.

—Allí está Cynthia —dice Grant cuando regresan al comedor—. ¿Nos sentamos con ella?

—¿Es necesario?

—Me temo que sí. —Grant deja escapar una risita nerviosa—. Nos ha visto.

Y, de hecho, Cynthia Leach los está saludando. Es una mujer joven y atractiva, de Nueva York, formada en el Sarah Lawrence<sup>[18]</sup>, hija de una familia adinerada. Es posible que, al menos en parte, se casara hace poco con Leach, un profesor de historia, para fastidiarlos. Pero su matrimonio parece marchar muy bien. Aunque Andy es delicado y de tez muy blanca, no es endeble; sus ojos tienen un brillo sexy y goza de la plácida agilidad de los que acumulan grandes éxitos en la cama. Socialmente ha quedado algo aislado de su pandilla de amigos, pero es indudable que disfruta con el esfuerzo suplementario requerido para marchar al ritmo de Cynthia. Dan fiestas a las que acude todo el mundo, pues no se regatea en comida y bebida gracias al dinero de Cynthia, y además Andy sigue siendo popular y Cynthia tampoco es tan insoportable. Su único problema es que se considera a sí misma como una aristócrata del Este de visita en los barrios bajos; intenta ser una patricia y se queda en una persona de arrogante condescendencia.

—Andy me ha dado plantón —les cuenta—. Habladme. —Y, ya sentados a su mesa, se vuelve a Grant—: Tu mujer no me va a perdonar nunca.

—¿Sí...? —Grant ríe con extraordinaria violencia.

—¿No te lo ha contado?

—¡Ni una palabra!

—¿No? —Cynthia parece decepcionada. Luego se anima—. ¡Pero si tiene que estar furiosa conmigo! Le estuve haciendo ver lo horriblemente mal que visten aquí a los niños.

—Bueno, seguro que estaba de acuerdo contigo. Siempre se está quejando de eso.

—Les roban la niñez a sus espaldas —dice Cynthia, pasando por alto sus palabras—. Los convierten en consumidores juveniles. ¡Esas criaturas tan delicadas con los labios pintados! El mes pasado estuve en México, y fue como un soplo de aire fresco. ¡Cómo decírtelo! Sus niños son tan reales... Sin ansiedades. Con sus tendencias naturales. Simplemente florecen...

—La cuestión es que... —empieza Grant. Es obvio que va a discrepar de Cynthia. Por eso balbucea y apenas se le oye. Y Cynthia decide no oírle.

—¡Y luego la noche en que volvimos a pasar la frontera! ¡Cómo olvidarla! Yo me decía: «O esta gente está loca o lo estoy yo». Todos parecían correr, como en aquellos

viejos noticiarios mudos. Y la encargada del restaurante... nunca me había dado cuenta de lo siniestro que resulta llamarlas así. ¡Cómo nos sonreía! Y los monstruosos menús, que no contienen nada realmente comestible. Y esos zombis extraños, los camareros, que se limitan a traerte vasos de agua... ¡Y se niegan a hablar contigo! No podía creer lo que veía... ¡Ah!, y pasamos la noche en uno de esos atroces moteles nuevos. Parecía como si lo acabaran de traer de algún sitio, de una fábrica, y lo hubieran colocado justo un minuto antes de llegar nosotros. No casaba con ningún lugar. Quiero decir... después de todos esos maravillosos hoteles antiguos de México. Cada uno es, de por sí, un lugar, pero esto era tan completamente irreal...

Otra vez Grant parece a punto de formular una protesta. Pero su balbuceo es aún más apagado. Ni el mismo George puede entenderlo. George bebe un buen trago de café y lo siente caer en su estómago semivacío, y súbitamente se encuentra en forma.

—Mi querida Cynthia —se oye a sí mismo hablar con vehemencia—. ¿Cómo puedes decir tantas tonterías?

Grant deja escapar una risa atónita. Cynthia parece sorprendida, pero más bien complacida. Ella es de ese tipo de camorrista a quien le gusta un reto; alivia la comezón de su agresividad.

—¡De verdad! ¿Estás en tu sano juicio? —George se siente como si fuera corriendo, lanzado por la pista, suavemente aerotransportado de forma estimulante—. ¡Dios mío, pareces uno de esos lóbregos intelectuales franceses que acaba de poner sus pies por primera vez en Nueva York! ¡Así es como hablan! ¡Irreales! ¡Los moteles americanos, irreales! Mi querida niña: tú y yo sabemos que nuestros moteles han sido diseñados deliberadamente para ser irreales, si es que se necesita recurrir a esa estúpida expresión, por la sencilla razón de que una habitación de un motel americano no es una habitación de un hotel, es pura y simplemente la habitación, y punto. No hay más que una: la habitación. Y es un símbolo (un anuncio tridimensional, si lo prefieres) de nuestro modo de vida. ¿Y cuál es nuestro modo de vida? Un código de edificación que requiere ciertas medidas, ciertos servicios y el empleo de ciertos materiales; nada más y nada menos. Lo demás te lo tienes que procurar tú. ¡Pero intenta explicar esto a los europeos! Se pueden morir del susto... Lo que ocurre en realidad es que nuestro modo de vida les resulta demasiado austero. En el plano material, lo hemos reducido todo a meras comodidades simbólicas. ¿Y por qué? Porque es el primer paso esencial. Hasta que se haya definido y relegado a su justo lugar el plano material, la mente no podrá liberarse de verdad. Cualquiera pensaría que esto es obvio. Hasta el americano más estúpido lo comprende de forma intuitiva. Pero los europeos nos llaman inhumanos (aunque prefieren usar el término inmaduros, que suena más fuerte) porque hemos renunciado a su mundo de las diferencias individuales y de la ineficiencia romántica, de los objetos-por-amor-a-los-objetos. Todo ese polvoriento y marchito culto de las catedrales y las primeras ediciones, los modelos de París y los vinos de crianza. Naturalmente, no se dan nunca por vencidos, persisten en intentar cambiarnos, a cada momento, con la aborrecible

propaganda de su culto. Si alguna vez lo consiguen, todo se habrá perdido. Éste es el tipo de subversión que debería investigar el Comité de Actividades Antiamericanas... Los europeos nos odian porque nos hemos retirado a vivir en el seno de nuestra publicidad, como ermitaños que se refugian en cuevas para vivir en la contemplación. Dormimos en alcobas simbólicas, tomamos almuerzos simbólicos, nos divertimos simbólicamente... y esto los aterroriza, los llena de furia y aversión, porque no pueden llegar a entenderlo. Se limitan a vociferar: «¡Son como zombis!». Tienen que creerlo, pues de lo contrario no les queda sino derrumbarse y admitir que los americanos pueden vivir así porque, de hecho, poseen una cultura mucho más avanzada... quinientos años, quizá mil, por delante de Europa o de cualquier otro pueblo de la tierra. Esencialmente, somos criaturas espirituales. Toda nuestra vida reside en la mente. Por eso, con símbolos como la habitación-de-motel americana nos sentimos en nuestra casa. En cambio, al europeo le horrorizan los símbolos, porque es un materialista enano y rastrero...

Momentos antes de llegar al final de este salvaje alud de palabras, George ha visto, como desde una gran altura, a Andy Leach entrar en el comedor. Lo que es, por cierto, una feliz liberación, porque George ha sido consciente ya de una desconexión en su maquinaria, de una pérdida de ímpetu. Y así ahora, con la pericia de un piloto veterano, desciende en un aterrizaje perfecto. Y lo mejor de todo esto es que da la impresión de que deja de hablar por pura cortesía, porque Andy acaba de llegar a la mesa.

—¿Me he perdido algo? —pregunta Andy, sonriendo.

Un acróbata de circo no dispone de un telón que descienda y le oculte, preservando así intacta la magia de su actuación.

Suspendido del trapecio bajo los focos resplandecientes, ha llameado y titilado como una estrella. Pero ahora, abajo, apagado, sin que le persigan las luces pero bien visible para todo el que se digne mirar hacia él —todos contemplan a los payasos—, escapa corriendo ante las filas de asientos hacia la salida. Nadie le aplaude ya. Unos pocos le echan un vistazo fugaz. Con el anonimato, George nota cómo cae sobre él un cansancio que no le resulta desagradable. La marea de su vitalidad refluye rápida, y él se recoge en ella, contento. Es una manera de descansar. De pronto, es mucho, mucho más viejo. Camino de la zona de aparcamiento, anda diferente, con menos agilidad, con movimientos envarados de brazos y hombros. Modera el paso. De vez en cuando, arrastra los pies. Va con la cabeza agachada, floja la boca y colgantes los músculos de las mejillas. Su cara adquiere una expresión desvaída, soñadora, plácida. Canturrea para sí una melodía parecida a la de las abejas alrededor de la colmena. A veces, mientras camina, emite sonoros y prolongados pedos.

El hospital se yergue majestuoso sobre una escarpada colina, aislada de las laderas herbosas salpicadas de matorrales en flor, bien visible desde la autopista. Una advertencia elevada para los automovilistas —«Éste es el final del camino, amigos»—, si bien con un aspecto agradable. Expuesto a todas las brisas, desde muchas de sus ventanas se puede contemplar el océano, el promontorio de Palos Verdes, e incluso la isla Catalina, en los días despejados de invierno.

Las enfermeras de recepción también son agradables. No te fastidian con un montón de preguntas. Si sabes el número de la habitación que deseas visitar, no hace falta ni siquiera pedir permiso; se puede subir directamente.

George pone en marcha el ascensor. En la segunda planta este se detiene y un enfermero negro hace entrar a una enferma encamada. La tienen que operar, informa a George, así que hay que descender otra vez a la planta baja, donde están los quirófanos. George, con el mayor respeto, se ofrece a dejar libre el ascensor, pero el joven enfermero —de brazos musculosos, muy *sexy*— le dice: «No es necesario», así que se queda, espectador involuntario en el funeral de una desconocida, lanzando miradas furtivas a la enferma. Esta parece totalmente consciente, pero sería algo así como un sacrilegio hablarle, pues es ya la víctima consagrada, ritualmente preparada. Ella parece saberlo y consentirlo; parece estar completamente alejada en su resignación. Su pelo gris, ondulado recientemente, es muy bonito.

«Ésta es la puerta —se dice George—. ¿Habré de pasar, por ella, yo también?».

¡Cómo se retuerce e intenta escapar el pobre cuerpo, con todas sus fibras, de la vista, el olor, las sensaciones de este lugar! Instintiva, ciegamente, se estremece, rechaza, lucha por huir. Pensar que alguna vez le traigan aquí —obnubilado con drogas, picoteado por sus agujas, mutilado por sus cuchillas—, ¡qué ultraje inconcebible para la carne! Aunque le curaran y le dejaran marcas no podría olvidar jamás, ni perdonar jamás. Nada volvería a ser igual. Perdería toda su fe en sí mismo.

Jim solía lamentarse y quejarse y organizar un alboroto por cualquier resfriado, corte en un dedo o almorranas. Pero al final fue afortunado en el único momento en que la suerte realmente importa. El camión chocó con su coche de la manera más adecuada; ni lo notó. Y jamás lo llevaron a un lugar como éste. Sus despojos no les servían de nada para sus rituales.

La habitación de Doris se halla en la planta más alta. El pasillo está desierto, de momento, y la puerta abierta; un biombo oculta la cama. George atisba por encima del biombo antes de entrar. Doris está echada, con la cara hacia la ventana.

George se ha acostumbrado ya a su aspecto. Incluso ya no le resulta horrible porque ya no tiene la sensación de que allí haya habido una transformación, Doris ya no parece cambiada. Es otra criatura; un maniquí amarillento y arrugado, de brazos y piernas como palillos, con su cuerpo marchito y su abdomen hundido, una silueta angulosa bajo la sábana. ¿Qué tiene aquello que ver con el gran animal arrogante que



es una muchacha? ¿Con ese cuerpo que se ofrecía, desparramado, desnudo, codiciosamente abierto con una impudicia exigente, bajo el cuerpo desnudo de Jim? Una gran vulva insaciable, absorbente, una carne insidiosa, despiadadamente ávida, en toda la flor, el lustre y la ufana turgencia de la juventud, reclamando la renuncia de George, su reconocimiento y sumisión a las prerrogativas femeninas, la desaparición de su cabeza contra natura en la vergüenza. Soy Doris. Soy mujer. Soy la puta madre naturaleza. Iglesia, Ley y Estado existen para defenderme. Reclamo mis derechos naturales. Exijo a Jim.

A veces, George se ha preguntado: Incluso en aquellos días, ¿le habría deseado esto?

La respuesta es «No». No porque George sea incapaz de tal perversidad; más bien porque Doris era la mujer, el enemigo, que reclamaba a Jim para ella. Era inútil destruir a Doris, o a diez mil Doris, mientras prevaleciera la mujer. Sólo se la podía contrarrestar cediendo, permitiendo a Jim irse con ella a aquel viaje a México. Incitándole a satisfacer toda su curiosidad, su vanidad halagada y su lujuria — fundamentalmente la vanidad—, apostándolo todo a una carta: a que volvería — como ocurrió— diciendo, «Ella es horrible», diciendo, «Nunca más».

¿Y no te repugnaría aún más, Jim, si pudieras verla ahora? ¿No te invadiría un horror estremecedor al pensar que quizá, ya entonces, aquel cuerpo que acariciabas y besabas ansioso, aquel cuerpo en el que penetrabas con tu sexo convulsionado, albergaba la semilla de su podredumbre? Solías lavar las llagas de los gatos con ternura, y no te importaba el hedor de un perro enfermo y achacoso; pero te espantaba, contra tu voluntad, la enfermedad humana y la gente lisiada. Lo sé, Jim, estoy completamente seguro. Te habrías negado a visitarla aquí. No habrías podido obligarte a hacerlo.

George rodea el biombo y entra en la habitación haciéndose notar lo preciso. Doris vuelve la cabeza y le ve, al parecer sin sorpresa. Probablemente, para ella, la línea divisoria entre realidad y delirio se va haciendo imperceptible. Las imágenes van y vienen. Si una de ellas te pincha con una aguja, puedes estar segura de que, de verdad, es una enfermera. George puede ser o no ser George. Por pura conveniencia, lo tratará como si fuera George. ¿Por qué no? ¿Qué más da?

—Hola —dice. Sus ojos resplandecen indómitos y azules en su rostro amarillo y enfermizo.

—Hola, Doris.

Hace ya bastante que George ha dejado de traerle flores o regalos. No hay nada en el exterior que tenga significado en esta habitación; ni siquiera él. Todo lo que puede interesarle a ella se halla ahora en esta habitación, donde ella permanece absorta en la tarea de morir. Pero su ocupación no resulta egoísta; no excluye a George ni a nadie que desee participar en ella. Su gran tarea es la muerte, y todos podemos participar en ella, en cualquier momento, a cualquier edad, bien o mal.

George se sienta a su lado y toma su mano. Hace sólo dos meses, este gesto

habría sido nauseabundo por falso. (Uno de sus recuerdos más amargos y vergonzantes es el de cierta ocasión en que le dio un beso en la mejilla —¿fue agresión, masoquismo?; ¡al infierno con todas esas palabras!—, justo después de averiguar que se había acostado con Jim. Jim estaba presente. Cuando George se acercó a ella para besarla, los ojos de Jim expresaron sorpresa y alarma, como si temiera que George fuera a darle un mordisco de serpiente). Pero ahora coger a Doris de la mano no tiene nada de falso; ni siquiera es un acto de compasión. Es necesario —lo ha descubierto en visitas anteriores— para establecer un contacto al menos parcial. Y con su mano en la de ella, se siente menos turbado por su enfermedad, pues el gesto significa «vamos por el mismo camino, pronto te seguiré». Así se siente perdonado por tener que hacer esas horribles preguntas de hospital: ¿Cómo te encuentras?, ¿qué tal va todo?, ¿cómo estás?

Doris sonrío apenas. ¿Le gusta, quizá, que haya venido?

No. Sonríe divertida, según parece. En voz baja, pero con toda claridad, dice:

—Ayer organicé un buen jaleo.

George sonrío también a la espera del chiste.

—¿Fue ayer? —El mismo tono de voz, pero dirigido a sí misma. Sus ojos ya no le ven; expresan desconcierto y cierto temor. El tiempo debe de haberse convertido para ella en un extraño laberinto de espejos; y los laberintos pasan, de un momento al siguiente, de ser divertidamente extraños a ser pavorosos.

Sus ojos vuelven a verle; el azoramiento ha pasado.

—Estuve gritando. Se me oía perfectamente por los pasillos, y tuvieron que ir a buscar al médico.

Doris sonrío. Al parecer, en esto consiste el chiste.

—¿Era la espalda? —pregunta George. El esfuerzo por mantener la simpatía alejada de su voz le hace hablar muy redicho, como una persona que intenta ocultar un acento provinciano. Pero Doris pasa por alto la pregunta: está de nuevo ausente, siguiendo sus propias líneas de pensamiento, hosca y callada. De pronto pregunta:

—¿Qué hora es?

—Casi las tres.

Un largo silencio. George siente un gran apremio por decir algo, cualquier cosa:

—Estuve en el muelle el otro día. Hacía siglos que no iba por allí. ¿Y sabes que han quitado la pista de patinaje sobre ruedas? ¿No es una vergüenza? Parece que no pueden dejar nada como estaba. ¿Te acuerdas de la barraca con aquella mujer que interpretaba la personalidad a través de la escritura? También ha desaparecido.

Se interrumpe, desalentado.

¿Acaso puede la memoria salirse con la suya con una trampa tan burda? Así parece. De hecho, ha sacado de ella el muelle, lo mismo que se extrae al azar una carta de la baraja de un mago... Y he aquí que la carta ha encajado. Fue patinando como George y Jim conocieron a Doris. (Estaba con un muchacho llamado Norman, del que pronto se libró). Y más tarde fueron todos a que les leyera la letra. Y la

mujer comunicó a Jim que poseía un talento musical latente, y a Doris que tenía la capacidad de hacer salir lo mejor de otras personas...

¿Se acuerda ella? ¡Tiene que acordarse! George la mira ansioso. Está tendida, contemplando el techo y frunciendo el entrecejo.

—¿Qué hora dijiste que era?

—Casi las tres. Faltan cuatro minutos.

—Mira en el pasillo, ¿quieres?, a ver si hay alguien.

Se levanta, va a la puerta, mira hacia afuera. Pero, aun antes de haber llegado, ella pregunta con irritada impaciencia:

—¿Y bien?

—No hay nadie.

—¿Dónde está esa jodida enfermera? —exhala las palabras con acritud, con una desnuda desesperación.

—Voy a buscarla.

—Sabe que me tiene que inyectar a las tres. El médico se lo dijo. Le trae sin cuidado.

—Voy a por ella.

—Esa puta no vendrá hasta que se le antoje.

—Estoy seguro de que la encontraré.

—¡No! Quédate.

—Está bien.

—Vuelve a sentarte.

—Claro. —Se sienta. Sabe que quiere su mano. Se la tiende. Ella la aferra con sorprendente energía.

—George...

—¿Sí?

—¿Te quedarás hasta que venga?

—Claro.

Aumenta su presión. No hay afecto ni comunicación en ello. No está asiendo a un semejante. Su mano es sólo algo a lo que agarrarse. No se atreve a preguntarle por sus dolores. Teme dar rienda suelta a un horror obscuro, a algo visible y tangible y nauseabundo, ahí mismo, entre ellos, en la habitación.

Pero también siente curiosidad. La última vez, la enfermera le contó que Doris había hablado con un sacerdote. (Tuvo una formación católica). Y de hecho, en la mesita junto al lecho, hay un libro encuadernado en rústica, bonito y llamativo como una felicitación navideña: *Viacrucis*... Ah, cuando el sendero se estrecha hasta el ancho de esa cama, y ya no se divisa nada conocido por delante, ¿quién rechaza un guía? Quizá Doris intuye ya algo del viaje que le espera. Pero suponiendo que esto sea así y que George reúna fuerzas para preguntárselo, ella nunca podría comunicarle lo que sabe. Pues eso sólo se podría expresar en el idioma del lugar adonde ella se encamina. Y ese idioma —aunque algunos de nosotros lo cotorreamos volublemente

— carece de significado en nuestro mundo, y en nuestra boca es sólo un montón de palabras.

He aquí a la enfermera, sonriente, en el umbral.

—¡Hoy soy puntual, ya ve! —Trae una bandeja con la jeringa y las ampollas.

—Ya me voy —dice George, levantándose sin tardanza.

—No tiene por qué —contesta la enfermera—. Quédese fuera un momento. No tardaré nada.

—De todas formas me tengo que marchar —dice George, sintiéndose culpable, como ocurre siempre que se abandona la habitación de un enfermo. No es que Doris le haga sentirse culpable. Parece haber perdido todo interés en él. Sus ojos están fijos en la aguja que sostiene la enfermera.

—Ha sido una niña mala —prosigue la enfermera—. No hay manera de conseguir que coma, ¿no es verdad?

—Bueno, hasta pronto, Doris. Te veré dentro de unos días.

—Adiós, George. —Doris ni siquiera mira hacia él, y su entonación es por demás indiferente. Él se va de su mundo y, por tanto, deja de existir. Le toma la mano y la aprieta. No hay respuesta. Ella contempla la brillante aguja que se le aproxima.

¿Quiso realmente despedirse? Podría ser, pronto será. Al abandonar la habitación, la mira una vez más por encima del biombo, intentando captar y fijar un recuerdo en su mente, ser consciente de la ocasión o, al menos, de su posibilidad; la última vez que la ve viva.

Nada. No significa nada. No siente nada.

Mientras estrechaba la mano de Doris, hace un momento, supo algo: que los últimos vestigios de la Doris que había intentado arrebatarse a Jim que quedaban en aquel maniquí marchito se habían desvanecido, y con ellos lo que quedaba de su odio. Mientras persistió una sola y minúscula gota de ese valioso odio, George pudo aún percibir en ella algo de Jim. Pues a Jim también le odió, casi tanto como a ella, durante el tiempo que estuvieron juntos en México. Ése era el nexo que le unía a Doris. Y ahora se ha roto. Una vez más, ha vuelto a perder para siempre un fragmento de Jim.

Mientras conduce su coche a lo largo del bulevar, los enormes armatostes de la decoración navideña —figuras de renos y cascabeles pendiendo de cables sostenidos por árboles de Navidad metálicos, oscilando encima de la calzada— se balancean con el viento helado. Son meros anuncios de la Navidad pagados por los comerciantes locales. Los compradores abarrotan las tiendas y las aceras, con caras aturcidas, y en sus ojos resplandecen, como botones bruñidos, los centelleos cínicos de la Navidad. Apenas hace un mes que, antes de que Khrushchev accediera a sacar sus misiles de Cuba, entraban a saco en los mercados, vaciando las estanterías de alubias, arroz y otros alimentos, casi todos de uso imposible en caso de tener que sobrevivir a un

ataque aéreo, ya que no pueden ser preparados sin bastante agua. Bien, esta vez los compradores salieron sanos y salvos. ¿Se alegran? Son demasiado obtusos para eso, pobrecillos; nunca han llegado a comprender de lo que se han librado. Sin duda alguna, debido a esas compras estimuladas por el pánico, disponen ahora de menos dinero para regalos. Pero aún les queda bastante. Según los comerciantes, será una buena Navidad. Todos pueden permitirse gastar algo... excepto, quizá, algunos de esos jóvenes timadores —reconocibles de inmediato para ojos expertos como los de George—, que fruncen el ceño parados en las esquinas o miran fijamente al interior de las tiendas con la máxima visión periférica.

George no se mofa en absoluto, precisamente ahora, de todos estos semejantes. Pueden ser bastos, mercenarios, lerdos, vulgares, pero él se siente orgulloso, contento, casi indecentemente alegre de poder figurar en sus filas... En las filas de esa maravillosa minoría, los seres vivos. No sabe la suerte que tiene, esa gente de las aceras; pero George sí que se da cuenta de la suya —al menos por algún tiempo—, recién llegado como está de la helada presencia de la mayoría, a la que Doris está a punto de unirse.

«Estoy vivo —se dice a sí mismo—, ¡estoy vivo!». Y la energía vital brota, ardientemente, a través de él, y el placer y el apetito. ¡Qué bueno estar en un cuerpo —aunque sea en esta vieja y deteriorada carcasa—, con su sangre aún caliente, su semen vivo, su generosa médula y su carne saludable! Los malcarados jóvenes de las esquinas le consideran, sin duda, un viejo chocho o, a lo más, una víctima en potencia. Pero él reivindica un lejano parentesco con la fuerza de sus jóvenes brazos, hombros y riñones. Por unas monedas puede hacer que cualquiera de ellos entre en su coche y vaya a su casa, se despoje de su chaqueta de cuero, de sus levis ceñidos, de su camisa y sus botas de *cowboy*, y participe —un joven y adusto atleta desnudo— en el asalto de lucha libre de su placer. Pero a George no le apetecen los cuerpos comprados, remisos, de esos muchachos. Desea complacerse en su propio cuerpo, el viejo y nervudo cuerpo triunfal de un superviviente. El cuerpo que ha persistido más allá de Jim y que persistirá más allá de Doris.

Decide hacer un alto en el gimnasio —aunque no es uno de los días que acostumbra hacerlo— camino de su casa.

Se desnuda en el vestuario, y se pone sus calcetines de deporte, el suspensorio y los pantalones cortos. ¿Se pondrá camiseta? Se mira en el espejo alargado. No está mal. Hoy no se notan tanto los michelines sobre la cinturilla de los pantalones. Las piernas se conservan muy bien. Los músculos del pecho, si se tensan adecuadamente, no parecen flojos. Y mientras no se ponga las gafas, le resulta imposible apreciar las pequeñas arrugas de la cara interna de los codos, por encima de la rótula y en torno al hueco de la tripa, metida a presión. Siempre, bajo cualquier circunstancia e iluminación, su cuello está flácido y áspero, y su aspecto sería horrendo incluso para

una persona medio ciega. Lo ha abandonado totalmente, como una posición militar insostenible.

Y sin embargo su aspecto —¡y bien que él lo sabe!— es mejor que el de casi todos los hombres de edad similar de este gimnasio. No porque ellos se encuentren en baja forma; en general, se trata de ejemplares bastante bien conservados. Lo que les falla es su aceptación fatalista de la madurez, su innoble resignación a la condición de abuelo, a la inminente jubilación y al golf. George se diferencia de ellos porque, en cierto sentido difícil de definir pero que salta a la vista cuando se le contempla desnudo, no se ha rendido. Sigue luchando, y ellos no. ¿Quizá no es nada misterioso, sino simple vanidad, lo que le confiere ese aire de muchacho precozmente envejecido? Sí, pese a sus arrugas, a su carne floja y laxa, a su pelo encanecido, a su vivacidad edificada sobre un cimiento de presunción y amargura, se vislumbra ocasionalmente una entidad espectral, de rasgos serenos, aññados y atractivos. La combinación es grotesca, más decrepita que la misma edad madura en que se encuentra, pero ahí está.

Mirando torvamente en el espejo, con disgusto y cierto humor, George se interpela a sí mismo: «Viejo majadero, ¿a quién vas a seducir?». Y se enfunda la camiseta.

En el gimnasio sólo hay tres personas; es demasiado temprano para los oficinistas. Un hombretón macizo llamado Buck —todo lo que queda, a los cincuenta años, de un futbolista— habla con un joven de pelo rizado llamado Rick, aspirante a entrar en la televisión. Buck está semidesnudo; su vientre prominente cuelga, indecente, sobre una especie de biquini, haciéndolo bajar prácticamente hasta descubrir el pubis. Parece desconocer el pudor. En cambio Rick, bien formado y musculoso, cubre su cuerpo, desde el cuello y las muñecas hasta los tobillos, con una sudadera de lana gris y pantalones.

—¿Qué hay, George? —dicen ambos, saludándole con indiferencia; y George siente que éste ha sido el saludo más auténticamente amistoso que ha recibido en todo el día.

Buck sabe todo sobre historia del deporte; es una enciclopedia de promedios de bateo, *handicaps*, récords y tanteos. Ahora se encuentra en plena narración de cómo alguien cazó a alguien en el séptimo asalto. Remeda el fuera de combate:

—¡Zas! ¡Zas! Y, amigo, se acabó todo para él.

Rick escucha, sentado a horcajadas sobre una banqueta. Aquí reina siempre una atmósfera de ociosidad. Un muchacho como Rick está listo en tres o cuatro horas, y la mayor parte del tiempo la emplea en desembuchar cuanto le viene a la mente sobre el mundo del espectáculo, sobre los coches deportivos, el fútbol y el boxeo —raramente, aunque parezca extraño, sobre sexo—. Quizá esto se deba en parte a su consideración con la honestidad moral de los diversos niños y muchachos que suele haber por allí. Cuando Rick habla con adultos se permite dárseles de listo o mostrar la sinceridad de un actor, pero con los niños se desenvuelve con la llaneza de un tonto

de pueblo. Hace el payaso para ellos, practica trucos de magia y les cuenta historietas absurdas de una tienda de Long Beach —da sus señas exactas— donde, muy de vez en cuando, de pronto y sin previo aviso, establecen un Día de las Gangas. Esos días, todo cliente que gaste más de un dólar se lleva gratis un Jaguar, un Porsche o un MG. El resto del tiempo el establecimiento es una tienda de antigüedades corriente. Cuando se reta a Rick a que enseñe el coche que él consiguió, hace salir a los críos y les señala en la calle el que parezca más adecuado. Si comprueban el registro de la matrícula y averiguan que pertenece a otra persona, Rick jura que ése es su verdadero nombre; lo cambió al iniciar su carrera de actor. Los niños vacilan sobre si creerle o no, pero gritan que es un mentiroso y un chiflado y le golpean con los puños. Mientras tanto Rick hace muecas y atraviesa a cuatro patas el gimnasio, como si fuera un perro.

George se echa en un banco inclinado para hacer abdominales. Esto requiere siempre un trabajo mental previo de autopersuasión; es el tipo de ejercicio que más aborrece el cuerpo. Mientras se va haciendo a la idea, Webster se acerca y se tiende sobre el banco inmediato. Es un muchacho de doce o trece años, delgado, grácil y de estatura superior a la de su edad, de piernas largas, lisas y doradas. Es amable y tímido, y deambula por el gimnasio como entre sueños; pero no cesa en su tarea. Sin duda se cree poca cosa y ha decidido convertirse en un atleta musculoso, ancho y desmañadamente poderoso. George dice:

—¡Hola, Web! —y Webster contesta:

—Hola, George —en un susurro reservado y tímido.

Webster inicia sus flexiones y George, despojándose súbitamente de la camiseta, sigue su ejemplo. Mientras continúan, George siente cómo una cierta empatía nace entre ellos. No compiten, pero la juventud y la elasticidad de Webster parecen adueñarse de George, y esta energía transmitida resulta terrorífica. George aparta su atención de sus propios músculos en rebelión y la concentra en el cuerpo alternativamente contraído y relajado de Webster, y absorbe así una energía que le permite sobrepasar sus cuarenta flexiones normales y llegar a cincuenta, sesenta, setenta, ochenta. ¿Intentará las cien? De pronto, se da cuenta de que Webster ha parado. Inmediatamente, las fuerzas le abandonan. Se interrumpe también, jadeando con fuerza, pero no más de lo que resuella Webster. Ahí yacen, uno junto a otro, resoplando. Webster vuelve la cabeza y mira a George, claramente impresionado.

—¿Cuántas llegas a hacer? —pregunta.

—Oh, depende.

—¡Estas cosas acabarán conmigo, tío!

¡Qué delicioso es estar aquí! ¡Si se pudiera pasar toda la vida en este estado de relajada democracia física! Nadie es aquí maligno, nadie está malhumorado, nadie curiosear. La vanidad, incluidas las posturas más descaradas ante el espejo, se presupone. El joven jugador de béisbol de figura digna de un dios confiesa a todos su ansiedad por la delgadez de sus tobillos. El banquero regordete, mientras se

embadurna la cara con crema hidratante, se limita a decir:

—No puedo permitirme envejecer.

Nadie es perfecto, y nadie pretende serlo. Ni siquiera se dan aires esa media docena de actores conocidos. En la sauna, los chicos más jóvenes se sientan, inocentemente desnudos, al lado de ancianos de sesenta y setenta años, y todos se tutean. No hay nadie tan repulsivo o tan hermoso que no pueda ser aceptado como un igual. ¿No será que aquí dentro se comportan mejor de lo que lo hacen fuera?

Hoy a George le cuesta más de lo habitual irse del gimnasio. Multiplica por dos sus ejercicios; pasa largo rato en la sauna; se lava la cabeza.

Al volver a la calle, está empezando a oscurecer. Y entonces toma otra decisión impulsiva: en lugar de conducir directamente a la playa, dará un largo rodeo por las colinas.

¿Por qué? En parte porque quiere disfrutar del puro y relajado bienestar que una sesión en el gimnasio suele producir. Es muy agradable percibir la satisfacción y gratitud del cuerpo; no importa lo mucho que proteste, le gusta obligarlo a hacer todos esos ejercicios. Ahora, al menos por algún tiempo, el nervio vago no se retorcerá, el píloro permanece tranquilo, la artritis de los pulgares y la rodilla permanecerá callada. ¡Y qué descansado resulta, ahora que no se precisan estímulos, no tener que odiar a nadie! George confía en que su estado de ánimo se mantendrá mientras siga conduciendo.

Además, quiere echar un vistazo otra vez a las colinas; hace mucho que no ha subido a ellas. Años atrás, incluso antes de Jim, cuando George vino a California por primera vez, solía ir a menudo a las colinas. Le fascinaba lo agreste de la región, casi deshabitada y erguida por encima de la ciudad. Mentía la emoción del pionero, del intruso que se aventura en lo recóndito de una naturaleza primitiva y ajena a él. Solía ir al atardecer o muy temprano por la mañana; aparcaba el coche y vagaba por los cortafuegos; avistaba a veces un ciervo que se internaba en la maleza de un valle, se detenía a observar los círculos trazados allá en lo alto por un halcón, eludía cuidadosamente pisar a las peludas tarántulas que se cruzaban en su camino y seguía los rastros zigzagueantes sobre la arena que conducían hasta una serpiente de cascabel, adormecida sobre sus anillos. Alguna vez, a la media luz del atardecer, tropezaba con una manada de coyotes trotando, en fila, hacia él, con las colas bajas. La primera vez los tomó por perros; pero, súbitamente, sin soltar un sonido, rompieron su formación y bajaron la colina a grandes saltos.

Pero, esta tarde, George es incapaz de sentir aquella lejana excitación y sobrecogimiento; algo va mal, desde el principio. La carretera, empinada y serpenteante, que entonces parecía romántica, ahora es sólo incómoda y peligrosa. No hace más que encontrarse con coches en los ángulos muertos, que le obligan a girar bruscamente; para cuando llega a lo alto, ha perdido ya toda su sensación de estar



relajado. Incluso aquí arriba, construyen ya docenas de casas nuevas; la zona se está convirtiendo en suburbana. Es cierto que quedan aún algunos valles deshabitados, pero George no llega a disfrutar de ellos; sabe que, allá abajo, está la ciudad, y eso le abruma. Se ha reproducido y se ha extendido por las faldas norte y sur de las colinas, invadiendo toda la llanura. Ha devorado los extensos terrenos de pastos y ranchos, y los últimos reductos de naranjos; ha desecado los lagos del contorno y ha agotado los bosques de las montañas más altas. Pronto beberá agua de mar purificada. Y pese a todo, morirá. No será preciso que los misiles la destruyan, ni que una renovada era glacial la congele, o que un monstruoso seísmo la resquebraje y la sumerja en el Pacífico. Morirá por exceso de crecimiento. Perecerá porque sus raíces nutritivas se secarán; la temeridad y la codicia que eran su única fuerza. Y el desierto, que es connatural a esta zona, regresará.

¡Ay, con qué tristeza y con qué seguridad sabe George esto! Detiene el coche y, de pie sobre el sucio y amarillento arcén de la carretera, junto a una mata de acerolo, contempla allá abajo Los Ángeles, como un judío triste, profeta de calamidades, y hace pis. Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad<sup>[19]</sup>. Pero esta ciudad no es grande, no lo fue nunca, y está a punto de caer.

Cierra de un tirón la cremallera del pantalón, vuelve al coche y continúa su camino, completamente deprimido. Las nubes se cierran, bajas y amenazadoras, sobre las colinas, dándoles un aire norteño y triste que recuerda a Gales; el día agoniza con un estallido de luces, falsas piedras preciosas sobre la llanura, y la tortuosa carretera desciende ahora hacia Sunset Boulevard, y él se aproxima al océano.

El supermercado está aún abierto; no cerrará hasta medianoche. Resplandece. Su brillo ofrece refugio de la soledad y la oscuridad. Se podría pasar horas enteras aquí, en un estado de flotante inseguridad, meditando acerca de la diversidad de las cosas comestibles. ¡Es demasiado! Muchas marcas en envases relucientes, todas prometiéndote algo delicioso. Los artículos de las estanterías nos llaman a gritos, ¡cógeme! ¡cógeme!; y ya la sola competencia de sus llamadas nos puede inducir a imaginar que se nos desea, incluso que se nos ama. Pero ¡cuidado!: una vez a solas en la habitación vacía nos daremos cuenta de que el duende engañoso y halagador de la publicidad te ha evitado; de todo aquello no queda sino cartón, celofán y comida. Y ya hemos perdido el hambre.

Este lugar brillante no es realmente un refugio. Pues, emboscados entre botellas, cartones y latas, acechan recuerdos ofensivamente vívidos de alimentos adquiridos para Jim, cocinados para Jim, compartidos con Jim. Apuñalan a George mientras pasa empujando el carrito. ¿Nos sentiríamos de verdad solos si nunca comiéramos solos?

Pero plantearse «no cenaré solo esta noche» ¿no resulta mortalmente peligroso? ¿No es quizá el inicio de un largo desprendimiento: desde comer en mostradores y

beber en bares, hasta beber en casa sin comer, hasta desesperar y recurrir a los somníferos y la inevitable sobredosis final? Pero ¿quién dice que he de ser valiente?, pregunta George. ¿Quién depende ya de mí? ¿A quién le importa?

Nos estamos poniendo sensibleros, dice, mientras intenta decidirse entre el bacalao, la lubina, el solomillo o el bistec. Siente hacia ellos una náusea de desagrado; después una rabia súbita. Maldita sea la comida. Maldita sea la vida. Está tentado de abandonar el carrito, lleno como está de provisiones. Pero eso crearía trabajo extra a los empleados, y uno de ellos es muy majo. La alternativa, volver a poner él mismo todas las cosas en su sitio, es muy parecida a los trabajos de Hércules, pues ha caído ya pesadamente sobre él la opresiva desgana de la tristeza. La desgana que lleva a acostarse y a esperar allí a que se desarrolle alguna enfermedad.

Empuja, pues, el carrito hasta la caja, paga, se detiene camino del aparcamiento, entra en una cabina telefónica y marca.

—Diga.

—Hola, Charley.

—¡Geo!

—Verás... ¿Es demasiado tarde para cambiar de idea? Sobre lo de esta noche. ¿Sabes...? Cuando llamaste esta mañana... creí que tenía una cita... pero acabo de saber que...

—¡Claro que no es demasiado tarde! —Ni siquiera se molesta en escuchar sus falsas excusas. Su alegría relampaguea vertiginosa hacia él, precediendo a sus propias palabras, a través del zigzag del cable telefónico. Y de repente, Geo y Charley están de alguna manera enlazados, una más de esas felices parejas de la tarde, entre errantes solitarios. Si alguno de los empleados le hubiera estado observando, habría visto cómo su cara, al otro lado del cristal de la cabina, se iluminaba y resplandecía de alegría, como la de un enamorado.

—¿Quieres que te lleve algo? Estoy en el supermercado...

—¡Oh, no... no, gracias, Geo, cariño! Tengo montones de comida. Últimamente parece que compro siempre demasiado. Supongo que será porque...

—Llego enseguida. Tengo que pasar un momento por casa. Hasta ahora...

—¡Oh, Geo... qué bien! *Au revoir!*

Pero es tan perverso que su estado de ánimo ya empieza a variar antes de haber terminado de descargar sus compras en el coche. ¿De verdad quiero verla?, se pregunta; y luego: ¿Qué diablos me ha movido a hacer esto? Reconstruye con la imaginación la tarde que podía haber pasado en su casa, cómodamente, preparando la comida que ha comprado, tumbándose en el sofá junto a la estantería de los libros y leyendo hasta caer rendido de sueño. A primera vista, es una escena encantadora y convincente de placer hogareño. Sólo pasados unos instantes advierte George la omisión que la hace insensata. Lo que ha quedado excluido es Jim, echado al otro lado del sofá, leyendo también; los dos absortos en sus libros y, no obstante,

plenamente conscientes de su mutua presencia.

De vuelta en casa, cambia su traje por una camisa caqui del ejército, un sobrante de existencias, pantalones de algodón azul pálido, mocasines y un suéter. (A veces ha tenido dudas sobre este atuendo; ¿no dará la impresión de que pretende hacerse pasar por más joven? Pero Jim solía decirle: «No, es perfecto para ti... Te da cierto parecido a Rommel en traje de civil». A George eso le encantaba).

Justo cuando está a punto de volver a marcharse, llaman a la puerta. ¿Quién puede ser a estas horas?

¡La señora Strunk!

(¿Qué habré hecho esta vez para que venga a quejarse?)

—Oh, buenas tardes. —Es obvio que está nerviosa, hipersensible; demasiado consciente de haber transgredido el puente-frontera y hallarse en territorio enemigo—. Sé que esto es muy apresurado. Yo... nosotros hace tiempo que queríamos pedirle... Sé lo ocupado que está siempre... pero hace tanto tiempo que no nos reunimos... y nos preguntábamos... ¿quizá tendría usted tiempo para tomar una copa con nosotros?

—¿Ahora mismo?

—Pues sí. Ahora estamos los dos en casa.

—No sabe cómo lo lamento. No tengo más remedio que salir en este mismo momento.

—Oh, está bien. Ya me parecía que no tendría tiempo. Pero...

—No, escuche —interrumpe George, y lo dice de todo corazón; está muy sorprendido, complacido y conmovido—. De verdad me gustaría. Y mucho. ¿Sería posible posponer la invitación?

—Por supuesto... —Pero la señora Strunk no le cree. Sonríe con cierta tristeza. De pronto, a George le parece lo más importante de este mundo convencerla.

—Me encantaría ir. ¿Y mañana?

Pone cara larga.

—Ah, mañana. El caso es que mañana no nos vendría muy bien. Verá, unos amigos del Valle vienen a visitarnos, y...

Y quizá notarían algo amariconado y vosotros os avergonzaríais, piensa George, de acuerdo, de acuerdo.

—Lo entiendo perfectamente —dice—, pero espero que nos veamos pronto, ¿le parece?

—Oh, sí —asiente ella con fervor—, muy pronto...

Charlotte vive en Soledad Way, una callejuela empinada que por la noche queda ceñida por los coches aparcados a ambos lados, de manera que dos coches apenas

tienen espacio para cruzarse. Si se llega tarde, cuando los residentes han regresado ya del trabajo, lo más probable es que se vea uno obligado a aparcar a varias manzanas de distancia, al pie de la colina. Sin embargo, para George esto no es ningún problema, ya que hay menos de cinco minutos andando desde su casa hasta la de Charley.

Su casa está situada casi en lo alto de la colina, al final de tres tramos de escaleras de madera, rústicos y desiguales, setenta y cinco escalones en total. A nivel de la calle hay un pabellón medio hundido que hace de garaje. Lo tiene lleno hasta el techo de baúles destartados y cajas polvorientas atiborrados de chismes que ya no quiere. Jim solía decir que si mantenía el garaje bloqueado era para no poder tener coche. Sea como sea, rehúsa obstinadamente aprender a conducir. Si ha de ir a algún sitio y no encuentra a nadie que la lleve, entonces, qué se le va a hacer, no va. Pero sus vecinos siempre la ayudan; los tiene intimidados y como hechizados con su calidad de británica, que también George sabe aprovechar llegado el caso, aunque por vías diferentes.

La casa contigua a la de Charlotte está a ras de la calle. Cuando se empiezan a subir las escaleras, se puede ver un íntimo espectáculo de mugre doméstica a través de la ventana del cuarto de baño (hay que reconocer, con toda franqueza, que Soledad Way está a un nivel social bastante más bajo que Camphor Tree Lane): de la bañera penden bragas y pañales, un gorro de baño sobre el bulbo de la ducha, un desatascador en el suelo. De momento no hay niños a la vista, pero se puede apreciar que la ladera de la colina por encima de la casa ha sido apisonada y convertida en una superficie resbaladiza consistente como un ladrillo, en la que lo único vivo que aún puede medrar es algún cactus. En lo alto de la pendiente han construido un artefacto parecido a una horca, del que cuelga una red de baloncesto.

La parcela alargada de colina que corresponde a Charlotte puede ser descrita como jardín. Ha sido terraplenada, y algunas de sus rosas están floreciendo, aunque lamentablemente descuidadas; cuando Charlotte se encuentra en una de sus fases depresivas, hasta las pobres plantas deben sufrir por ello. Se las ha permitido crecer en una maraña de anárquicos renuevos erizados de espinas, separados por una espesa alfombra de maleza.

George sube despacio, tomándoselo con calma. (Sólo los más jóvenes no se avergüenzan de llegar sin aliento). Estas escaleras exteriores son típicas del barrio. Algunas conservan las pintadas originales en sus escalones, hechas por aquellos colonos bohemios, dirigidas, según parece, a invitados borrachos que las subían arrastrándose penosamente sobre codos y rodillas. Sube, persevera. No te desanimes. Estás en baja forma, campeón. ¡Eh, tú... no puedes morirte aquí! ¿No es esto el cielo?

Las escaleras se han convertido, en cierta forma, en el instrumento de la venganza póstuma de los colonos sobre sus suplantadores, las modernas amas de casa, pues desafían cualquier intento de ahorrar trabajo. Aparte de recurrir a los servicios de una

grúa de tamaño gigante, no hay manera de subir nada, como no sea a mano. La nevera, la cocina, la bañera y todo el mobiliario ha tenido que ser arrastrado y empujado al interior de la casa de Charley por hombres fuertes y salvajemente malhablados, que le han exigido pagos extras y propinas triples.

Charley sale a recibirle cuando casi ha llegado a lo alto. Le ha estado esperando, como de costumbre, temiendo sin duda que, a última hora, cambiara sus planes. Se encuentran en el porche de madera, diminuto e inseguro, ante la puerta de entrada, y se abrazan. George siente su suave y voluminoso cuerpo contra el suyo. Luego, de repente, ella le deja ir mientras le palmea amistosa la espalda... como para tranquilizarle: no voy a abrumarte con mi afecto; ella sabe cuándo es suficiente.

—Pasa —dice.

Antes de seguirla, George echa una mirada al otro lado del pequeño valle, hacia la hilera de farolas que señalan el paseo marítimo que bordea la playa, el oscuro e invisible océano. Hace una noche cálida y sin viento, y retazos de niebla llegada del mar amortiguan las luces de las casas, allá abajo. Desde el porche, cuando la niebla es densa, no se divisan las casas, y las luces son sólo contornos; entonces, el nido de Charlotte parece un lugar maravillosamente remoto, como fuera del mundo.

Es una simple caja rectangular; una de esas casas prefabricadas que hicieron inmediatamente después de la guerra. Los periódicos pregonaban su entusiasmo por ellas, se las aclamaba como las casas del futuro; pero no llegaron a tener éxito. El suelo del salón es de tatami y hay más objetos de ese estilo de las tiendas de regalo orientales. Junto a la puerta hay una linterna de salón de té, campanillas en las ventanas, y sujeta a la pared con chinchetas flamea una enorme cometa roja en forma de pez. Dos pósters: un rabioso tigre japonés gruñendo ferozmente a un águila (¿americana?) que desciende sobre su presa; un inmortal sentado bajo un árbol, con media docena de larguísimos pelos sobresaliendo en su barbilla. Tres sofás bajos provistos de almohadones de seda de colores alegres, demasiado pequeños para cualquier propósito útil pero perfectos como armas arrojadas.

—¡Vaya! ¡Acabo de darme cuenta de que aquí hay un olor horrible a cocina! — exclama Charlotte. Y es cierto, George, cortésmente, indica que es un olor delicioso y que le abre el apetito—. La verdad es que estoy ensayando un nuevo tipo de estofado. Me dio la idea una guía de viajes estupenda que me acaba de traer Myrna Custer... sobre Borneo. Lo que pasa es que el autor resulta un poco impreciso y he tenido que improvisar un poco. Quiero decir con ello que no lo especificaba a las claras, pero sospecho que el ingrediente básico debía de ser carne humana. Lo que yo he puesto son los restos de un cuarto...

Es bastante más joven que George —va a cumplir cuarenta y cinco— pero, como él, es ya una superviviente. Denota la tenacidad maltratada del típico superviviente. A juzgar por algunas fotografías, en sus tiempos fue suficientemente bonita, mientras conjugó sus grandes ojos grises con una tez sonrosada, suave y juvenil. Ahora sus pobres mejillas están hinchadas e inflamadas, y su pelo, que en otro tiempo debió de

ser un contorno encantador alrededor de su cara, está bastante descuidado. Pero aún no se ha rendido. Su forma de vestir deja traslucir cierta galantería grotesca, desacertada pero conmovedora; una blusa bordada de campesina, de colores atrevidos, rojos, amarillos y violeta, con las mangas recogidas hasta los codos; una falda mexicana agitanada que parece casi una manta enrollada a su cintura, sujeta por un cinturón de vaquero tachonado en plata: todo ello acentúa lo informe de su figura. ¡Ah!, y si es preciso que calce sandalias y lleve los pies desnudos, ¿por qué no se arregla las uñas? (Quizá actúa aquí un resto de ese puritanismo burgués de los Midlands). En una ocasión, y refiriéndose a un atuendo por el estilo, Jim le dijo bromeando: «Veo que has adoptado nuestra vestimenta popular, Charley». Ella se rió, nada ofendida, pero no lo cogió. Y sigue sin cogerlo. Es su idea de vestimenta informal californiana, y con la mayor honestidad mental, es incapaz de advertir ninguna diferencia entre aquél y lo que su vecina la señora Peabody acostumbra vestir.

—¿Te he contado ya, Geo...? No, creo que no; he tomado dos decisiones para este nuevo año, aunque ya las he empezado a poner en práctica. La primera es reconocer que odio el *bourbon*. —Lo pronuncia como si fuera la dinastía, no la bebida—. He estado fingiendo lo contrario desde que llegué a este país... simplemente porque Buddy lo bebía. Pero para ser honestos, ¿a quién voy a engañar ahora? —Sonríe a George intrépida y resplandeciente, como garantizándole que esto no es el preludio de un acceso de *Buddy-blues*<sup>[20]</sup>; y continúa de inmediato—. Mi otra decisión es dejar de negar que esa irritante acusación es verdad: que las mujeres recurren a cócteles demasiado fuertes, ¡maldita sea! Supongo que está relacionado con nuestra terrible ansiedad por resultar atractivas... Así que empezaremos el régimen ahora mismo, ¿de acuerdo? Prepárate tu cóctel y el mío también: vodka con tónica, por favor.

Obviamente, ya se ha tomado por lo menos dos. Enciende un cigarrillo con manos inseguras. (El cenicero indonesio está repleto, como siempre, de colillas con huellas de lápiz de labios). Luego se va a la cocina, con ese curioso contoneo, casi una cojera, que sugiere artritis y la rigidez inevitable que la acompaña.

—Has sido muy amable al venir esta noche, Geo.

Sonríe adecuadamente, pero no dice nada.

—Faltaste a tu otra cita, ¿verdad?

—¡No! Ya te lo dije por teléfono: la cancelaron ellos a última hora...

—¡Oh, Geo, querido, déjate de tonterías! ¿Sabes?, a veces pienso que cada vez que haces algo realmente amable te avergüenzas después. Sabías perfectamente lo mucho que te necesitaba esta noche y rompiste el compromiso. En cuanto empezaste a hablar, me di cuenta de que estabas mintiendo. Tú y yo no nos podemos embaucar fácilmente: hace mucho que me di cuenta de eso. ¿Tú no... después de tantos años?

—Desde luego debería —asiente él, sonriendo mientras reflexiona en lo absurdo que resulta ese desatino universalmente aceptado de que nuestros mejores amigos

hayan de ser, necesariamente, los que mejor nos comprendan. Como si no hubiera ya demasiada comprensión en el mundo, sobre todo esa comprensión de los enamorados celebrada en canciones y relatos, y tan torturadora que no puede ser tolerada sin separaciones y peleas. Querida vieja amiga Charley, piensa él, mientras coloca las bebidas en la desordenada y no muy limpia cocina, ¿cómo habría podido soportar estos últimos años sin tu maravillosa incapacidad de percibir? ¿Cuántas veces, cuando Jim y yo habíamos reñido y veníamos a visitarte (enfadados, evitando mirarnos, hablándonos a través de ti), nos volviste a unir sencillamente por tu capacidad para no enterarte de que algo iba mal?

Y ahora, mientras George sirve el vodka —muy ligero para ella, hay que moderar su marcha— y el *whisky* escocés —una buena ración para él, a ver si puede alcanzarla—, comienza a sentir esa cosa tan cabalmente misteriosa —sin arrobamiento ni éxtasis ni júbilo— que es la simple felicidad: *das Glueck, le bonheur, la felicidad*<sup>[21]</sup> —un género para cada lengua, si bien hay que admitir, a regañadientes, que los españoles tienen razón: habitualmente es femenina, es decir, la crean las mujeres—. Charley la genera con asombrosa frecuencia; otra cosa de la que, sin duda, no se da cuenta, ya que puede hacerlo incluso cuando ella misma es desgraciada. En cuanto a George, su felicidad es sublimemente egoísta; disfruta de ella sin inquietud aunque Charley esté hundida en la niebla de los *Buddy-blues* o en una crisis por Fred (está claro que esta noche amenaza de cerca una). Sin embargo, en algunas ocasiones nefastas, sólo tienes su melancolía sin tu *felicidad* y esto resulta fúnebre y aburrido. Pero esta noche no. Esta noche él lo va a pasar bien.

Charlotte, entretanto, ha mirado dentro del horno y lo ha vuelto a cerrar, mientras anuncia «veinte minutos más», con la seguridad de un chef, cosa que, Dios es testigo, ella no es.

Cuando regresan al salón llevando sus bebidas, ella le informa:

—Fred me llamó; ayer por la noche, tarde. —Lo ha dicho con el tono de crisis, monótono y apenas audible.

—¿Sí? —George se las arregla para parecer suficientemente sorprendido—. ¿Dónde está ahora?

—En Palo Alto. —Charlotte se sienta en el sofá, bajo el pez de papel, dramáticamente consciente, como si hubiera dicho «en Siberia».

—Palo Alto... Ya estuvo allí antes, ¿no?

—Claro, hombre. Allí es donde vive esa chica. Está con ella, por supuesto... Tengo que aprender a no decir «esa chica». Tiene un nombre tan válido como el de cualquiera, y sería absurdo pretender que no lo conozco: Loretta Marcus... De todas formas, no es cosa mía con quién está Fred, o qué es lo que ella hace con Fred. A la madre de ella parece no importarle. Bueno, basta de preocuparse por eso... Hablamos mucho. Esta vez fue realmente amable y se mostró muy razonable acerca de nuestra situación. Al menos pude notar lo ansioso que estaba por... Geo, no es bueno que sigamos así. Él ha tomado una decisión, de verdad. Quiere romper del todo.

Su voz tiembla ominosa. George dice sin convicción:

—Aún es asquerosamente joven.

—Es asquerosamente viejo para su edad. Hasta hace dos años habría podido ocuparse de sí mismo, si lo hubiera necesitado. Sólo porque sea menor, no puedo tratarlo como a un niño... quiero decir, recurrir a la ley para obligarle a volver. Además, jamás me lo perdonaría...

—Otras veces ha cambiado de opinión...

—Oh, lo sé. Ya sé que piensas que no se ha portado bien conmigo, Geo. No te lo reprocho. O sea, es lógico que estés de mi parte. Bueno, tampoco has tenido nunca niños... ¿No te importa que te lo diga, Geo, querido? Lo siento de verdad.

—No seas boba, Charley.

—Y aunque hubieras tenido niños, no sería lo mismo. Eso de la madre y el hijo (es decir, especialmente si has tenido que educarlo sin la ayuda de un padre) es un infierno. Intentas esto y lo otro... pero todo lo que haces o dices resulta equivocado. Yo le asfixio: eso me dijo una vez. Al principio no lo comprendí (no podía aceptarlo), pero ahora sí (es preciso), y honradamente creo que le entiendo. Debe vivir su vida lejos de mí... incluso aunque me lo pidiera, he de evitar verle durante bastante tiempo... Lo siento, Geo... No pretendía hacer esto... Lo siento tanto...

George se aproxima a ella en el sofá, la rodea con un brazo, oprime dulcemente su sollozante y relleno cuerpo, sin hablar. No es frío; ni es inmovible. Está realmente apesadumbrado por Charley y su problema... y no obstante, la felicidad persiste intacta; se siente muy a gusto. Con la mano que le queda libre se las arregla para tomar un sorbo de bebida, cuidando que el movimiento no se transmita al lado comprometido de su cuerpo.

Pero qué extraño estar aquí, sentado junto a Charley, sollozando y recordando aquella noche en que llegó la llamada de larga distancia desde Ohio. Un tío de Jim a quien él no conocía, que intentaba ser simpático, e incluso admitía el derecho de George a compartir una pequeña porción del sagrado dolor familiar, y luego, conforme hablaban, hasta cierto punto enfriado por la parquedad de George —«Sí, ya veo, sí»—; por su lacónica declinación de la invitación al funeral —«No, gracias»—, decidió sin duda para sus adentros que aquel conflictivo compañero de habitación no había sido tan amigo, después de todo... Y luego, unos buenos cinco minutos después de haber colgado el teléfono, cuando la primera sacudida le golpeó y las noticias sin sentido comenzaron de repente a significar lo que eran, su jadear entrecortado subió por la colina sumido en la oscuridad, tropezando a ciegas por las escaleras, golpeando la puerta de Charley, llorando, gimiendo, aullando sobre su hombro, en su regazo, sobre ella; y Charley estrujándole, acariciándole el pelo, diciéndole todo eso que se suele decir... Ya avanzada la tarde siguiente, cuando se sacudió el sopor provocado por los calmantes que ella le había dado, lo único que sintió fue repugnancia: te he traicionado, Jim; he traicionado nuestra vida en común, te he convertido en una anécdota lacrimosa propia de una falda. Pero esto no era sino histerismo; parte de la



siguiente sacudida. Pronto pasó. Y entretanto Charley, bendito sea su corazón loco, se hizo cargo de la situación: guisó para él, le llevaba la comida a casa cuando había salido, las fuentes envueltas en papel de estaño, listas para recalentar; le dejaba notas en las que insistía para que la llamara a cualquier hora que lo necesitara, si era de noche, mejor; ocultó la verdad a los amigos con un sigilo tan escandaloso que, sin duda alguna, debieron de creer que Jim había escapado del estado tras algún escándalo sexual... hasta llegar a transformar su muerte en algo enteramente elucubrado por ella, en una ruidosa farsa. (George sonrío para sí, ahora). Oh, sí, realmente se alegra de haber corrido hacia ella aquella noche. Porque aquella noche ella, desde su más pura ignorancia, le enseñó una lección que nunca olvidará: que no se puede traicionar —¡qué expresión tan idiota!— a Jim, o a una vida con Jim, aunque te lo propongas.

Charlotte ha ido calmándose. Después de un par de hipidos, repite una vez más:

—Lo siento...

Y termina:

—Me pregunto cuándo empezaron a ir mal las cosas...

—¡Oh, Charley, por el amor de Dios! ¿De qué te sirve esto?

—Por supuesto, si Buddy y yo hubiéramos seguido juntos...

—Nadie podrá decir que fue culpa tuya.

—Siempre es culpa de los dos.

—¿Has sabido de él últimamente?

—Oh, sí, con cierta frecuencia. Aún siguen en Scranton. Está sin trabajo. Y Debbie acaba de tener otro bebé; es el tercero, otra niña. No sé cómo se las arreglan. No quiero que me siga mandando dinero, aunque sea para Fred, pero es tan obstinado, pobrecito, cuando considera que una cosa es su deber. Bien, supongo que desde ahora tendrán que acordar esto entre él y Fred. Yo ya no pinto nada...

Una pausa desapacible. George le da una palmadita en el hombro, intentando animarla.

—¿Qué tal si tomamos un par de copas rápidas antes del guiso?

—¡Creo que es una idea absolutamente brillante! —Ríe alegremente. Luego, al cogerle el vaso, roza su mano en una repentina reversión emocional—. Eres tan bueno conmigo, Geo. —Sus ojos se inundan de lágrimas. Él, no obstante, puede fingir decorosamente no haberlo notado, y se aleja.

Si me hubiera atropellado el camión a mí, se dice mientras entra en la cocina, Jim estaría aquí, esta misma tarde, cruzando esta puerta y llevando estos dos vasos. Las cosas son así de sencillas.

—Bien, aquí estamos —dice Charlotte—, solo nosotros. Solos tú y yo.

Están tomando café después de la cena. El estofado resultó un éxito, si bien no se diferenciaba gran cosa de los otros estofados preparados por Charlotte; su relación con Borneo se limitaba casi por entero al plano literario.

—Solo nosotros —repite.

George le sonríe vagamente; aún no está seguro acerca de si esto constituye un preludio de algo, o es únicamente el calorcito sentencioso-sentimental que emana del vino. Ya se habían bebido botella y media entre los dos.

Pero luego, con lentitud, pensativa, como si esto fuera un mero retazo de insustancial meditación femenina, añade:

—Supongo que, en uno o dos días, tendré que desocupar la habitación de Fred. —Una pausa—. Lo que quiero decir es que, hasta que lo haya hecho, no podré darme cuenta exacta de que todo ha terminado. Tengo que hacer algo para autoconvencerme. ¿Comprendes lo que digo?

—Creo que sí, Charley.

—Por supuesto, mandaré a Fred todo lo que necesite. Lo demás lo guardaré en algún sitio. Hay un montón de espacio bajo la casa.

—¿Piensas alquilar su habitación? —pregunta George (si ella quiere llegar a alguna parte, lo mejor es ir al grano).

—¡Oh, no, no podría...! Al menos no a un extraño. No tendría una verdadera intimidad. Tendría que ser como de la familia... Oh, querido, debo dejar de utilizar esa expresión; es la fuerza de la costumbre... En cualquier caso, tú debes comprenderlo, Geo. Tendría que ser alguien a quien yo conociera muy bien...

—Es lógico.

—¿Sabes? Tú y yo, es extraño, estamos en realidad en el mismo barco. Nuestras casas se han hecho demasiado grandes para nosotros, y al mismo tiempo, demasiado pequeñas.

—Depende de cómo lo mires.

—Sí... Geo, cariño... Si te pregunto una cosa, no es que quiera meterme donde no me llaman, ni nada parecido...

—Sigue.

—Ahora que... bueno, ahora que ha pasado algún tiempo... ¿continúas pensando en vivir solo?

—Nunca he querido vivir solo, Charley.

—¡Ya sé! Perdóname, no quise decir...

—Ya lo sé. Está bien.

—Naturalmente, me imagino lo que sientes respecto a tu casa... Nunca has pensado en cambiarte, ¿verdad?

—No... al menos nunca en serio.

—No... —Se entrevé cierto anhelo—. Supongo que no te gustaría. Imagino que, mientras te quedes allí, te sientes cerca de Jim. ¿No es así?

—Quizá.

Ella extiende su mano y estrecha la suya en un prolongado apretón de simpatía. Entonces, al tiempo que apaga su cigarrillo retorciéndolo contra el cenicero, animosa ahora por los dos, dice radiante:

—¿Nos servimos unas copas, Geo?

—Los platos primero.

—Pero, querido, ¡déjalos! Ya los lavaré yo por la mañana. De verdad, lo prefiero. Así tengo algo que hacer. Tengo tan pocas cosas estos días...

—¡No hay nada que discutir, Charley! Si no me ayudas, lo haré solo.

—¡Oh, Geo...!

Media hora más tarde están otra vez en el salón, con nuevas bebidas frescas en sus manos.

—¿Cómo puedes aparentar que no te gusta? —le pregunta, entre coqueta y burlona, en tono de reproche—. Y lo echas de menos, te gustaría estar de vuelta allí, ¿lo sabes! —Es uno de sus temas favoritos.

—¡Por favor, Charley, yo no aparento nada! Sigues ignorando el hecho de que he vuelto allí varias veces; y tú no... Estoy totalmente dispuesto a admitir que cada vez me gusta más. De hecho, ahora mismo, creo que probablemente es el país más extraordinario del mundo... por su maravillosa mezcla. Todo ha cambiado, y nada ha cambiado... Creo que nunca te he contado esto: El año pasado, en pleno verano, cuando Jim y yo estábamos allí, ¿recuerdas que viajamos por los Cotswolds? Bueno, una mañana íbamos en ese trenecito de cercanías, bajamos en un pueblo que parecía sacado de un poema de Tennyson... prados soñadores en torno, vacas perezosas, palomas plañideras, olmos sempiternos, y la casa solariega isabelina irguiéndose entre los árboles. En el andén había dos mozos, vestidos de la misma forma desde el siglo diecinueve. Sólo que eran negros de Trinidad. Y el taquillero era chino. Casi me da un ataque de risa. Era el toque que faltaba, todos esos años. Convertía el lugar en algo perfecto...

—No sé si me gustaría esa parte —dice Charlotte. Su romanticismo ha sufrido una sacudida, como era de suponer. En realidad, si ha contado esta anécdota, ha sido para hacerla rabiar. Pero no hay manera de eludir el tema. Quiere más. Está achispada, e inclinada a la ensoñación—. Y luego os fuisteis al norte, ¿verdad? —le incita—, a ver la casa donde naciste.

—Sí.

—¡Cuéntame!

—¡Oh, Charley, te lo he contado ya mil veces!

—¡Cuéntamelo otra vez, por favor, Geo!

Es insistente como un crío; y a George le resulta difícil negarse, sobre todo después de unas cuantas copas.

—En sus tiempos fue una granja, ya sabes. La construyeron en mil seiscientos cuarenta y nueve: el año que decapitaron a Carlos I.

—¡Mil seiscientos cuarenta y nueve! ¡Geo! ¿No te das cuenta?

—Hay toda una serie de granjas en los alrededores que son mucho más antiguas... Por supuesto, ha pasado por muchos cambios. Las personas que viven en

ella ahora (él es un fabricante de televisores de Manchester) han remodelado prácticamente todo el interior. Han puesto una escalera nueva, otro cuarto de baño y han modernizado la cocina. Y hace unos días me escribieron contándome que tienen ya calefacción central.

—¡Qué espanto! Debería haber una ley que prohibiera estropear esas preciosas casas antiguas. Esa manía de modernizar las cosas... seguro que les ha venido de este maldito país.

—¡No seas tonta, Charley, querida! Tal y como estaba, el lugar era inhabitable. Está hecha de esa piedra del país que parece absorber toda la humedad del aire. Y hay mucha, en ese horrible clima. Hasta en verano estaban las paredes pegajosas; y en invierno, si entrabas en una habitación donde no hubieran encendido fuego en los últimos días, el frío era mortal. La bodega, de hecho, olía a tumba. El moho invadía los libros, y el empapelado de las habitaciones caía a colgajos, y los marcos de los cuadros estaban moteados de manchas de humedad.

—Puedes decir lo que se te antoje, querido, porque siempre suena maravillosamente romántico, ¡igual que *Cumbres borrascosas*!

—Hoy en día es casi zona suburbana. Se baja una vereda y se llega a la carretera principal, recorrida por los autobuses que van a Manchester; cada veinte minutos pasa uno.

—Pero ¿no me dijiste que la casa está pegada al páramo?

—Sí... así es. Eso es precisamente lo que la hace extraña. Es como si estuviera entre dos mundos... Cuando se asoma uno por la parte de atrás, desde la habitación donde, para ser exacto, nací, la vista no ha cambiado en absoluto desde que yo era un muchacho. Apenas se divisan casas, sólo colinas onduladas y las vallas de piedra que las atraviesan, y si acaso unas pocas motas blancuzcas que son granjas. Y, desde luego, los árboles que bordean el corral los plantaron muchísimo antes de nacer yo (para resguardar la casa); hace mucho viento allá arriba, en la cresta; hayas gigantes hacen un ruido como si hirvieran, como olas; es uno de los primeros sonidos que recuerdo... A veces me pregunto si no será por eso por lo que quiero vivir cerca del mar.

Algo le está ocurriendo a George. Para complacer a Charley, ha empezado a ejercer sus artes mágicas, y ahora el hechizo ha hecho presa en él. Es perfectamente consciente de ello... pero ¿hace algún daño? Resulta divertido. Añade una nueva dimensión a estar borrachos. ¡Mientras sólo le oiga Charley! Suspira hondo ahora, con simpatía y deleite; el deleite de un drogadicto cuando otra persona le confiesa su dependencia.

—Hay una pequeña taberna allá arriba, en el páramo, la última casa del pueblo; en realidad, está edificada encima del antiguo camino de carruajes que cruzaba las colinas, ahora prácticamente abandonado. Jim y yo solíamos acercarnos allá por las tardes. Se llama *The Farmer's Boy*. El salón del bar tiene un techo bajo y sofocante, ya sabes, hecho de vigas de roble combadas; hay también una gran chimenea abierta.

Y en las paredes hay varias cabezas de zorro. Y un grabado de la reina Victoria montada en un poni, en las Highlands.

Charlotte disfruta tanto que hasta aplaude.

—¡Geo, es como si lo estuviera viendo!

—Una noche que estábamos allí, se quedaron abiertos más tiempo, porque era el cumpleaños de Jim... bueno, cerraron la puerta exterior y siguieron sirviendo bebidas. Nos sentíamos maravillosamente arropados, y consumimos litros y litros de Guinness, muchos más de los que nos habríamos propuesto, sólo porque estábamos haciendo algo ilegal. Y además había «todo un personaje» (así lo describían todos, «¡Oh, es todo un personaje!»), llamado Rex: una especie de aldeano. Trabajaba de bracero en las granjas, pero sólo cuando se veía obligado a hacerlo. Comenzó a hablar en tono de superioridad, para impresionarnos. Interpeló a Jim: «¡Vosotros los yanquis vivís en un mundo de fantasía!». Pero luego se puso mucho más amistoso, y mientras caminábamos de vuelta a la posada donde nos hospedábamos, totalmente como cubas, Rex y yo descubrimos que teníamos algo en común: ambos nos sabíamos de memoria la *Vitae Lampada* de New-bolt<sup>[22]</sup>; la habíamos aprendido en la escuela. Así que, por supuesto, empezamos a vociferar: «¡Juega, juega, y juega limpio!». Y cuando llegamos al segundo verso, aquel de las arenas del desierto empapadas en sangre, yo dije, «El coronel se ha encasquillado y la ametralladora está muerta», y Rex juró que era el mejor chiste que había oído en su vida, y Jim se dejó caer en la carretera, hundió la cara entre las manos y lanzó un gemido atroz...

—¿Quieres decir que no lo estaba pasando bien?

—¿Que Jim no lo pasaba bien? ¡Como nunca en su vida! Durante algún tiempo creí que ya nunca podría hacerle salir de Inglaterra. ¿Sabes que se encaprichó como un insensato de la taberna? El resto de la casa es muy atractivo, debo admitirlo. En el piso de arriba hay una sala de estar a la que se podría sacar mucho partido. Y el jardín es grande. Jim quería comprarla, quedarnos a vivir allí y llevarla entre los dos.

—¡Qué idea tan maravillosa! ¡Qué lástima que no pudierais!

—En realidad, no habría sido del todo imposible. Hicimos algunas indagaciones, y pienso que habríamos podido persuadirlos de vender. Y no me cabe ninguna duda de que Jim se habría dedicado a llevar la taberna, partiendo de cero, como siempre hacía. Por supuesto, habríamos tenido que pasar por todo un montón de formalidades, permisos y papeleo... Sí, hablamos de ello. Incluso nos prometíamos volver este año y estudiar la cosa con un poco más de detenimiento...

—Entonces... si Jim no... ¿realmente la habríais comprado y os habríais instalado allí?

—¿Quién sabe? Siempre estábamos haciendo planes. No solíamos contarlos a nadie, ni siquiera a ti. Quizá porque, allá en lo más hondo, sabíamos que eran quimeras. Pero luego volvíamos a hacer locuras, ¿no es cierto? Bien, en cualquier caso, ya nunca se sabrá... Charlotte, querida, los dos necesitamos una copa.

De repente, se da cuenta de que Charlotte le está diciendo algo:

—Supongo que, para un hombre, es diferente...

(¿Qué es diferente? ¿Es posible que se haya adormecido por unos segundos? George se sacude para despertar).

—¿Sabes? Yo solía pensar eso de Buddy. Podía vivir en cualquier sitio. Podía viajar cientos de millas no importa por dónde y, de pronto, plantaba su tienda y daba nombre al lugar. Aquello se convertía en un lugar simplemente porque él lo había nombrado. Después de todo, creo que eso fue lo que los pioneros hicieron aquí, no hace mucho tiempo. Buddy debía de llevarlo en la sangre... aunque, bien mirado, no puede ser. Debbie nunca habría aguantado una cosa así... ¡No, Geo, lo juro, de verdad que no estoy de mala leche! Yo tampoco lo habría resistido a la larga. Las mujeres somos así: echamos raíces y no hay quien nos mueva. Nos pueden trasplantar, sí... un hombre puede conseguirlo, pero cuando lo ha hecho, debe quedarse con nosotras y mustiar... o sea, regar<sup>[23]</sup>; es decir, las raíces nuevas se mustian si no las riegan. —Su voz es espesa. Sacude bruscamente la cabeza, como hizo George hace un momento—. ¿Tiene algún sentido lo que estoy diciendo?

—Sí, Charley. ¿No estás intentando comunicarme que has decidido volver?

—¿Quieres decir volver a casa?

—¿Estás segura de que aún es tu casa?

—¡Querido...! No estoy segura de nada... pero... ahora que Fred ya no me necesita... ¿quieres decirme, Geo, qué hago yo aquí?

—Tienes muchos amigos.

—Desde luego. Amigos. Y son de verdad un encanto. Sobre todo los Peabody, y los Garfein, y Jerry y Flora, y aprecio mucho a Myrna Custer. Pero ninguno de ellos me necesita. No hay nadie que me pueda hacer sentir culpable si le abandono... Geo, sé sincero: ¿hay alguien, uno solo, por el que podría tener remordimientos si me marcho?

«Estoy yo». No, se niega a decirlo. Ese coqueteo es indigno de ellos, aunque estén borrachos.

—El sentirse culpable no es razón para quedarse, o irse —la corrige, firme y gentilmente—. La cuestión es: ¿quieres irte? Si lo quieres, debes hacerlo. No te preocupes de los demás.

Charlotte asiente con tristeza.

—Sí, supongo que tienes razón.

George va a la cocina y prepara otra ronda. (Parece que ahora beben mucho más de prisa. Ésta debería ser la última). Cuando regresa, la encuentra sentada, con las manos entrelazadas, mirando fijamente frente a sí.

—Creo que tengo que volver, Geo. Me espanta... pero empiezo a pensar que

debo hacerlo...

—¿Por qué te asusta?

—Me asusta en un sentido. Por lo pronto, allí está Nan...

—Supongo que no estarías obligada a vivir con ella.

—Nadie me forzaría. Pero lo haría. Estoy segura.

—Pero, Charley... Siempre he creído que os detestáis.

—No es eso exactamente. De todas formas, en una familia, al final no es eso lo que importa: quiero decir que puede venir o no al caso. Es difícil que lo entiendas, Geo, tú no tuviste familia desde muy joven, ¿cierto? No, yo no diría detestarnos. Aunque, desde luego, cuando conocí a Buddy (o sea, cuando se enteró de que dormíamos juntos), Nan casi me odió. Bueno, odiaba mi suerte. Por supuesto, por aquel entonces, Buddy era algo especial. Cualquiera hermana se habría sentido celosa. Pero eso no era lo más gordo. Lo que de verdad le molestaba era que Buddy era un G. I.<sup>[24]</sup>; y me iba a llevar a Estados Unidos cuando estuviéramos casados. Nan, ¿sabes?, deseaba venir aquí (muchas chicas soñaban con eso en la Inglaterra de posguerra, por la escasez y demás) pero habría muerto antes que admitirlo. Le parecía que sólo desearlo era ya una deslealtad a Inglaterra. Creo que habría preferido mil veces admitir que estaba celosa de mí y de Buddy. ¿No es para morirse de risa?

—Naturalmente, sabe que tú y Buddy habéis roto, ¿no?

—¡Oh, sí!, tuve que decírselo de inmediato, en cuanto ocurrió. Si no, habría estado muy preocupada de que lo averiguara por su cuenta de alguna manera; habría sido una vergüenza... Le escribí contándoselo, y me contestó con una carta repugnantemente triunfal, diciéndome que suponía que tendría que regresar... volver al país del que un día deserté; se sobreentendía perfectamente la intención. Así que, naturalmente, perdí por completo la cabeza (¡ya me conoces!) y repliqué que aquí me sentía como los ángeles y que nunca, nunca, volvería a poner los pies en su deprimente isleta. Y después (nunca te he contado esto porque es un tema que me altera), después de haber escrito aquella carta, me sentí terriblemente culpable y me dediqué a enviarle cosas; ya sabes, golosinas de las tiendas de lujo de Beverly Hills, quesos variados y conservas en botes y tarros. De hecho, aunque vivía en este país de jauja, apenas si podía permitírmelo. ¡Y qué idiota fui! Ni siquiera me paré a pensar en lo inoportuna que estaba siendo, en mi falta de tacto. Realmente, me estaba poniendo en manos de Nan. Verás, dejó que siguiera enviándole todas esas cosas durante cierto tiempo (y supongo que se las comía) y luego, de hecho, me hundió de verdad. Preguntó si en América no sabíamos que la guerra había terminado hacía tiempo y que ya no era necesario enviar paquetes de ayuda.

—¡Qué encantadora criatura!

—No, Geo... en el fondo, Nan me quiere de verdad. Lo que pasa es que pretende que vea las cosas como ella las ve. Es dos años mayor, ¿sabes?, y eso significaba mucho cuando éramos niñas. Siempre he pensado que ella es como una carretera, quiero decir una persona que te conduce a algún destino. Con ella nunca perderé la

orientación... ¿Entiendes lo que intento explicarte?

—No.

—Bien, no importa... Hay también otra cosa en eso de volver al hogar: el pasado; y también está ligado a Nan. Regresar al lugar donde elegí otro camino, ¿sabes?

—No. No lo entiendo.

—Pero, Geo: ¡el pasado! ¿No pretenderás aparentar que no sabes lo que quiero decir con eso?

—El pasado es sólo algo ya ocurrido, terminado.

—¡Oh! ¿Cómo puedes ser tan pesado?

—No, Charley, digo lo que pienso. El pasado se acabó. Hay gente que pretende hacernos creer que no es así, y te enseñan cosas en los museos. Pero eso no es el pasado. No encontrarás el pasado en Inglaterra. Ni en ningún sitio.

—¡Eres inaguantable!

—Escucha, ¿por qué no vuelves simplemente de visita? Ve a ver a Nan, si lo deseas. Pero, por Dios, no te dejes engatusar.

—No, si regreso, será para siempre.

—¿Porqué?

—No puedo soportar seguir dudando. Esta vez voy a quemar mis naves. Cuando vine aquí con Buddy, creí que lo había hecho. Pero esta vez debo hacerlo.

—¡Oh, por favor!

—Sé que todo habrá cambiado. Sé que habrá muchas cosas que odiaré. Sé que echaré de menos todos estos supermercados, electrodomésticos y demás comodidades. Seguro que pescaré un catarro tras otro, acostumbrada como estoy a este clima. Y cuento con que tienes toda la razón: seré desgraciada viviendo con Nan... No puedo evitarlo. Al menos, cuando esté allí sabré dónde estoy.

—¡Jamás en la vida escuché una sarta tal de masoquismos babeantes!

—Sí, ya sé que suena a eso. ¡Y a lo mejor es eso! ¿Crees que el masoquismo es nuestra manera de ser patriotas? ¿O soy yo la que lo da a entender? ¡Qué gracia! Cariño, ¿no nos vendría bien otra copita? ¡Bebamos a la salud del masoquismo de la Vieja Inglaterra!

—No, preciosa. Es hora de acostarse.

—¡Geo! ¿Te vas?

—Tengo que irme, Charley.

—¿Y cuándo volveré a verte?

—Muy pronto. A no ser que te marches ya a Inglaterra.

—¡No me tomes el pelo! ¡Sabes perfectamente que no lo voy a hacer! Me llevaría siglos solo prepararme... A lo mejor no me marchó nunca. ¿Cómo podría hacer frente a todo el jaleo de la mudanza, las despedidas y el esfuerzo? No... quizá nunca...

—Ya volveremos a hablar de ello. Y mucho más... Buenas noches, querida Charley.

Ella se levanta cuando él se está agachando para darle un beso. Chocan



ridículamente, y casi se desploman ambos sobre el suelo. La sostiene como puede.

—No me gustaría nada dejarte, Geo.

—Pues no lo hagas.

—Vaya manera de decirlo. Me parece que te trae sin cuidado si me voy o me quedo.

—¡Pues claro que me importa!

—¿De verdad?

—¡De verdad!

—¿Geo?

—¿Sí, Charley?

—No creo que Jim quisiera que te dejara aquí solo.

—Pues no me dejes.

—¡No... estoy hablando muy en serio! ¿Recuerdas cuanto tú y yo fuimos a San Francisco? Debió de ser el año pasado, en septiembre, justo después de haber vuelto tú de Inglaterra...

—Sí.

—Jim no pudo venir con nosotros ese día. No me acuerdo por qué. Tomó un avión al día siguiente y se reunió con nosotros. Bueno no importa cómo, el caso es que cuando tú y yo subíamos al coche, Jim me dijo una cosa. Algo que no he olvidado... ¿Te lo he contado ya?

—Creo que no. —Es por lo menos la sexta vez; siempre cuando está muy borracha.

—Me dijo: «Vosotros dos, cuidaos el uno al otro».

—¿Dijo eso?

—Así es. Ésas fueron sus palabras exactas. Y, Geo, creo que no se refería simplemente a eso de cuidarse. Sugería algo más...

—¿Qué podría ser?

—Esto ocurrió menos de dos meses antes de que se marchara a Ohio, ¿no es cierto...? Pienso que dijo, «cuidaos», porque sabía...

Tambaleándose un poco, le contempla seria, con la vista algo empañada, como si le escudriñara, a la manera de un pez, a través del alcohol que ha consumido.

—¿No crees tú lo mismo, Geo?

—¿Cómo podemos adivinar lo que sabía, Charley? En cuanto a ocuparnos el uno del otro, podemos estar seguros de que lo habría querido. —George pone sus manos en los hombros de ella—. Bueno, vamos a ocuparnos ahora de que uno y otro durmamos bien, ¿de acuerdo?

—No, espera. —Es como un niño que, con preguntas, intenta evitar el ir a la cama—. ¿Crees que la taberna aún estará en venta?

—Así lo espero... ¡Qué idea! ¿Por qué no la compramos, Charley? ¿Qué dices? Podríamos emborracharnos y ganar dinero al mismo tiempo. Eso sería más divertido que vivir con Nan.

—¡Oh, querido, qué encantador! ¿De verdad crees que podríamos comprarla? No... no hablas en serio, ¿verdad? Ya veo que no. Pero no me lo digas. Hagamos proyectos, como Jim y tú solíais hacer. Le gustarían nuestros planes, ¿a que sí?

—Seguro... Buenas noches, Charley.

—Buenas noches, Geo, mi amor. —Mientras se abrazan le besa de lleno en la boca. Y de repente introduce en ella su lengua. Ya lo ha hecho antes, a menudo. Es una de esas iniciativas de borracha que, al menos en teoría, podría, una vez entre diez mil, extraer violentamente de su órbita una relación ya definida para trasladarla como una exhalación a otra. ¿Dejarán las mujeres alguna vez de intentarlo? No. Pero como jamás cejan, al menos han aprendido a saber perder. Cuando, tras una pausa apropiada, comienza a retroceder, ella no intenta aferrarse a él. Y ya no se resiste a su marcha. La besa en la frente. Es como un niño que, al fin, se resigna a que le arropen en su cama.

—Duerme bien.

George se vuelve, abre la puerta ágilmente, da un paso largo y, ¡huy!, casi baja de cabeza los escalones, todos de golpe, o más bien, a profundidades impensables... a diez, cincuenta, cien millones de pies en la insondable negrura de la noche. Sólo le salva un agarrón al tirador de la puerta.

Se vuelve vacilante, con el corazón desbocado, para tranquilizar a Charlotte con una sonrisa; pero, por suerte, ha desaparecido ya. No le ha visto hacer esa burrada. Lo cual es realmente providencial pues, si le hubiera visto, habría insistido para que se quedara a pasar la noche; lo que habría significado, como mínimo, un desayuno tardío, más bebidas, siesta y cena, y después más y más y más bebidas para continuar... De hecho, esto ya ha ocurrido antes.

Pero esta vez ha escapado. Cierra la puerta de la casa con el sigilo de un ladrón, se sienta en el escalón superior, inspira hondo y se da una austera y calmosa reprimenda. Estás borracho. Estúpido vejestorio, ¿cómo te atreves a emborracharte así? Bien, ahora escucha: vamos a bajar despacito estos escalones, y cuando lleguemos abajo nos iremos derechos a casa y a la cama, sin ni siquiera lavarnos los dientes. ¿Está todo claro? Pues adelante...

Muy bien.

¿Cómo explicar, entonces, que, ya con el pie sobre el puente que cruza el riachuelo, George dé la vuelta de pronto, ría entre dientes y, con los movimientos de un niño que se zafa de un adulto —córtex, viejo guardián—, corra carretera abajo, riéndose, hacia el océano?

Al salir de Camphor Tree Lane a Las Ondas, percibe el verde resplandor que surge de las troneras de The Starboard Side, allá abajo, en la esquina del paseo que bordea el mar, frente a la playa, brillando para darle la bienvenida.

The Starboard Side ha estado allí desde los primeros tiempos de la colonia. Su

barra, en otras épocas un mostrador de comidas, sirvió a los vecinos las primeras cervezas posteriores a la prohibición; y el espejo tras ella se vio alguna vez honrado por el reflejo de Tom Mix<sup>[25]</sup>. Pero sus mejores momentos llegaron más tarde. ¡Aquel verano del 45! La guerra casi había terminado. Los apagones ya no eran más que un pretexto para que las pandillas organizaran alguna correría en la oscuridad. Un cartel sobre la barra anunciaba: «En caso de impacto directo, cerramos de inmediato». Por supuesto, pretendía ser gracioso. Pero fuera de la bahía, en las profundas aguas al pie de los acantilados de Palos Verdes, yacía un auténtico submarino japonés repleto de auténticos cadáveres de japoneses, bombardeado y hundido tras haber echado a pique dos o tres barcos cerca de las costas californianas.

Se entraba apartando la cortina que mantenía oscuro el local y se abría un paso a codazos a través de la multitud, que apenas si podía respirar o ver a causa del humo. Aquí, en la intimidad del alboroto y la muchedumbre, tú y tu ligue iniciabais, a gritos, la aproximación sexual. Se podía flirtear, pero no pelear; no había espacio ni para dar una bofetada. Para eso, había que salir. ¡Oh, las sangrientas reyertas y las vomitonas en las aceras! ¡Los puños agitados, las cabezas violentamente impulsadas contra los guardabarros de los coches aparcados! Monstruosos tubos de escape diésel repartiendo leña, mucho más torvos que los hombres. La llegada de la policía, con el agudo sonar de las sirenas; las súbitas arremetidas de las patrullas guardacostas. Las chicas saliendo a toda prisa de sus apartamentos para arrastrar a algún jovencito ebrio, guapísimo, comprometedor y peligroso hasta un lugar seguro, con desayuno incluido a la mañana siguiente, servido en la cama, un milagro de felicidad. Reclutas a la caza de un coche que los llevase a su destino, retrasados en este lugar durante horas, noches, días; prosiguiendo su viaje, al fin, con oscuras manchas en torno a los ojos, ladillas, gonorrea y un recuerdo borroso de su anfitrión o anfitriona.

Y luego el fin de la guerra y el loco jolgorio de los coches por la carretera, no sometidos ya a tasas ni a racionamientos de combustible, esparciendo informes restos de neumáticos desde allí hasta Malibú. Y más tarde los meses de playa de 1946. La mágica mugre de aquellas noches sofocantes, cuando toda la orilla estaba viva en lenguas de fuego, las hogueras de guardia de una tribu de bárbaros desnudos —en grupos o por parejas, que no se preocupaban más que de sí mismos, pero participaban de la vida del campamento— nadando en la oscuridad, cocinando, pescado, bailando al son de la radio, apareándose descaradamente sobre la arena. George y Jim —a quien acababa de conocer— convivían con ellos tarde tras tarde, aunque no lo suficiente para satisfacer ahora su triste y ardiente sed de recuerdos mientras rebusca hambriento entre los vestigios de aquel glorioso veranillo de San Martín de lujuria y placer.

Los soldados que hacen autoestop ahora son pocos y casi todos domesticados; van y vienen, de la base militar a sus casas y esposas. Las hogueras en la playa están prohibidas, excepto en las zonas destinadas a merendero, donde se come sentado en largos bancos, frente a mesas comunitarias, y no está permitido follar. Pero aunque se

ha perdido mucho de aquella gloria, aún —gracias a los antiguos dioses del desorden, perseguidos pero indestructibles— persiste este último bloque de Las Ondas, reducto pertinaz del mal vivir. La gente respetable lo elude instintivamente. Los agentes inmobiliarios se lamentan de él. El valor del suelo es aquí muy bajo. Los moteles son nuevos, pero se apretujan unos contra otros, miserablemente, y su aspecto es ya sórdido, propio de un paraje de baja estofa; se especializan en estancias de una noche. Y aunque los restos carbonizados de aquellas bárbaras orgías junto al fuego hace mucho que han quedado enterrados bajo la arena, esta zona de la playa aún está llena de basuras; todavía vagabundean por allí pandillas de jovencitos dedicados a pintarralear palabras escandalosas en las vallas, y es más frecuente tropezar con preservativos usados que con conchas.

También se ha apagado la gloria de The Starboard Side: sólo un fanático como George puede aún captar un último resplandor. Han quitado aquellos polvorientos trofeos marineros y las amarillentas fotografías de grupo. Después de Año Nuevo será sometido a lo que llaman redecoración; en resumen, profanado y preparado para la chusma de pálidos forasteros que lo invadirán este verano. Ya han instalado una máquina de discos y un nuevo y reluciente televisor ha sido fijado a la pared, a una altura conveniente; con un leve giro a la derecha, acodado en la barra, puede uno adormilarse como una vaca contemplándolo. Y eso están haciendo en su mayoría los parroquianos cuando entra George.

Avanza, inseguro pero decidido, hacia su mesa favorita del rincón, desde la que el televisor es invisible. En la mesa vecina, otros dos inconformistas no hipnotizados, una pareja de ancianos que pertenece al puñado de colonos supervivientes, practican su forma de amarse; un alcoholismo leve y pendenciero que les permite vivir una relación juguetona, como si fueran niños. «Tú, trasto viejo, vieja regañona, perra, bastardo»; ira sin resentimiento, insultos sin veneno. Así seguirán, hasta el fin. Ojalá que jamás se separen y que mueran a la misma hora de la misma noche, en su lecho empapado de cerveza.

Los ojos de George recorren la barra; se detienen en una figura sentada, sola, en el extremo más cercano a la puerta. El joven no mira la televisión; en realidad, está concentrado en algo que escribe en el reverso de un sobre. Mientras escribe, sonrío para sí y frota un lado de su nariz con el dedo índice. Es Kenny Potter.

Al principio George no se mueve; apenas parece reaccionar. Luego una sonrisa lenta y premeditada abre sus labios. Se inclina hacia delante, observando a Kenny con el placer de un naturalista que ha descubierto un pinzón rosado de la *altas sierras*<sup>[26]</sup> sobre un árbol de un parque público. Pasa un minuto y se levanta, se acerca medio a hurtadillas a la barra y toma asiento en el taburete vecino a Kenny.

—Qué hay —dice.

Kenny se vuelve rápidamente, le reconoce, ríe estrepitosamente, arruga el sobre y lo tira, por encima de la barra, a un cubo de basura.

—Hola, señor.

—¿Por qué lo has hecho?

—Oh, por nada.

—Te he interrumpido. Estabas escribiendo.

—No era nada. Sólo un poema.

—¡Y ahora el mundo lo ha perdido!

—Lo recordaré. Al final lo he podido escribir.

—¿Quieres recitármelo?

Esto provoca en Kenny una carcajada convulsa.

—¡Es una extravagancia! Es... —Sofoca su risa—. Es un... ¡un haiku!

—¿Y qué hay de extravagante en un haiku?

—Tenía que haber contado las sílabas.

Pero es obvio que Kenny no las va a contar ahora. Así que George dice:

—No esperaba encontrarte en este refugio de los bosques. ¿No vives al otro lado de la ciudad, cerca del campus?

—Cierto. Pero a veces me gusta escapar lejos de allí.

—¡Ya es casualidad que hayas escogido precisamente este bar!

—Oh, uno de los chicos me dijo que usted venía mucho por aquí.

—¿Quieres decir que has venido por si me veías? —Quizá hay un exceso de ansiedad en la voz de George. De una u otra forma, Kenny minimiza la cuestión con un encogimiento de hombros y una sonrisa burlona.

—Quise averiguar qué clase de tugurio era.

—Ahora ya no es nada, pero antes te aseguro que era algo. Me he acostumbrado a venir aquí, ¿comprendes? Vivo muy cerca.

—¿Camphor Tree Lane?

—¿Cómo demonios sabes eso?

—¿Acaso es un secreto?

—¡No... por supuesto que no! De vez en cuando vienen a verme estudiantes. Quiero decir, por cosas de su trabajo. —George comprende de inmediato que esto suena demasiado a excusa defensiva y culpabilidad. ¿Lo ha notado Kenny? Sonríe, pero ha estado sonriendo todo el tiempo. George añade, algo vacilante—: Parece que sabes mucho sobre mí y mis costumbres. Mucho más de lo que yo sé sobre cualquiera de vosotros...

—Supongo que no hay gran cosa que saber de nosotros. —Kenny le mira con una mezcla de burla y reto—. ¿Qué le gustaría saber de nosotros, señor?

—Oh, ya pensaré en algo. Dame tiempo... Dime, ¿qué bebes?

—¡Nada! —Kenny deja escapar una risita—. Todavía no se han dado cuenta de que estoy aquí. —Así es, el camarero está absorto en un combate de lucha libre emitido por televisión.

—Bien, ¿qué quieres tomar?

—¿Qué está tomando, señor?

—*Whisky*.

—De acuerdo —dice Kenny, en un tono que sugiere que se habría avenido con la misma facilidad a un vaso de leche desnatada. George llama al camarero (en voz bien alta, para que no pueda aparentar que no le ha oído) y pide. El camarero, siempre un poco malintencionado, exige ver la documentación de Kenny. Así que han de pasar por ello. George, con cierto cansancio, le dice:

—Creo que ya debería usted conocerme; ¿de verdad me cree tan idiota para intentar comprar bebidas a un menor?

—Tenemos que asegurarnos —replica el camarero con una perfecta caradura. Les vuelve la espalda y se aleja. George, por un momento, se ve invadido de rabia impotente. Le han hecho quedar como un burro y, por si fuera poco, delante de Kenny.

Mientras esperan las bebidas, pregunta:

—¿Cómo has venido? ¿En tu coche?

—No tengo coche. Lois me trajo.

—¿Y dónde está ahora?

—Supongo que habrá vuelto a casa.

George percibe que hay algo que no encaja. Pero, sea lo que sea, a Kenny no parece preocuparle demasiado. Añade vagamente:

—Estaba pensando en dar un paseo.

—Pero ¿cómo vas a volver?

—Oh, ya me las arreglaré.

(Una voz dice dentro de George: Deberías invitarle a quedarse esta noche en tu casa. Dile que tú le llevarás por la mañana. «¿Qué demonios piensas que soy?», le pregunta George. «Sólo era una sugerencia», dice la voz).

Llegan las bebidas. George le dice a Kenny:

—Escucha, ¿por qué no nos sentamos ahí enfrente, a la mesita del rincón? Esta maldita televisión está desviando mi atención.

—Muy bien.

Sería divertido, piensa George, si la juventud fuera un poco menos pasiva. Pero es pedir demasiado. O te adaptas a ellos, o lo dejas. Mientras se sientan, uno frente a otro, George le informa:

—Aún tengo el sacapuntas.

Lo saca del bolsillo y lo tira sobre la mesa como si se tratara de un dado.

—¡Yo ya he perdido el mío! —ríe Kenny.

Ha pasado quizá una hora. Ambos están borrachos; Kenny bastante, George mucho. Pero la embriaguez de George es buena, cosa que raramente consigue. Trata de describirse a sí mismo cómo es ese tipo de borrachera. Bien —para explicarlo con claridad—, es como Platón; es un *Diálogo*. Un diálogo entre dos personas. Pero no es un diálogo platónico en el sentido de hilar muy fino, retorcer las palabras, aferrarse a

las propias ideas; tampoco una competición artificiosa entre humilde y mordaz; ni un debate sobre un tema arduo y árido. Se habla de cualquier cosa y se cambia de tema siempre que se quiere. En realidad, lo que de verdad importa no es de qué se habla sino estar juntos y en esa forma concreta de relación. George no puede imaginar tener un diálogo de este tipo con una mujer, pues ellas sólo pueden hablar en términos personales. Un hombre de su edad podría resultar, siempre que existiera algún tipo de polaridad; por ejemplo, si se tratara de un negro. Uno y su interlocutor deben ser de alguna forma opuestos. ¿Por qué? Porque deben constituir figuras simbólicas — como, precisamente ahora; juventud y vejez—. ¿Y por qué han de ser símbolos? Porque un diálogo es, por naturaleza, impersonal. Es un encuentro simbólico. No compromete personalmente a ninguna de las dos partes. Por eso, en el curso de un diálogo, se puede decir absolutamente todo. Hasta la confidencia más íntima, el secreto más mortal, se transmutan objetivamente en una metáfora o ilustración, que jamás podría ser utilizada en nuestra contra.

George quisiera explicar todo esto a Kenny. Pero es muy complicado; y no desea correr el riesgo de encontrarse con que Kenny comprenda; anhela poder creer que Kenny sabe de qué va todo este diálogo. Y de hecho, en este momento, da la impresión de que Kenny lo sabe. George casi intuye el campo eléctrico del diálogo, penetrándoles con su irradiación. Él desde luego se siente irradiado. En cuanto a Kenny, exhala belleza. «Radiante de empatía» es la expresión que George encuentra para describirle. Pues el resplandor que brota de Kenny no es sólo inteligente, o un encanto recién encendido. Ahí están los dos, sentados, sonriéndose el uno al otro — oh, aún más que eso—, sonriendo equitativamente con una comprensión mutua.

—Di algo —exige a Kenny.

—¿Es necesario?

—Sí.

—¿Y qué he de decir?

—Cualquier cosa. Lo que en este momento te parezca importante.

—Ése es el problema. No sé qué es importante y qué no. Es como si mi cabeza estuviera atiborrada de cosas que no tienen importancia, para mí, quiero decir.

—Como por ejemplo...

—No quiero personalizar, señor... pero... bueno, me refiero a toda esa morralla de que tratan las clases...

—¿No te interesan?

—¡Por Dios, señor... dije que no quería personalizar! Las suyas son de las mejores, todos lo pensamos. Y usted intenta adaptar todos esos libros a lo que ocurre hoy... sólo que, no es culpa suya, pero... es como si al final nos enfangáramos en el pasado, como esta mañana con Titono. No es que quiera dejar de lado el pasado; a lo mejor, cuando pase más tiempo, representará mucho para mí. Lo que digo es que el pasado no interesa a la mayoría de los chicos de mi edad. Si a veces usamos sus mismas expresiones, es por simple cortesía. Supongo que esto se debe a que no

tenemos ningún pasado nuestro... excepto cosas que deseamos olvidar, como las cuestiones del colegio o todas esas veces en que nos hemos portado como imbéciles...

—¡Muy bien! Eso lo puedo entender. No necesitas el pasado, aún tienes el presente.

—¡Oh, pero el presente es una verdadera lata! Desprecio el presente..., es decir, tal y como es ahora... Bueno, por supuesto, esta noche no, es una excepción... ¿De qué se ríe, señor?

—¡Esta noche, sí! ¡El presente... no! —George levanta demasiado la voz. Algunas personas de la barra vuelven la cabeza—. ¡Bebe a la salud de esta noche! —Mientras bebe, hace una reverencia.

—¡Esta noche... sí! —Kenny ríe y bebe.

—De acuerdo —dice George—. ¡El pasado... sin remedio! ¡El presente... dudoso! ¡Concedido! Pero hay algo que no puedes negar: estás ligado al futuro. A él no puedes pasarlo por alto.

—Supongo que es así. Lo que quede de él. Quizá no sea mucho, con todos esos misiles.

—Muerte.

—¿Muerte?

—Eso es lo que he dicho.

—Otra vez, señor. No lo cojo.

—He dicho muerte. ¿Piensas mucho en la muerte?

—Oh, en realidad, no. Apenas. ¿Por qué?

—El futuro: ahí es donde está la muerte.

—Ya... ya... Quizá ha dado usted en el clavo. —Kenny sonrío irónico—. ¿Sabe? Es posible que las generaciones que nos han precedido pensaran en la muerte mucho más que nosotros. Quiero decir que los chicos deben de haber enloquecido al pensar que los podían mandar a cualquiera de esas guerras sobadas a que los mataran, mientras sus colegas se quedaban en casa, actuando como patriotas. Pero ya nunca volverá a ocurrir. Estaremos todos juntos en el mismo saco.

—Aún puedes enfurecerte contra la gente mayor. Nadie les quitará esos años de gracia de que han disfrutado antes de la explosión definitiva.

—Sí, es cierto, podría, ¿verdad? Y quizá lo haga. A lo mejor me enfado con usted, señor.

—Kenneth...

—¿Señor?

—Como simple cuestión de exclusivo interés sociológico, ¿por qué insistes en llamarme «señor»?

Kenny sonrío con cierta burla.

—No lo haré si no lo desea.

—No te he preguntado eso. Te he preguntado por qué.



—¿Por qué? ¿No le gusta? Supongo que a ninguno de ustedes le gusta.

—¿Quieres decir que a ninguno de nosotros los viejos? —George sonrío sin esfuerzo. No obstante, nota que la relación simbólica está escapando a su control—. La explicación habitual es que no nos gusta que nos lo recuerden...

Kenny niega tajantemente con un movimiento de cabeza.

—No.

—¿Qué quieres decir con «no»?

—Que usted no es así.

—¿Debo tomar esto como un cumplido?

—Puede ser... La cuestión es: me gusta llamarle señor.

—¿Sí?

—Toda esa familiaridad de hoy en día es falsa. Pretender que no existen diferencias entre las personas... precisamente lo que usted estuvo diciendo esta mañana sobre las minorías. Si usted y yo no nos diferenciamos, ¿qué podemos ofrecernos el uno al otro? ¿Cómo podremos ser amigos?

Comprende, piensa George, complacido.

—Pero dos muchachos jóvenes podrán ser amigos, ¿no?

—Eso es algo distinto. Pueden, en cierta manera. Pero siempre se interpone la cuestión de la competición. Los jóvenes están como compitiendo unos con otros, ¿sabe?

—Eso creo... a no ser que estén enamorados.

—Incluso entonces. Quizá es eso lo que falla con... —Kenny se interrumpe de pronto. George le observa, a la espera de alguna confidencia sobre Lois. Pero no llega. Kenny, es evidente, está ajeno y sigue rutas mentales muy diferentes. Permanece sentado, sonriendo en silencio un momento y... efectivamente, ¡se ruboriza!— Esto suena horriblemente cursi, pero...

—No importa. Continúa.

—A veces quisiera... leyendo esas novelas victorianas... Habría aborrecido vivir en esa época, excepto por una cosa... ¡Oh, al infierno...! ¡No me sale! —Se corta, sonrojando y riéndose.

—¡No seas tonto!

—Cuando lo digo resulta cursi sin remedio. Bien... me habría gustado vivir cuando se solía llamar «señor» al padre de uno.

—¿Vive tu padre?

—Sí, claro.

—¿Y por qué no le llamas señor? Incluso en la actualidad algunos hijos lo hacen.

—No a mi padre. No es de esa clase. Además, no está con nosotros. Se escapó hace unos meses... ¡Mierda...!

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué le he contado todo esto? ¿Acaso estoy borracho?

—No más de lo que lo estoy yo.

—Debo de haberla agarrado.

—Escucha... si te molesta... olvidemos que me lo has contado.

—Yo no lo olvidaré.

—Oh, sí, claro que lo harás. Lo olvidarás si yo te digo que lo olvides.

—¿Seguro?

—¡Puedes apostar por ello!

—Bien, si usted lo dice, señor.

—De acuerdo, *señor*.

—¡De acuerdo, *señor*! —Kenny está radiante de pronto. Está muy contento; tanto que se siente incómodo—. Verá, el caso es... cuando vine aquí... o sea, cuando se me ocurrió que podría encontrarle esta noche... deseaba preguntarle algo. Acabo de recordar qué era. —Agota el resto de su bebida de un largo trago—. Es sobre la experiencia. La gente se pasa el tiempo diciéndote que, cuando seas mayor, tendrás experiencia... y parece que eso es algo grande. ¿Qué piensa usted, señor? ¿De verdad sirve para algo?

—¿Qué tipo de experiencia?

—Bueno... sitios donde se ha estado, gente que se ha conocido. Situaciones por las que uno ya ha pasado y sabe por tanto cómo manejarlas si se repiten. Todas esas cosas que se supone le hacen a uno sabio, ya de mayor.

—Permite que te diga algo, Kenny. No puedo hablar por boca de otras personas... pero en cuanto a mí, no hay nada que me haya hecho sabio. Desde luego, he pasado por esto y aquello, y cuando me enfrento de nuevo con ello me digo: Aquí está otra vez. Pero eso no parece ayudarme. En mi opinión, me he ido haciendo cada vez más tonto, y más, y más... esto es un hecho.

—¿No me está tomando el pelo, señor? ¡Cómo puede decir tal cosa! ¿Más tonto que cuando era joven?

—Más, mucho más.

—¡Maldita sea...! ¿Así que la experiencia no sirve de nada? ¿Quiere decir que da igual no tenerla?

—No. No digo eso. Quiero decir que no puedes usarla. Pero si no lo intentas, si te limitas a darte cuenta de que está ahí y de que la posees, entonces puede llegar a ser algo maravilloso...

—Vamos a nadar —dice Kenny bruscamente, como si estuviera harto de la conversación.

—Muy bien.

Kenny echa la cabeza hacia atrás y suelta una risotada salvaje.

—¡Oh, esto es genial!

—¿Qué es genial?

—Era una prueba. Creía que fanfarroneaba, con todo eso de ser tonto. Me dije: Voy a proponer hacer algo descabellado, y si pone pegas, aunque sólo se limite a dudar, sabré que todo era mentira... No le importa que le diga esto, ¿verdad, señor?

—¿Por qué habría de importarme?

—¡Esto es genial!

—Bien, no fanfarroneo, así que... ¿a qué esperamos? Tú tampoco hablabas por hablar, ¿o sí?

Se levantan, pagan, corren afuera del bar, atraviesan la autopista y Kenny toma impulso por encima de la baranda y cae en la playa, unos ocho pies más abajo. George, entretanto, trepa por encima, algo rígido. Kenny le mira desde abajo, su cara aún está iluminada por las farolas que bordean el paseo.

—Ponga los pies en mis hombros, señor.

George lo hace, entre ebrio y confiado, y Kenny, con la destreza de un bailarín de *ballet*, le sujeta por los tobillos y pantorrillas y deja que se deslice hasta la arena. Durante el descenso, sus cuerpos se rozan breve y rudamente. El campo eléctrico del diálogo se ha roto. Su relación, comoquiera que se plantee ahora, ya no es simbólica. Se dan la vuelta y corren hacia el océano.

Las luces parecen haber quedado lejos. Brillan pero sin emitir ningún rayo; quizá están amortiguadas por una capa de niebla densa. Ante ellos, las olas apenas se distinguen. Su negrura es insondable, fría y húmeda. Kenny se despoja de su ropa entre gritos convulsivos y salvajes. George es a medias consciente, último vestigio de cautela en él, de las luces y de la posible intromisión de coches-patrulla y policías, pero no vacila, ya no puede; esta loca carrera para salir del bar sólo puede acabar en el agua. Se desnuda de manera torpe, trastabillando sobre sus calzoncillos. Kenny, desnudo, se ha sumergido y avanza hacia dentro, como un intrépido guerrero aborigen que se abalanza contra las olas. La resaca es muy fuerte. George, sobre un remolino de piedras, por un instante no sabe qué hacer. Cuando logra atravesarlo y pisar arena, Kenny vuelve de la oscuridad dejándose arrastrar por las olas, y pasa veloz junto a él, sin mirarle; una criatura del agua absorta en su elemento.

En cuanto a George, las olas son demasiado grandes para él. Moles colosales, un caos de negrura brotando de oscuros abismos, entre fosforescencias siniestras, misteriosas, para retorcerse y caer atronador en miríadas de chispeantes gotitas de espuma. George las siente chocar contra su cuerpo, como joyas refulgentes, y ríe ebrio de alegría, jadeante, sofocado, demasiado intoxicado para sentir temor; el agua salada en su boca es embriagadora como el *whisky*. De vez en cuando entrevé fugazmente a Kenny, imágenes formidables de un proyectil arrojado desde lo más alto de un insondable precipicio de espuma. A duras penas, concentrado en sus propios ritos de purificación, George resurge, con los brazos extendidos, para recibir el aturdidor bautismo del oleaje. Abandonándose a él, aniquila el pensamiento, la palabra, el sentimiento, el deseo, sus personalidades, parcelas enteras de su vida; y vuelve una y otra vez, sintiéndose más limpio, más libre, más poca cosa. Es íntima y totalmente feliz; le basta saber que sólo Kenny y él gozan y se funden con este elemento. Las olas, la noche, el ruido ensordecedor existen sólo para su capricho. Entretanto, a no más de doscientas yardas, las luces de la playa brillan y los

automóviles pasan fugaces por la autopista, despidiendo destellos alargados. En las tenebrosas laderas, se divisan luces en las ventanas de casas secas, en las que inquilinos secos se disponen a ocupar, secamente, sus lechos secos. Pero George y Kenny son los refugiados de la sequedad; han cruzado la frontera y han escapado al mundo acuático, dejando atrás, como tasa aduanera, sus ropas.

Pero, súbitamente, una ola apocalíptica y grandiosa se yergue ante George, que está ahí fuera, casi bajo el agua, desnudo y diminuto ante su presencia, ante la ciclópea amenaza de su derrumbe. Intenta bucear bajo ella para atravesarla —incluso ahora sigue sin sentir miedo—, pero es apresado, levantado, volteado una y otra vez; agita los brazos, patalea hacia una superficie que puede estar arriba, abajo, a un lado. Imposible saberlo.

Y ahora Kenny le está arrastrando afuera, sobre sus piernas vacilantes, sujetándole por las axilas, y ríe y dice, como una niñera:

—¡Ya es bastante por hoy!

Y George, aún medio sofocado por el agua, resuella:

—Estoy bien. —Y pretende volver de inmediato al mar.

Pero Kenny dice:

—Pues yo no... Yo tengo frío.

Y como una niñera seca a George, usando su propia camisa, hasta que George le detiene porque le hace daño en la espalda. En este momento, la relación niñera-niño es tan convincente que George se siente tentado de enroscarse y caer dormido al instante aquí mismo, reducido al tamaño de un niño, a la vera de la desmesurada seguridad de Kenny. El cuerpo de este parece haberse agigantado desde que salieron del agua. Todo en él es descomunal: la blanca dentadura que asoma al sonreír, los amplios hombros rezumando gotas, el torso espigado y flexible con su sexo que cuelga pesado y sus largas piernas que comienzan a tiritar.

—¿Podemos volver a su casa, señor? —pregunta.

—Claro. ¿Adónde, si no?

—¿Adónde si no? —repite Kenny, que parece encontrarlo muy divertido. Recoge su ropa y se vuelve, desnudo aún, hacia la autopista y las luces.

—¿Estás loco? —grita George tras él.

—¿Qué ocurre? —Kenny se vuelve a mirarle, sonriendo.

—¿Vas a ir a casa así? ¿Estás loco? ¡Llamarán a la policía!

Kenny se encoge de hombros, de buen talante.

—Nadie nos vería. Somos invisibles... ¿no lo sabía?

Pero se viste, y George hace lo mismo. Mientras suben de nuevo por la playa, Kenny rodea con un brazo el hombro de George.

—¿Sabe, señor? No se le puede dejar ir por ahí solo. Se puede meter en graves problemas.

El camino hacia su casa serena a George. Para cuando llegan, ya no ve a dos salvajes criaturas acuáticas, sino a un profesor de cierta edad con el pelo mojado que lleva a su casa a un estudiante calado hasta los huesos en plena noche. George se vuelve consciente y algo cortante.

—El baño está arriba. Te daré toallas...

Kenny reacciona de inmediato a su formalismo.

—¿No se va a duchar usted, señor? —pregunta con un tono deferente, en el que se trasluce alguna desilusión.

—Ya lo haré luego... Me gustaría tener ropa de tu talla. Tendrás que envolvete en una manta mientras nuestras cosas se secan ante la estufa. Temo que será algo lento, pero no veo nada mejor.

—Verá, señor, no quiero ser ninguna molestia. ¿Por qué no me marchó ahora?

—No seas idiota. Cogerías una pulmonía.

—La ropa se secará sobre mí. Estaré bien.

—¡Absurdo! Sube y te enseñaré dónde está cada cosa.

La negativa de George a dejarle marchar parece haberle gustado. Comoquiera que sea, arma un estrépito aterrador en la ducha, gritando más que cantando. Seguro que despertará a los vecinos, piensa George, pero ¿qué importa? George está de nuevo en forma; se siente contento, divertido, vivo. Se desnuda rápidamente en el dormitorio, se envuelve en un grueso albornoz blanco, regresa corriendo escalera abajo, pone al fuego la tetera y prepara unos cuantos sándwiches de atún y tomate con pan de centeno. Cuando Kenny baja, torpemente envuelto en la manta a la manera de un naufrago salvado de las olas, todo está dispuesto en la sala sobre una bandeja.

Kenny no quiere café ni té prefiere, según dice, cerveza. George le da una lata de la nevera e, irreflexivo, se sirve un *whisky* bien cargado. Vuelve y encuentra a Kenny mirando la habitación, como fascinado.

—¿Vive solo aquí, señor?

—Sí —dice George. Y añade con un dejo de ironía—: ¿Te sorprende?

—No. Uno de los muchachos dijo que creía que vivía solo.

—De hecho, solía compartir este lugar con un amigo.

Pero Kenny no parece sentir curiosidad por el amigo.

—¿Ni siquiera tiene un gato, un perro, algo?

—¿Crees que debería? —pregunta George, con cierta agresividad. Este pobre viejo no tiene a nadie a quien querer, piensa que Kenny piensa.

—¡En absoluto! ¿No fue Baudelaire quien dijo que fácilmente se convierten en demonios y absorben tu vida?

—Algo así... Ese amigo mío tenía muchos animales, pero no parecía que nos poseyeran... Por supuesto, las cosas son distintas cuando hay dos personas. Con frecuencia comentábamos que ninguno conservaría a los animales si faltaba el otro.

No. A Kenny le trae sin cuidado todo esto. Se concentra en arrancar de su sándwich un enorme bocado. George le pregunta:

—¿Está bueno?

—¡Ya lo creo! —Sonríe a George con la boca llena, traga y añade—: ¿Sabe, señor? Creo que ha descubierto usted el secreto de la vida perfecta.

—¿Sí? —George acaba de echarse al colete casi la cuarta parte de su *whisky* de una vez, para ahogar un espasmo provocado por la conversación acerca de Jim y de los animales. Ahora siente que el alcohol vuelve a la carga con ímpetu. Es regocijante, pero viene demasiado rápido.

—No sabe a cuántos chicos de mi edad les gustaría instalarse como lo ha hecho usted aquí. O sea, ¿qué más se puede desear? Nadie manda en usted. Puede hacer cualquier locura que se le ocurra.

—¿Y ésa es tu idea de una vida perfecta?

—¡Pues claro!

—¿Sinceramente?

—¿Qué ocurre, señor? ¿No me cree?

—Lo que no entiendo muy bien es que, si deseas tanto vivir solo, ¿qué pinta Lois en todo esto?

—¿Lois? ¿Qué tiene que ver ella?

—Veamos, Kenny... No quiero ser entrometido... pero, equivocado o no, yo tenía la idea de que tú y ella podíais muy bien... eh... estar considerando...

—¿Casarnos? No. Eso está fuera de lugar.

—¿Ah, sí...?

—Dice que no se casará con un blanco. Que no puede tomar en serio a la gente de este país. Cree que nada de lo que hacemos tiene significado. Pretende volver a Japón y dedicarse a la enseñanza.

—Pero ¿no es ciudadana americana?

—Sí. Sus padres son japoneses. Pero da igual, ella y toda su familia fueron internados en uno de aquellos campos de concentración de las *sierras*<sup>[27]</sup> nada más empezar la guerra. Su padre tuvo que malvender su negocio, regalarlo como quien dice, a unos tiburones que se apoderaban de las propiedades de los japoneses mientras los insultaban para vengarse por lo de Pearl Harbour. Lois era muy pequeña entonces, pero no se puede esperar que nadie olvide una cosa así. Dice que fueron tratados como extraños y enemigos; nadie se molestó en intentar averiguar de qué lado estaban. Según dice, los únicos que se portaron decentemente con ellos fueron los negros. Y unos pocos pacifistas. ¡Por Cristo que tiene derecho a odiarnos a muerte! Pero no lo hace. Tiene la facultad de ver siempre el lado cómico de las cosas.

—¿Qué sientes por ella?

—Oh, me gusta mucho.

—Y a ella le gustas tú, ¿verdad?

—Creo que sí. Sí. Mucho.

—Pero ¿no quieres casarte con ella?

—Oh, sí. Creo. Si cambiara de manera de pensar. Pero lo dudo. Y, de todas formas, no tengo prisa por casarme. Hay muchas cosas que quiero hacer antes. — Kenny hace una pausa y contempla a George con su sonrisa más penetrante—. ¿Sabe lo que pienso, señor?

—¿Qué piensas?

—No creo que le interese tanto saber si me casaré o no con Lois. Me parece que quiere preguntarme algo distinto. Pero no está seguro de cómo lo voy a tomar.

—¿Y qué es lo que deseo preguntarte?

Esto es ya, por ambas partes, muy parecido a un flirteo. La manta de Kenny, bajo la influencia relajante de la charla y la cerveza, se ha escurrido dejando al descubierto un brazo y un hombro y convirtiéndose en la clásica vestimenta griega, la clámide, del joven discípulo —el favorito, sin duda— de un filósofo. En este momento está arrebatador, peligrosamente atractivo.

—Quiere saber si Lois y yo... nos lo hacemos.

—Bien, ¿es así?

—¡Así que tenía yo razón! —Kenny ríe triunfal.

—Puede ser. O no... ¿Y qué...?

—Lo hicimos una vez.

—¿Por qué sólo una vez?

—No hace mucho tiempo. Fuimos a un motel, cerca de la playa, no lejos de este lugar, en realidad.

—¿Por eso vinisteis aquí esta noche?

—Sí... en parte. Intentaba convencerla para ir allí de nuevo.

—¿Y por eso discutisteis?

—¿Quién dice que discutimos?

—Permitiste que volviera sola a su casa, ¿no?

—Oh, bueno, eso fue porque... No, tiene razón... ella no quería... odiaba el motel ya desde la primera vez, y no la culpo. La recepción, el encargado, el registro; todo ese calvario a que te someten. Y, por supuesto, saben muy bien de qué va... Y así se exagera la importancia de lo que se va a hacer, se convierte en algo forzado, en un gran pecado, algo horrible. ¡Y cómo te miran! A las chicas eso les afecta mucho más que a nosotros.

—¿Y ella ha decidido terminar?

—¡Demonios, no, no es para tanto! No es que esté en contra, ¿sabe? No en principio. De hecho, claramente... Bueno, da igual... Creo que podemos solucionarlo. Ya veremos.

—¿Quieres decir buscar un lugar más íntimo y menos vergonzante?

—Eso sería, desde luego, una gran ayuda. —Kenny sonrío, bosteza, se estira. La clámide resbala de su otro hombro. La coloca de nuevo sobre sus hombros mientras se levanta y vuelve a ser un desgarbado muchacho americano del siglo veinte, un

náufrago cómico sin su ropa—. Señor, se está haciendo demasiado tarde. Me tengo que marchar.

—¿Adónde? si me permites la pregunta.

—De vuelta, al otro lado de la ciudad.

—¿Y cómo?

—Puedo coger un autobús, ¿no?

—No empiezan a circular hasta dentro de dos horas, como mínimo.

—Da igual.

—¿Por qué no te quedas? Mañana te llevaré yo.

—No creo que...

—Si empiezas a vagar por los alrededores en la oscuridad, ahora que los bares están cerrados, la policía te parará para preguntarte qué estás haciendo. Y, perdona que te lo diga, no estás precisamente sobrio. Podrían detenerte.

—De verdad, señor, no me pasará nada.

—Lo que yo creo es que estás fuera de tus cabales. Bien, dentro de un momento discutiremos todo eso. Ahora siéntate. Tengo que decirte algo.

Kenny se sienta, obediente, sin más protestas. Quizá sienta curiosidad por saber cuál será el próximo movimiento de George.

—Escucha con atención. Voy a plantear una aséptica exposición del hecho. O de los hechos. No se te pide ningún comentario. Si lo prefieres, podrás decidir incluso que esto no tiene nada que ver contigo. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Aquí cerca vive una conocida mía; una buena amiga. Cenamos juntos por lo menos una vez por semana; o más, a veces. Por ejemplo, esta noche he cenado con ella. Ahora bien... a ella le resulta indiferente el día que yo elija. Y he decidido (quede claro que no tiene nada que ver contigo necesariamente) que desde ahora iré a cenar a su casa la misma noche cada semana. Siempre la misma noche. Esta precisamente, quiero decir. ¿Está claro hasta ahora? No, no contestes. Sigue escuchando, porque estoy a punto de llegar a la cuestión clave... Esas noches que vaya a cenar con mi amiga no volveré aquí, nunca, bajo ninguna circunstancia, antes de medianoche. ¿Está claro? ¡No, escucha! Esta casa no queda cerrada nunca, porque cualquiera puede entrar, si se lo propone, rompiendo alguno de los cristales de la puerta. Habrás observado que arriba, en mi despacho, hay un sofá cama. Lo tengo siempre dispuesto, con sábanas limpias, por si surge la muy improbable ocasión de que llegue un huésped inesperado... como tú esta noche... ¡No, escucha con atención! Si alguien utilizara esa cama mientras yo estoy fuera y la volviera a dejar bien hecha antes de marcharse, yo ni me enteraría. Y si mi asistenta advirtiera algo, se limitaría a quitar las sábanas para llevarlas a la lavandería; supondría que yo habría tenido algún invitado y habría olvidado decírselo... ¡Muy bien! He tomado una decisión y tú ya la conoces. Lo mismo te podría haber contado que me he propuesto regar el jardín un determinado día de la semana. También te he informado sobre



ciertos aspectos habituales en esta casa. Puedes tomar nota de ellos. O puedes olvidarlos. Eso es todo.

George mira a Kenny de hito en hito. Kenny le responde con una débil sonrisa. Pero está... sí, un poco... turbado.

—Y ahora tráeme otra bebida.

—Muy bien, señor. —Kenny se levanta de la silla, visiblemente aliviado de poder romper la tensión. Coge el vaso de George y va a la cocina. George, tras él, le llama:

—¡Y sírvete tú una también!

Kenny asoma la cabeza desde una esquina, sonriente.

—¿Es una orden, señor?

—¡Desde luego!

—¿Supongo que habrás pensado que soy un viejo sucio?

Mientras Kenny preparaba las bebidas en la cocina, George ha notado que él entraba en una nueva fase. Ahora, cuando Kenny toma asiento otra vez, está —aunque aún no lo haya advertido— en presencia de un George transformado; un George formidable, que habla con voz pastosa pero clara, con un tono de amenaza en sus palabras. Un George inquisitivo, sentado ahí para juzgar y, quizá, a punto de emitir su veredicto. Un George oracular, que acaso en breve recibirá el don de las lenguas.

Esto no se parece nada a su borrachera de The Starboard Side. Kenny y él no se encuentran ya en una dialogada relación simbólica; esta nueva fase de su comunicación se ejerce, ante todo, de persona a persona. Y es paradójico que, pese a ello, Kenny parezca estar mucho más lejos y no más cerca; se ha alejado más allá de los límites viables para un campo eléctrico. En realidad, George sólo de vez en cuando llega a divisarlo con nitidez, pues la habitación está inundada por una luz cegadora y la cara de Kenny se difumina en la luminosidad. Además, un fuerte zumbido ensordece los oídos de George; tan intenso es que no puede precisar si Kenny ha contestado o no a su pregunta.

—No hace falta que digas nada —indica a Kenny, con lo que abarca ambas posibilidades—, yo lo admito. (¡Oh, al infierno... naturalmente que lo admito!) Soy un viejo sucio. El noventa y nueve por ciento de los viejos son sucios. Siempre, claro, que se empeñe uno en definiciones y se aferre a un tema tan lamentable. No voy a protestar contra el calificativo que tú puedas o no elegir adjudicarme. Protesto contra una actitud... y lo hago por ti, no por mí... Mira... las cosas son ya bastante malas de por sí hoy en día (ya tenemos suficientes enredos, semánticos y de los otros) para encima perdernos en un laberinto de penosas categorías. Lo que quiero decir es: ¿Para qué se supone que vale nuestra vida? ¿Es que hemos de agotarla identificándonos los unos a los otros en catálogos, como turistas en una galería de arte? ¿No sería mejor intentar intercambiar alguna señal, aunque sea tergiversada,

antes de que sea demasiado tarde? ¡Contéstame a esto!

»Es muy bonito y está muy bien que vosotros los jóvenes lleguéis al campus y me digáis que soy muy reservado. ¡Dios misericordioso... reservado! ¿Ni siquiera tú ves un poco más allá? No tienes ni la más leve idea de cómo puedo sentirme... deseando hablar.

»Me has preguntado sobre la experiencia. Y te lo he dicho. La experiencia no vale. Y sin embargo, desde otro punto de vista podría valer. Si no fuéramos todos unos locos mezquinos, mojigatos y cobardes. Sí, tú también, mi querido muchacho. ¡Y no te atrevas a negarlo! Lo que te he dicho hace un momento sobre la cama en el estudio... te escandalizó. Porque estabas preparado para escandalizarte. Has rehusado totalmente a intentar comprender mis motivos. ¡Oh, Dios!, ¿no lo entiendes? Esa cama (lo que esa cama significa) ¡eso es experiencia...!

»Oh, está bien, no te lo reprocho. Habría sido un milagro que entendieras. No importa. Olvídalo. Aquí estoy yo. Aquí estás tú... envuelto en esa maldita manta; ¿por qué no te la quitas de una vez, por Dios? ¿Por qué digo esto? ¿Vas a interpretarlo mal también? Bueno, si es así, maldito lo que me importa. La cuestión es... aquí estamos tú y yo... y por una vez no hay nadie que nos pueda molestar. Puede que nunca se vuelva a repetir. ¡Lo digo tal como lo siento! Y el tiempo se acaba. Está bien, pongamos las cartas boca arriba. ¿Por qué estás en esta habitación? ¡Porque deseas que yo te diga algo! Ésa es la verdadera razón por la que cruzaste la ciudad esta noche. Quizá hayas creído de buena fe que lo que pretendías era conseguir que Lois se acostase contigo. Por favor, no voy a decir nada contra ella. Es realmente hermosa como un ángel. Pero no puedes engañar a un viejo sucio; no es ningún romántico en lo que concierne a los amores juveniles; sabe lo que valen exactamente... mucho, pero no todo. No, mi querido Kenneth... viniste esta tarde aquí para verme a mí; tanto da que fueras consciente de ello o no. Algo dentro de ti sabía muy bien que Lois no querría volver a ese motel; y que esto te proporcionaría una excusa para mandarla de vuelta a su casa y perderte por aquí. Temo que la pobre muchacha se sentirá espantosamente mal ahora mismo, llorando sobre la almohada. Cuando la vuelvas a ver tienes que ser muy cariñoso con ella...

»Pero me estoy alejando del tema. El hecho es que tú viniste a preguntarme algo que es de verdad importante. ¿Por qué has de avergonzarte y negarlo? Ya lo ves, te conozco bien. Sé exactamente lo que quieres. Quieres que te diga lo que yo sé...

»¡Oh, Kenneth, Kenneth, créeme... no hay nada que me gustara más hacer! Deseo terriblemente decírtelo. Pero no puedo. Literalmente no puedo. Porque, ¿no lo entiendes?, lo que yo sé es lo que yo soy. Y eso no te lo puedo decir. Tendrás que averiguarlo por ti mismo. Soy como un libro que has de leer. Él no se puede leer a sí mismo para ti. Ni siquiera sabe de qué trata. Yo no sé cómo soy... Tú podrías saber cómo soy. Podrías. Pero no quieres molestarte. ¿Sabes?, creo que eres el único muchacho que he conocido en el campus que podría. Esto es lo que hace todo tan trágicamente inútil. En lugar de intentar saber, cometes la inexcusable trivialidad de

decir «Es un viejo sucio», y conviertes esta tarde, que podría ser la más preciada e inolvidable de tu juventud, en un flirteo. No te gusta esa palabra, ¿verdad? Pero es la que conviene. Es la eterna tragedia de hoy en día. El flirteo. Flirtear en lugar de follar, si me perdonas la grosería. Todo lo que hacéis es flirtear, y dejar que la manta destape un hombro, y quejaros de los moteles. Y dejáis pasar lo que podría de verdad (y no te lo digo por decir, Kenneth) transformar vuestra vida entera.

Por un momento, la cara de Kenny es diferente. Sonríe semiofuscado. Luego su sonrisa se quiebra, se refracta, o como quiera describirse, para formar un arco iris de luz que deslumbra. George, cegado, cierra los ojos. Y el zumbido en sus oídos se convierte en el rugido del Niágara.

Media hora... una hora más tarde —no mucho después en cualquier caso—, George parpadea y despierta.

Todavía de noche. Oscuridad. Calor. Cama. ¡Estoy en la cama! Se yergue bruscamente, apoyado en un codo. Enciende la lamparita de la mesilla. Su mano lo hace; un brazo y una manga; una manga de pijama. ¡Estoy en pijama! ¿Por qué? ¿Cómo?

¿Dónde está él?

George sale de la cama, con movimientos inseguros, mareado, con náuseas y totalmente despierto. Dando tumbos va a la habitación de enfrente. No... espera. Hay un papel apoyado en la lámpara:

He pensado que lo mejor era largarme. Me gusta vagabundear por la noche. Si los polis me pescan, no les diré dónde he estado... ¡lo prometo! Aunque me retuerzan un brazo.

Fue magnífica esta noche. Repitámosla, ¿de acuerdo? ¿O no cree en las segundas partes?

No pude encontrar ningún pijama ya usado, así que cogí uno limpio de un cajón. ¿Duerme desnudo? No quise arriesgarme. No podemos permitirnos que agarre una pulmonía, ¿verdad?

Gracias por todo.

KENNETH

George se sienta en la cama mientras lee. Luego, con escasa impaciencia, como un general que acaba de echar un vistazo a un despacho banal, deja caer al suelo el papel, se levanta, va al baño, vacía su vejiga y, sin mirarse al espejo ni dar la luz, vuelve a la cama, se mete en ella y apaga la lamparita.

Pequeño coqueto, piensa para sí, sin el menor resentimiento. Al final no se quedó.

Pero, echado de espaldas en la oscuridad, algo le impide dormir; un cosquilleo en su sangre y en los nervios de las ingles. El alcohol, allá en lo profundo, le excita.

Yaciendo entre tinieblas, conjura en su mente a Kenny y a Lois en su coche, y hace que se dirijan a Camphor Tree Lane, aparquen un poco más abajo de su casa, por si está espiando algún vecino..., atraviesen rápido el puente, abran la puerta —se resiste, ella ríe nerviosa—, choquen contra los muebles del salón —un leve grito en japonés de alarma— y asciendan de puntillas por la escalera sin encender las luces...

No, no funciona. George lo intenta varias veces, pero no puede conseguir que Lois suba la escalera. Cada vez que la empuja a ello, parece desmaterializarse. (Y ahora sabe, con certeza absoluta, que Kenny nunca podrá persuadirla ni siquiera para que entre en la casa).

Pero la obra ha comenzado, y George no la detendrá. Hay que buscar compañero a Kenny. George convierte a Lois en el tenista mexicano, el pequeño gato sexual de piel dorada. No es difícil hacerle subir la escalera a él. Kenny y él están ahora juntos en la habitación delantera. George oye caer un cinturón al suelo. Se están desnudando.

La sangre late oscura en las ingles de George. La piel se estremece y se endurece, abrasadora. Se quita el pijama y lo arroja fuera de la cama.

George oye cómo Kenny susurra al mexicano: «¡Ven, chico!». Se hace invisible y se cuela en la habitación. Allí están los dos, a punto de acostarse juntos...

No. Esto tampoco funciona. A George no le gusta la actitud de Kenny. No toma en serio el placer; de hecho, parece a punto de estallar en risitas histéricas. ¡Rápido... es necesario un suplente! George, apresuradamente, transforma a Kenny en el muchachote rubio de las pistas de tenis. ¡Oh, mucho mejor! ¡Perfecto! Ahora se pueden abrazar. Ahora puede empezar el ardiente y salvaje juego. George se cierne sobre ellos observando; luego pasa entre sus cuerpos retorcidos, palpitantes. Es tanto uno como otro. Es los dos al mismo tiempo. ¡Ah, es delicioso! ¡Ah... ah...!

Tú, viejo idiota, dice la mente de George. Pero no se avergüenza de sí mismo. Habla al sudoroso y relajado cuerpo con un buen humor tolerante, como lo haría con un perro hambriento y viejo que se hubiera tragado un trozo de carne mucho mayor de lo que en realidad quería. Bien, ¿nos dejarás dormir a los dos ahora? Su mano busca un pañuelo bajo la almohada y seca su vientre.

Conforme el sueño va extendiendo sus alas sobre él, se pregunta: ¿Me molestará encontrar la mirada de Kenny en la clase del lunes?

No. No mucho. Incluso aunque se lo haya contado a Lois —cosa que dudo—: Le desnudé, le acosté, estaba borracho como una cuba. Porque entonces tendría que contarle también cómo se bañaron. ¡Tenías que haberlo visto en el agua... tan loco como un niño! No se le puede dejar solo, le dije.

George sonrío para sí, totalmente contento consigo mismo. Sí, estoy loco. Ése es mi secreto; mi fuerza.

Y voy a estar mucho más loco, anuncia. ¡Miradme todos! ¿Sabéis qué...? ¡Voy a

volar a México en Navidad! ¿Me desafiáis a hacerlo? ¡Lo primero que haré por la mañana será sacar los billetes!

Se duerme, aún sonriendo.

Después de esto, a ratos, semiconsciencia. Salidas parciales a la superficie que apenas rompen la serena lámina de agua. Casi todo George está sumergido en el sueño.

Con un riego mínimo, el cerebro dentro del cráneo, sobre la almohada, reconoce oscuramente; no como durante el día. Es incapaz de decidir. Pero, quizá precisamente por eso, se da cuenta, en este estado, de ciertas decisiones aún no tomadas. Decisiones parecidas a los codicilos firmados en secreto, testificados y encerrados en el lugar más seguro, a la espera del momento de su ejecución.

Durante el día George puede incluso poner en duda al autor de tales decisiones; pero por la mañana no se le permitirá recordar las respuestas.

*¿Qué ocurrirá si Kenny se ha asustado? ¿Y si no vuelve?*

Que se quede donde está. George no le necesita, ni a él ni a ninguno de esos chicos. No busca un hijo.

*¿Y si Charlotte regresa a Inglaterra?*

Puede pasar sin ella, si debe. No necesita una hermana.

*¿Volverá George a Inglaterra?*

No. Se quedará aquí.

*¿Por Jim?*

No. Ahora Jim pertenece al pasado. Ya no es útil para George.

*Pero George le recuerda con tanta precisión y fidelidad.*

George se obliga a recordar. Teme olvidar. Jim es mi vida, dice. Pero tendrá que olvidar si quiere seguir viviendo. Jim ha muerto.

*¿Entonces por qué quiere George quedarse aquí?*

Aquí conoció a Jim. Cree que aquí encontrará a otro Jim. Aún no lo sabe, pero ya ha empezado a buscar.

*¿Y cómo sabe George que le encontrará?*

Lo único que sabe es que debe encontrarle. Cree que lo conseguirá porque debe hacerlo.

*Pero George se hace viejo. ¿No será pronto demasiado tarde?*

No emplees nunca esas palabras con George. No las escuchará. No se atreve a escucharlas. Al infierno el futuro. Dejárselo a Kenny y a los otros chicos. Y dejad a Charley su pasado. George se aferra sólo al ahora. Es ahora cuando tiene que encontrar otro Jim. Ahora cuando tiene que amar. Ahora cuando tiene que vivir...

Mientras tanto, he aquí este cuerpo que conocemos como el cuerpo de George, dormido en la cama y roncando alto. La humedad del aire oceánico afecta a sus

senos, sin olvidar que, después de haber bebido, ronca todavía más fuerte. Jim solía despertarlo a patadas, volverse del otro lado o, en un ataque de furia, irse a dormir a la habitación delantera.

Pero ¿está aquí presente todo George entero?

Unas pocas millas al norte, en la costa, en unos arrecifes de lava bajo los acantilados, hay toda una serie de lagunas en los huecos de las rocas. Se puede ir a verlas cuando la marea está baja. Cada laguna difiere de las demás y está separada de ellas, y si se tiene imaginación, se las puede bautizar: George, Charlotte, Kenny, la señora Strunk. Del mismo modo como, por comodidad, se considera a George y a los demás entidades individuales, se puede también tratar a una laguna rocosa como una entidad particular; aunque, por supuesto, no lo es. Las aguas de su conciencia —por decirlo de alguna manera— están plagadas de ansiedades perseguidas, codicias de rostro torvo, brillantes y fugaces intuiciones, obstinaciones arcaicas que se aferran —dentro de sus espesos caparazones coriáceos— a bloques pétreos incommovibles, brillantes y profundos secretos sin desvelar, ominosos organismos proteicos de movimientos misteriosos, en avance lento, amenazador, hacia la superficie y la luz. ¿Cómo puede siquiera coexistir tal variedad de criaturas? Porque han de hacerlo. Las rocas entre las lagunas mantienen su mundo unido. Y durante la marea baja, no conocen otro.

Pero el largo día termina al fin; da paso al tiempo nocturno de la marea alta. Y así como las aguas del océano llegan inundándolo todo, ensombreciendo y anegando las lagunas, así también sumergen a George y a los otros, durante el sueño, las aguas de ese otro océano; esa conciencia que no es de nadie en particular y que contiene a todos y a todo, pasado, presente y futuro, y refluye, sin interrupción, más allá de los astros infinitamente lejanos. Es de esperar que, en la tiniebla de la pleamar, algunas de esas criaturas, arrancadas de sus lagunas, se internen allá lejos, afuera, en las aguas profundas. Pero cuando vuelva a amanecer el alba de la bajamar, ¿regresará alguna? ¿Nos podrán comunicar, de alguna manera, cómo fue su viaje? ¿Podrán informarnos de algo... aparte de que las aguas del océano no son ni más ni menos que las de la laguna?

Dentro de este cuerpo acostado, la gran bomba prosigue sin pausa su trabajo; no necesita descanso. En este vehículo que late apacible, la reducida tripulación lleva a cabo los pequeños ajustes precisos. En cuanto a lo que ocurre en cubierta, nada saben, a excepción de eventuales señales de peligro, casi siempre falsas alarmas; luces rojas que fulguran desde el sobresaltado tronco cerebral, lacónicamente desmentidas por la juiciosa corteza. Ahora, sin embargo, los controles son sólo automáticos. El córtex dormita; el tronco cerebral registra únicamente alguna pesadilla ocasional. Todo está dispuesto, al parecer, para funcionar de manera rutinaria de aquí al amanecer. Las probabilidades de un accidente están reducidas al mínimo. La garantía de seguridad

de este tipo de vehículo es asombrosa.

Pero de todas formas imaginemos...

Retrocedamos por un instante al momento concreto, años atrás, en que George entró en The Starboard Side y vio por primera vez a Jim, aún no licenciado de su servicio militar y espléndido más allá de toda expresión en su uniforme de la Marina. Supongamos que, en ese preciso momento, allá dentro, en una de las ramas principales de una arteria coronaria, dio comienzo un proceso de avance inimaginablemente lento. De alguna forma —los médicos son incapaces de decirnos con exactitud por qué— la lisa capa interna de la arteria se va haciendo rugosa. Y uno a uno, en esa superficie irregular del endotelio, se depositan iones de calcio transportados por la corriente sanguínea... Así, con gran parsimonia, insensiblemente, con la mayor discreción y sin proporcionar signos que puedan ser captados por los fastidiosos funcionarios del cerebro, se llega a esa situación indecente y melodramática: la formación de una placa ateromatosa.

Simplemente, supongámoslo. (El cuerpo tumbado en la cama todavía está roncando). La probabilidad de que ocurra es ampliamente improbable. Podrías apostar miles de dólares contra el suceso, esta u otra noche. Pero al mismo tiempo podría estar a punto de ocurrir... en los próximos cinco minutos.

Muy bien... supongamos que ésta es la noche, la hora, el minuto señalado.

Ahora.

El cuerpo en la cama se mueve un poco quizá; pero no grita, no se despierta. No exterioriza ninguna señal del *shock* aniquilador, instantáneo. Córtex y tronco cerebral son eliminados en ese apagón final con la rapidez con que lo haría un estrangulador indio. Cortado su suministro de oxígeno, el corazón se agarrota y se detiene. Los pulmones mueren, aislados de sus fuentes de energía. Las arterias se contraen por todas partes. Si el bloqueo no hubiera sido absoluto, si la oclusión hubiera tenido lugar en alguna de las ramas secundarias de la arteria, la reducida tripulación habría podido manejarlo; son capaces de obrar milagros de ingeniería. Con tiempo suficiente, habrían podido disponer derivaciones, abrir comunicaciones colaterales, sellar el área dañada con una cicatriz. Pero no ha habido tiempo. Todos mueren en sus puestos, sin aviso.

Quizá, durante unos minutos todavía persiste la vida en ciertos tejidos de zonas periféricas del cuerpo. Luego, una a una, las luces se extinguen y la tiniebla es total. Y si alguna porción de la no-entidad que hemos venido llamando George ha estado ausente en este momento del *shock* terminal, allá lejos en las aguas profundas, se encontrará sin hogar al volver. Pues ya no se puede asociar con lo que yace ahí, sobre el lecho, en silencio. Ahora esto es afín a la basura acumulada en el contenedor del porche trasero. Ambos han de ser retirados y eliminados dentro de poco.

## Winston Leyland entrevista a Christopher Isherwood

NOTA: La entrevista que publicamos fue grabada en el verano de 1973 por Winston Leyland, editor de *Gay Sunshine Journal*, y apareció originalmente en el número 19 de la revista, septiembre-octubre de 1973. Su traducción al castellano, realizada por Eduardo Wards Simón, y corregida y revisada por Armand Fluviá, fue publicada por primera vez en el libro *Cónsules de Sodoma*, volumen I, *Tusquets Editores*, Barcelona 1982 (*Gay Sunshine Interviews volume I*, San Francisco, CA, 1978/1982, *Gay Sunshine Press*), primero de dos volúmenes que, editados por el propio Winston Leyland, reunían algunas de las entrevistas a poetas, novelistas, dramaturgos y compositores homosexuales, publicadas por *Gay Sunshine Journal*, entre 1973 y 1978.

Winston Leyland (Lancashire, Inglaterra, 1940), uno de los máximos activistas del movimiento de liberación *gay* durante los años setenta del pasado siglo, ha vivido siempre en Estados Unidos. Editor de la revista *Gay Sunshine Journal* desde 1971 hasta 1983, y editor y director de la editorial *Gay Sunshine Press*, en 1984 fundó *Leyland Publications* desde donde ha continuado publicando cerca de ciento veinte libros de cultura popular, cultura erótica y literatura homosexual. Para cualquier información sobre su labor editorial, escribir a Winston Leyland, PO Box 410690, San Francisco, CA 94141.



LEYLAND: *En la introducción a sus Berlin Stories (Historias de Berlín), usted dice que destruyó su pasado y que el verdadero Christopher Isherwood desapareció. ¿Qué quería decir con esa afirmación?*

ISHERWOOD: Bueno, ésta es una expresión literaria. Mi religión, vedanta, me anima a creer que no existe un único Christopher verdadero, en un sentido personal. Hay muchos, todos igualmente reales o irreales. Al empezar a escribir sobre Berlín, encontré que la historia sería más coherente, y en realidad más verídica, si la novelaba hasta cierto punto. Y así empecé a reescribir mi vida y, por tanto, a fabricar un Christopher diferente. Pero la historia nunca se aparta de mi propia experiencia esencial. Sigue siendo Berlín tal como yo lo vi. Nunca concedí a mi Christopher ficticio alguna característica o virtud o vicio que yo mismo no tuviera. Estoy de acuerdo con Hemingway: uno sólo debe escribir acerca de lo que conoce.

Por supuesto, la experiencia de Berlín me pareció entonces diferente. Mientras estaba allí no resultaba tan hechizante como ahora. De hecho, había largos períodos aburridos y tranquilos, en los que todo iba como siempre. Ahora, la gente me dice a menudo: «¡Dios, si hubiera vivido en esos días! ¡Si hubiera estado allí con usted!». Yo me sonrío, porque pienso en lo aburridos que habrían estado muchas veces. Y sin embargo, lo curioso es que puedo mirar atrás, a Berlín, a través de sus ojos —como si mirara por el telescopio de mis cuentos— y verlo como ellos lo ven.

LEYLAND: *¿No cree usted que, de la misma forma, la gente está contemplando el período beat de los años cincuenta de San Francisco como algo romántico?*

ISHERWOOD: Desde luego que sí. Pero, en la vida, hay períodos en que uno encuentra a románticos tanto en el momento como después. Por ejemplo, mi viaje a China con Auden, en 1938, me pareció tan romántico entonces como ahora. Pero Berlín —porque pasé allí varios años— se convirtió simplemente en una forma de vida. En invierno era una ciudad muy oscura y gris, con edificios pesados. Yo daba clases de inglés, día tras día. Por la tarde solía venir un amigo e íbamos al cine. Era agradable, pero desde luego no fue una época brillante ni muy animada. Era atractivo porque era joven y estaba lleno de vida, y enormemente feliz de estar lejos de todas las restricciones que representaba Inglaterra... y, sobre todo, me sentía totalmente libre sexualmente. También me representaba una gran libertad ser capaz de hablar un idioma extranjero. Podía decir cosas en alemán que incluso me habría sido violento decir en inglés, en especial sobre el amor y el sexo. Y eso hacía que me sintiera como una persona nueva. Sin embargo, después de tres años y medio, ya me había acostumbrado bastante a todo eso. Ya no era emocionante.

LEYLAND: *Sus personajes en The Berlin Stories ¿eran sacados de la vida real?*

ISHERWOOD: Sí, por supuesto. No hay ningún personaje importante en las historias

de Berlín que no esté basado en un modelo real.

LEYLAND: *¿Y el barón Kuno von Pregnitz? Es casi una caricatura del homosexual prusiano.*

ISHERWOOD: La isla imaginaria donde él vivía con todos los chicos... eso lo saqué de otra persona, en realidad. Este tipo de barón —me refiero al que se da aires de aristócrata, aunque a menudo el título se lo inventaba él mismo— era una figura corriente en el mundo de los bares homosexuales de Berlín.

Supongo que, en el fondo, siempre supe que quería escribir sobre Berlín, incluso mientras estaba allí. Por eso escribí un diario. Era fragmentario y conciso, pero más tarde me ayudó a recordar muchas cosas.

Cuando, en 1934, empecé a escribir la novela sobre Mr. Norris, como un año después de haber abandonado Berlín definitivamente, estaba muy influenciado por otra experiencia que acababa de tener. En 1933 conseguí un trabajo en Inglaterra, en el que escribía para el cine. Fue el primero que tuve de ese tipo. (Todo eso lo describo en mi cuento «*Prater Violet*» [La violeta del Prater].) Debido a este trabajo, llegué a estar totalmente mentalizado por el cine. De todas maneras, siempre había sido un gran entusiasta de las películas. Ahora me encantaba la creación de la trama, la acción y el tratar de contar una historia en términos visuales. Incluso mientras escribía esta novela no dejaba de imaginar cómo se verían sus escenas en la pantalla. Eso estaba bien, pero el resultado de mi interés extremo por las tramas fue que puse mi retrato de Mr. Norris en un cuento primitivo, anterior a la historia de Eric Ambler, con algo de melodrama absurdo sobre espionaje. Adoro las historias de espías, tanto en los libros como en la pantalla, pero en este caso los dos estilos no conjugaron muy bien.

LEYLAND: *Pero la persona de Mr. Norris desde luego cobra vida.*

ISHERWOOD: Sí, ha conseguido existir independientemente en la mente de muchos lectores, fuera del libro. El verdadero Mr. Norris también existió independientemente —ahora está muerto— y a menudo hizo cosas que yo no podría haber inventado ni en mis sueños más fantástico. Pero él era muy consciente del Mr. Norris ficticio, e incluso escribió un libro llamado *Mr. Norris and I*. Su verdadero nombre era Gerald Hamilton.

Me preguntan con frecuencia si lamento no haber expresado abiertamente en *The Berlin Stories* que yo era homosexual. Sí, desearía haberlo hecho. Pero, de haberlo dicho, habría tenido que ser de forma muy accidental. Si no, habría hecho que el personaje Christopher sobresaliera demasiado, fuera muy raro, y eso habría destruido el equilibrio entre él y los personajes. Christopher es el narrador, así que no debe sobresalir demasiado. En esos días, haberlo hecho homosexual habría sido

presentarlo como alguien excéntrico. Habría hecho una estrella de un actor secundario. Ésa es una razón literaria válida. Pero también debo decir, francamente, que entonces me habría sido violento crear un carácter homosexual y darle mi propio nombre.

LEYLAND: *¿Cree que habría podido publicar un libro explícitamente homosexual sobre usted en los años treinta?*

ISHERWOOD: Sí, podría haberlo hecho si no hubiera abundado demasiado en detalles sobre actos homosexuales. Pero debo volver a lo que decía antes: en esos días, la gente esperaba que anunciaras el tema de la homosexualidad con toque de trompetas. Para cuando hubiera acabado de presentar, explicar y justificar a Christopher, el homosexual, no habría quedado espacio en el libro para mis otros personajes. Habría desequilibrado la embarcación.

LEYLAND: *Actualmente resulta difícil conseguir entrevistas con algunos escritores conocidos que son gays en su vida privada, pero que nunca han reflejado la dimensión gay en su obra. A algunos les molesta ser entrevistados por una revista como Gay Sunshine.*

ISHERWOOD: Si un escritor no quiere admitir públicamente su homosexualidad, es cosa suya; pero negarse específicamente a hacerlo en las revistas gays es puro esnobismo. Significa que se avergüenza de sus hermanos y hermanas.

LEYLAND: *En el cuento de Peter y Otto, en The Berlin Stories, usted mismo se descubrió un poco más. ¿Tuvo alguna relación con el chico Otto cuando estuvo en Alemania?*

ISHERWOOD: Sí. En ese cuento utilicé a un personaje de Peter, un homosexual inglés. De hecho, no era Peter el que vivía con Otto Nowak en la isla de Ruegen, sino yo mismo. Otto y yo fuimos amantes por bastante tiempo y vivimos juntos parte de él. En realidad, durante todo el tiempo que pasé en Berlín sólo hubo dos chicos por los que sentí verdadero cariño. Primero Otto, y luego otro que abandonó Alemania y viajó conmigo. Hasta cierto punto, el otro está descrito como Waldemar en *Down there on a Visit* (Desde lo más profundo).

Hacia el final de mi estancia en Alemania llegué a ser mucho más consciente de la situación política. *The Berlin Stories* fue escrito con bastante conocimiento actual de la política de entonces. No pude resistir presentarme como alguien profundamente preocupado por el destino de Alemania desde el mismo día de mi llegada. Eso simplemente no fue cierto. Para empezar, yo era tan indiferente como ignorante. ¡E incluso me parece que, todavía en 1932, escribí a mi madre y puse mal el nombre de

Hitler!

En el mundo de la clase obrera de Berlín, todo joven atractivo estaba económicamente presionado para convertirse en un chulo. Nadie conseguía lo suficiente para comer. Estos chulos tendían a juntarse en bandas: ingresaban en partidos políticos que luchaban en bandas contra otros grupos políticamente rivales. Estos chicos tenían una idea muy vaga de la política. Sólo querían algo de acción para aliviar la frustración de sus vidas. Algunos cambiaban continuamente de bando. Muchos de los que se habían llamado a sí mismos comunistas se convirtieron en nazis cuando fue obvio quién iba a ganar.

LEYLAND: *¿Estaban Spender y Auden en Berlín en aquel entonces?*

ISHERWOOD: Ni mucho menos. Auden llegó antes que yo, para refrescar su alemán, porque quería ser maestro. Pero se fue pronto. Éramos viejos amigos: nos conocimos en el colegio, cuando él tenía siete años y yo diez. Nos volvimos a encontrar en la adolescencia, y descubrí, para mi sorpresa, que escribía poesía. Entonces llegamos a ser realmente íntimos. Más tarde, Stephen Spender vino a Berlín desde Hamburgo, donde había estado viviendo. (Todo lo referente a esto puede leerlo en su autobiografía, *World within World* [Un mundo dentro del mundo], que es bastante franca acerca de nuestras vidas).

LEYLAND: *En The Berlin Stories hay una alusión desfavorable a los Consejos de Juventud alemanes de esa época. ¿Cuáles eran sus sentimientos tras ese comentario?*

ISHERWOOD: No me gusta ese pasaje, y no sé por qué lo incluí. Es algo falto de sinceridad, más bien puritano. Quizá lo escribí porque pensaba que esta gente iba camino de convertirse fácilmente en fascista. Pero eso contiene en sí un prejuicio injusto y muy peligroso. Debí haber debatido el tema en toda su amplitud, o dejarlo aparte. ¿Predispone la homosexualidad a ingresar en movimientos juveniles y, por tanto, en ciertas circunstancias históricas, a convertirse en parte de un grupo totalitario? Puede ser. Pero eso no es todo. En Alemania, muchísimos homosexuales que fueron convencidos para hacerlo descubrieron a su costa cómo se ocupan de ellos los regímenes totalitarios. Cuando sucedió lo de los escándalos de Röhm, en 1934, se atacó decididamente a los homosexuales como tales, aunque la verdadera razón para liquidar a Röhm fue enteramente política. Y en la Rusia soviética, más o menos al mismo tiempo, se denunciaba a los homosexuales como fascistas; tanto los comunistas como los nazis veían en ellos a posibles traidores.

LEYLAND: *Y, desde luego, los gays terminaron en campos de concentración nazis. En el número 18 de Gay Sunshine publicamos un pequeño artículo sobre esto. Mucha*

gente asocia la homosexualidad en Alemania a principios de los años treinta con la banda de los SA de Röhm. Se ha montado una caricatura de los homosexuales, como puede verse, por ejemplo, en la película *The Damned* (*El ocaso de los dioses*), de Visconti.

ISHERWOOD: Sí, en *The Damned* hay una marcada sugerencia de que la homosexualidad es un factor importante en la perdición. Ahora la gente me pregunta: ¿No era un tanto decadente?, queriendo decir, en realidad, homosexual. Es para volverse loco; es una simplificación enorme y muy viciosa decir que la Alemania de antes de Hitler era decadente y, por tanto, el castigo de Sodoma y Gomorra cayó sobre ella por mano de los nazis, que a su vez también eran decadentes, por supuesto. Terminas diciendo: «¡Estos alemanes son decadentes de todas formas, no importa de qué partido sean!». [Risas.] De hecho, creo que los alemanes, cuando son homosexuales, son muy buenos homosexuales. Hasta donde sé, no son absoluto decadentes. Se lo toman con sencillez y naturalidad, y tienen una gran capacidad para la ternura y los sentimientos sinceros. A menudo he creído detectar algo parecido en los norteamericanos.

A veces me preguntan sobre mi relación con la chica que sirvió de modelo para la Sally Bowles de la obra y la película *I am a Camera* y la obra musical y película *Cabaret*. Mi relación con la verdadera Sally Bowles fue de lo más simple. Ella sabía que yo la apreciaba como a una hermana, y que yo era un homosexual satisfecho. No teníamos problemas. Nunca hubo tímidas sugerencias de que estaba algo enamorado o de que deseara en secreto acostarme con ella. Eso es lo que encuentro un poco indecente en la película *Cabaret*. Primero se supone que el chico es gay, y luego no lo es, porque puede hacerlo con Sally, y entonces sí lo es, después de todo, porque coquetea con el barón; y luego quiere casarse con ella, pero ella le recuerda que en el futuro puede caer de nuevo e ir detrás de los chicos otra vez. Se presenta su homosexualidad como una especie de debilidad indecente, si no ridícula, de la que hay que burlarse, como cuando uno se moja en la cama.

LEYLAND: ¿Cuándo se dio cuenta por primera vez de su homosexualidad?

ISHERWOOD: Bastante pronto... cuando tenía unos diez años, en el sentido de notar atracción física por los chicos en el colegio. Conseguía tener orgasmos con ellos cuando luchábamos, y supongo que algunos de ellos los tenían también, pero nunca lo confesábamos. Durante mi adolescencia me enamoré muchas veces, pero nunca hice nada. Demoré bastante en llegar a una relación física; sucedió cuando estaba en la universidad. En mi mente no había ninguna duda sobre mi homosexualidad. Era como una decisión que mi cuerpo-mente había tomado definitivamente. Incluso estaba dispuesto a admitir que podría haberme convertido en heterosexual, si así lo hubiera decidido. Un par de veces lo intenté. Fue bastante bien, pero prefería a los chicos y ya sabía que podía enamorarme de ellos. He sido muy feliz de esta forma. Si

mi madre es la responsable, le estoy agradecido.

Como ya dije, ir a Alemania fue para mí un alivio psicológico. Fue en Berlín donde entré en contacto por primera vez con un grupo homosexual organizado. Tenía su centro en el Instituto de Ciencia Sexual, dirigido por el doctor Magnus Hirschfeld. Él fue un gran pionero, y también homosexual. Había conseguido reeducar a la policía de Berlín y liberalizar su actitud hacia el sexo. Sus socios y él se tomaban el trabajo muy en serio, de esa forma tan típicamente alemana que con frecuencia le parece divertida a un extranjero. A menudo me reía de ellos; ahora los veo heroicos y nobles. (El instituto fue más tarde destruido por los nazis). De toda Europa venía gente para ver a Hirschfeld.

Me acuerdo de cómo hizo una demostración científica especial para André Gide. Entre otras pruebas, trajeron a un chico con dos senos femeninos perfectamente formados. Gide estaba sentado sosteniéndose juiciosamente la barbilla. Tenía hacia todo esto una actitud muy pragmática, y no quería escuchar un montón de teorías. A Gide le gustaban los chicos muy jóvenes. En el bar que frecuentaba (uno de mis refugios habituales), no pudieron encontrar a nadie lo suficientemente joven para él, así que le presentaron a un chico que tenía en realidad unos veintitrés años pero aparentaba quince. No hubo quejas. Gide era bastante majestuoso y afable, y además usaba capa. Le gustaba que lo llamaran «*maitre*». Yo no apreciaba entonces su grandeza como ahora. Le consideraba un esnob, pero también consideraba esnob a todo el que no vivía en un barrio pobre.

LEYLAND: *La idealización de la clase obrera y el deseo de mezclarse con ella ¿no es una idea romántica de la clase alta inglesa?*

ISHERWOOD: Típico de la clase alta, sí. Mi propio esnobismo estaba simplemente invertido. La homosexualidad de la clase alta en Inglaterra tendía a fijarse en chicos obreros. No me recuperé realmente de ese estado mental hasta que empecé a vivir en Norteamérica. Cuando estaba viviendo en el barrio obrero de Berlín, sentía que había traspuesto las imágenes y que estaba interpretando el papel de mi propio amante, por decirlo así. Tenía dinero suficiente para vivir en una zona más respetable, de haberlo querido, y más tarde lo hice; me mudé a una vivienda obrera por este chico, Otto. Viví con él y su familia.

LEYLAND: *¿Cuál era la actitud de sus contemporáneos en Inglaterra respecto a la homosexualidad?*

ISHERWOOD: La mayoría de mis amigos eran homosexuales o bien tenían una actitud muy tranquila hacia ella. Habían estudiado en colegios de clase alta y por tanto estaban muy acostumbrados a ella. Pero también yo evitaba instintivamente a la gente que creía que podía estar en contra de mí. Nunca dejé que nadie a quien

conociera íntimamente tuviera una idea equivocada de mi propia homosexualidad.

Vine a vivir a Estados Unidos en 1939. Me sentía bastante atraído hacia los cuáqueros por su pacifismo. Y, hace poco, han hecho una declaración muy positiva sobre la homosexualidad. Quizá sea algo condescendiente en algunos puntos, pero expresa terminantemente que, en ciertas circunstancias, el amor homosexual puede ser tan digno de respeto como el heterosexual.

LEYLAND: *¿Idealizaban el amor gay monógamo en una típica aproximación liberal?*

ISHERWOOD: Probablemente. Estoy de acuerdo en que es muy peligroso igualar una relación homosexual con el matrimonio heterosexual. Se arrastra todo el sistema burgués de obligaciones y el concepto de posesión.

Me gustaría bastante escribir una novela sobre la vida gay, pero es muy difícil hacerlo. Nunca he escrito sobre relaciones homosexuales (sólo algunas referencias en *The World in the Evening* [El mundo al atardecer] y *A Single Man* [Un hombre soltero]), aunque durante mi vida he tenido una serie de relaciones bastante largas. En mis diarios he tratado de examinar mis fantasías sobre el sexo y cómo se conectan con el tipo de relaciones que he tenido. Una de ellas es incestuosa: el deseo hacia un hermano que también sea amante. Un hermano menor.

LEYLAND: *¿Han sido así la mayoría de sus relaciones?*

ISHERWOOD: Sí. Todas han sido con gente menor que yo. Digo «hermano» antes que «hijo», porque no me gusta pensar en la persona que amo como una reproducción de mí mismo. La idea de un hermano sugiere una mayor polaridad entre nosotros.

En mi novela *A Meeting by the River*, y aún más explícitamente en la obra teatral que Don Bachardy y yo hicimos de ella, hay una gran metáfora en torno a los dos hermanos que son los personajes principales. Uno de ellos se hace monje en un monasterio en la India y por tanto tiene «hermanos» monjes. El otro, un hombre casado, se relaciona con un chico de California porque anhela un hermano ideal que sea también amante... una especie de compañero tipo Walt Whitman. Los dos hermanos verdaderos tienen una relación de amor-odio que los une a su pesar hasta que se resuelve al final de la obra.

LEYLAND: *¿Considera usted que las relaciones profundas que ha tenido durante su vida han sido satisfactorias y plenas?*

ISHERWOOD: Han sido plenas, sí. Procuero evitar un poco la palabra «satisfactoria»: sugiere que algo ha sido entregado de acuerdo a lo pedido, según las especificaciones. Sugiere la frase «Instálelo y olvídalo», como aplicado a algo totalmente confiable y

predecible... Se conecta y funciona siempre sin tener que preocuparse. En el amor debe existir la necesidad de preocuparse, en todo momento. El amor no es una póliza de seguros. El amor es tensión. En una relación, lo que yo valoro es la tensión constante, en el sentido de no tener nunca la ilusión de entender a la otra persona. Cuando te enamoras, crees haber descubierto el ave del paraíso, la persona mágica del otro mundo. De pronto, ves a un ser humano en toda su extraordinaria magia. Y sabes que nunca podrás entenderle, que nunca podrás dar algo por supuesto. Es eternamente imprevisible... y tú lo eres para él, si te ama. Y esa es la tensión. Eso es lo que esperas que nunca acabe.

En mi novela *A Meeting by the River*, los sentimientos románticos del hermano casado van dirigidos hacia los hombres, y considera su matrimonio como una especie de fortaleza. Sale de ella para tener aventuras y después corre de vuelta dejando a su amante fuera, en el frío. Este tipo de bisexual me interesa mucho. He conocido a bastantes durante mi vida. A otro de ellos lo describo en *The World in the Evening*, pero creo que el de *Meeting* es bastante más convincente.

LEYLAND: *¿Cree que esa gente es realmente bisexual, o considera que es básicamente homosexual?*

ISHERWOOD: Yo creo que la verdadera clave de la orientación sexual reside más en los sentimientos románticos que en los sexuales. Si de verdad eres gay, eres capaz de enamorarte de un hombre, y no sólo de disfrutar sexualmente con él. Ésa es la prueba que yo le haría a esa gente.

LEYLAND: *A menudo hay una dicotomía entre lo sexual y lo romántico en el mundo gay, dando como resultado el síndrome de la relación-de-una-sola-noche. Es muy difícil (pero muy importante) integrar la amistad al sexo.*

ISHERWOOD: Sí, es verdad. Algunas personas con las que he hablado se han sorprendido mucho cuando les he dicho que a veces me he acostado con amigos. En alguna parte de su obra, Auden dice: «Conciencia de semejanza-simpatía; conciencia de diferencia-amor». Los amigos tienen esta conciencia de la semejanza. La combinación de sexo y amistad puede ser bonita, pero lo más probable es que dure poco, porque la excitación no dura cuando sientes esta conciencia de la semejanza. El amor permanece, pero es un amor sin tensión, un tipo de amor diferente. ¿Cómo podrías enamorarte de alguien de quien puedes decir «Es exactamente igual que yo»? Sería puro narcisismo. Una vez, cuando tenía poco más de cuarenta años, conocí a un chico que era por lo menos quince años menor que yo. Todos se daban cuenta de lo parecidos que éramos físicamente. «Podría ser tu hermano menor», decían. ¡Y yo lo encontraba terriblemente atractivo! Él no sentía el menor interés por mí.



LEYLAND: *¿Cuándo sintió por primera vez la necesidad de esta tensión creativa?*

ISHERWOOD: Cuando era joven. No me dediqué a filosofar sobre ello, pero la necesidad indudablemente existía. Cuando no había tensión, yo no estaba realmente enamorado, aunque a veces trataba de convencerme de lo contrario, porque la persona que había conocido era muy «apropiada» en los demás sentidos. Quiero decir que era alguien que haría exactamente lo que yo quisiera y nunca interferiría en mi trabajo y me esperaría cuando yo saliera y se quedaría en casa conmigo cuando yo quisiera quedarme. Ésa era una parte de mi carácter, y necesitaba una especie de relación matrimonial chauvinista. Mi otra parte sabía que tenía que esperar a la persona mágica que despertara el amor verdadero y, por tanto, la tensión y la destrucción de la comodidad.

LEYLAND: *¿Se sintió tentado de aislarse de las relaciones dedicándose a escribir?*

ISHERWOOD: Sí. En Berlín, cuando era joven y parecía estar quemando mis últimos cartuchos, era terriblemente consciente de mi trabajo. Me levantaba temprano y escribía. De noche, iba por los bares, pero siempre volvía temprano a casa, con o sin compañía, y conseguía dormir toda la noche, con sexo o sin él.

LEYLAND: *¿Ha podido mantener esta disciplina?*

ISHERWOOD: Sí. Lo importante es hacer algo cada día, aunque sea poco. Si te acostumbras a trabajar de joven, después resulta más fácil.

LEYLAND: *El personaje de George en su novela A Single Man ¿era autobiográfico?*

ISHERWOOD: Sí, bastante. Pero hay diferencias importantes. Contrariamente al pobre George, nunca he tenido un amante que se haya muerto cuando estaba conmigo. Además, George es un estoico y un agnóstico, sin ninguna fe religiosa que le ayude en la vida. Desafía al destino. Lucha con uñas y dientes hasta el último momento. Yo no soy en absoluto así.

Por otra parte, George es un profesor profesional. Cuando yo doy conferencias en la universidad, lo hago como invitado, por tanto puedo permitirme bastante libertad en lo que digo. Se espera de mí que actúe como una celebridad, no como un profesor, y que divierta más que instruya. Las cosas que hago decir a George en la clase son las que yo diría. Viniendo de él, están un poco fuera de lugar. Pero creo que *A Single Man* es lo mejor que he escrito nunca. Fue la única vez en que conseguí, casi totalmente, decir justo lo que quería decir.

LEYLAND: *En su libro Homosexual Oppression and Liberation, Dennis Altman le cita a usted hablando de la «aniquilación por la suavidad» que adoptan los liberales hacia los gays. ¿Hasta qué punto ha estado expuesto a esto en su vida?*

ISHERWOOD: Bueno, nunca he sido aniquilado por ella, pero he sido muy consciente de haber estado expuesto. En un campus donde daba una conferencia le pregunté a un amigo: «¿Cuántos de mis colegas saben que soy gay?». Contestó: «Todos». No me sorprendió, pero no dejaba de ser un poco inquietante, porque ninguno lo había dejado ver en lo más mínimo. Si yo hubiera hablado de ello, la mayoría lo habría considerado de mal gusto.

Supongo que mi papel como gay es el de intentar y conseguir que la gente deje de esconderse. Cuando ya eres mayor y bien conocido, los que no se han dado a conocer como gays tienden a aprobarte. Tus libros alientan sus fantasías de libertad.

LEYLAND: *¿Cuál era la actitud de sus padres hacia la homosexualidad?*

ISHERWOOD: He escrito extensamente sobre ellos en *Kathleen and Frank*. Siempre creí que mi madre tenía una defensa interna contra toda idea de homosexualidad. Era incapaz de creer que una relación sin una mujer podía ser seria, en ninguna circunstancia. Pensaba que era una especie de pose, un juego mental mío. Le dije que era gay en cuanto me hice mayor. Pareció aceptar la situación. Siempre se mostraba amable con los jóvenes que llevaba a casa, y en uno o dos casos realmente le gustaron. Pero creo que su imaginación se negaba a aceptar que yo tuviera relaciones sexuales con ellos. A veces su actitud me enfurecía. Incluso creo que me ayudó a afirmarme en mi homosexualidad. Tenía que demostrarle que realmente existen los homosexuales. Pero como vivió hasta los noventa y no tuve tiempo de olvidar mi antagonismo, terminamos aceptando nuestras desavenencias.

Creo que me habría sido mucho más difícil decírselo a mi padre; pero esa crisis nunca se presentó porque le mataron en la Primera Guerra Mundial, cuando yo tenía diez años. Ahora me doy cuenta de que, en mi infancia, sentía atracción física por él. Yo solía ir por la mañana a su habitación, mientras hacía su gimnasia casi desnudo, en calzoncillos. Todavía puedo recordar cómo me gustaba la dureza de sus músculos y el olor de su cuerpo.

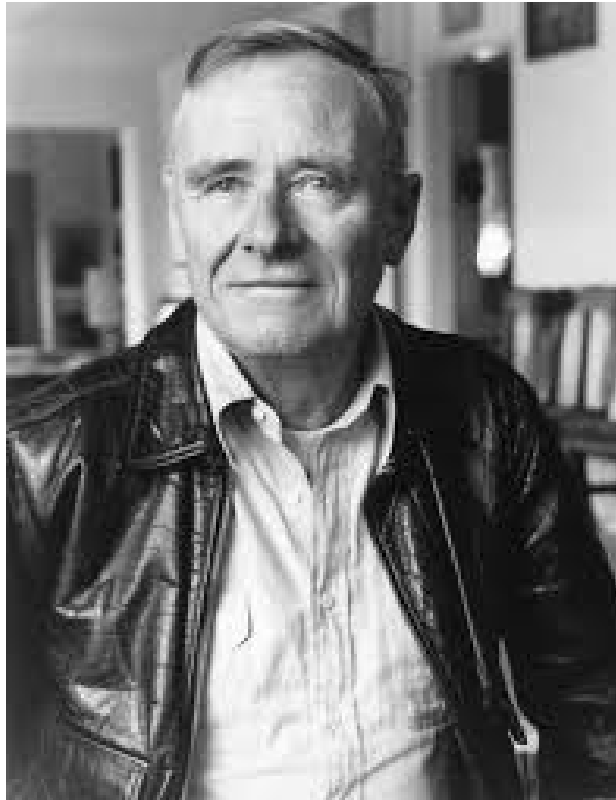
Tuve un tío que era gay, y cuando me hice mayor, hubo una relación muy graciosa entre nosotros. Solía invitarme a cenar a su piso y hablábamos de chicos. Al terminar la tarde, me besaba de una manera demasiado cálida y penetrante para un sobrino, aunque fuera el favorito.

Cuando empecé a escribir *Kathleen and Frank* me resultó obvio que no podía contar su historia sin dejar absolutamente clara mi propia homosexualidad, así que me dediqué a declararlo a lo largo de todo el libro. Y naturalmente esto condujo a

afirmaciones similares en televisión, charlas públicas y entrevistas de prensa. Así que ahora me he dado a conocer oficialmente. Aquellos que siempre han sabido que yo era gay ya no pueden pretender que no lo saben. Mis amigos gays dirán en su mayoría: «¿Y qué?». No me arriesgo a ser despedido de un trabajo, o enviado a prisión o expulsado de la ciudad. La sociedad puede permitirse pasar por alto el comportamiento desviado de un hombre de letras ya mayor, por lo demás respetable, que tiene suficientes ahorros en el banco. Puede ser que lo que he hecho inyecte un poco de coraje en las almas de unos cuantos hermanos tímidos. Si es así, bien. Si no, bien también, porque yo al menos siento alguna satisfacción.

El ochenta por ciento de mis amistades han sido siempre gays, y me siento curiosamente incómodo cuando estoy mucho tiempo lejos de gente gay; es un sentimiento parecido a la falta de oxígeno.

Muchos de mis hermanos se han sentido muy culpables por su condición. A tantos otros más les ha hecho sufrir. Mi vida ha sido extremadamente afortunada. Cito un fragmento de *Kathleen and Frank*: «A pesar de las humillaciones de vivir bajo una dictadura heterosexual y la furia que a menudo ha sentido contra ella, Christopher nunca ha lamentado ser como es. Ahora está seguro de que la heterosexualidad no le habría convenido; habría limitado fatalmente su estilo».



CHRISTOPHER ISHERWOOD, (High Lane, Reino Unido, 1904 - Santa Mónica, EE.UU., 1986). Nació en High Lane, Reino Unido. Educado en Repton School y Cambridge, donde conoció a W. H. Auden, con quien viajaría a China en 1938, abandonó sus estudios sin graduarse. Su primera novela, *All The Conspirators*, se publicó en 1928. En 1929 se fue a Berlín donde permaneció, trabajando como profesor de inglés, hasta la llegada de Hitler al poder en 1933. Después de una segunda novela, entre 1935 y 1939 publicaría las que han sido consideradas como sus obras fundamentales, conocidas genéricamente como *Historias de Berlín: Mr Norris cambia de tren, Sally Bowles y Adiós a Berlín*. Durante la década de los treinta también colaboró con W. H. Auden en tres obras de teatro. En 1939 abandonó el Reino Unido para instalarse en California y en 1946 obtuvo la nacionalidad estadounidense. Es la época de su interés por la metafísica y filosofía orientales, que fructificó en varias traducciones, entre ellas la del Bhagavad-Gita, y de su colaboración como guionista en Hollywood, en producciones como *Cabaret* (1972), basada en su novela *Adiós a Berlín*, o *Yo soy una cámara* (1955), basada en *Mr Norris cambia de tren*. Junto a estas obras capitales destacan las de carácter autobiográfico, como *Christopher y los suyos* (1976), en la que reveló la importancia capital que tuvo su homosexualidad en su obra.

# Notas

[1] La traducción literal de la rima, *Poached eggs on toast are very nice, / if you try them one you'll want them twice!*, sería: «Los huevos escalfados sobre una tostada son muy buenos, / si los pruebas una vez, los querrás otra». (N. del E.) <<

[2] *The Fo'c'sle*, abreviatura de *forecastle*, castillo de proa; *Hi Nuff*, posible juego de palabras basado en *high enough*, que significaría, en este contexto, «estar bastante colocado». (N. del E.) <<

[3] Hart Crane (Garettsville, Ohio, 1899 - golfo de México, 1932). Poeta estadounidense que en obras como *El puente* (1930) intentó conciliar la poesía con la civilización industrial. (N. del E.) <<



[4] Los cañones de carburo (*carbide cannons*) de juguete son muy típicos en Estados Unidos, donde se fabrican desde principios del siglo pasado, pero no tan habituales fuera del continente americano. El carburo, más barato —y sobre todo más seguro—, era, junto al aire comprimido, un compuesto utilizado habitualmente en la fabricación de juguetes bélicos hasta hace pocas décadas. (*N. del E.*) <<

[5] San Tomas, escrito así en el original, aunque lo correcto sería Santo Tomás o *Saint Thomas*. (N. del E.) <<

[6] 80 millas, unos 120 km/h. (*N. de E.*) <<

[7] En español en el original. (*N. del E.*) <<

[8] Juego de palabras intraducible entre *Slow White*, blanco lento o indolente, y *Snow White*, Blancanieves. (N. del E.) <<

[9] Alusión a las obras de Arthur Rimbaud, Ferdinand Céline y T. E. Lawrence; y un término de filosofía budista que define el estado que se alcanza después de la muerte.

<<

[10] Siglas que se refieren a otro colegio universitario, que no hemos podido localizar.  
(N. del E.) <<

[11] STCS, siglas para San Tomas State College, el colegio universitario San Tomas.  
(N. del E.) <<



[12] Frank Raymond Leavis (1895-1978) fue un influyente crítico literario británico, que estudió y dio clases en el Downing College de Cambridge. En febrero de 1962, en el marco de la Richmond Lecture, pronunció una combativa conferencia titulada *Two Cultures? The Significance of C.P. Snow*, sobre el ensayo, *Two Cultures*, publicado en 1958 por sir Charles Percy Snow (1905-1980), eminente físico nuclear que detentó varios cargos políticos, y en el que mantenía la existencia de dos culturas irreconciliables, la de las artes y la de las ciencias. La lectura de Leavis fue publicada el 9 de marzo en *The Spectator*, en la que refutaba la tesis de Snow y le descalificaba como intelectual. La lectura de Leavis fue una de las primeras respuestas al controvertido ensayo de Snow, que generó un debate en el que intervinieron personalidades de la talla de Pierre Bourdieu. (N. del E.) <<

[13] En *La leyenda de Sleepy Hollow*, escrita por Washington Irving en 1799, un jinete sin cabeza aterroriza a los habitantes del lugar. La referencia a Irving y a una obra que forma parte del imaginario estadounidense permiten al autor ironizar sobre los contenidos de la enseñanza universitaria y los «descabezados» que trabajan en ella. (N. del E.) <<

[14] «*And after many a summer dies the swan*». Este verso del poema *Tithonus* (Titono), escrito por Alfred Lord Tennyson (1809-1892) en 1859, da título a la novela de Aldous Huxley, *After many a summer dies the swan*, publicada en español con el título *Viejo muere el cisne* (Seix Barral, Barcelona, 1987). (N. del E.) <<

[15] Un John Bircher es un miembro de The John Birch Society. Fundada en 1958 por Robert Welch en memoria del misionero John Birch, es la extensión del macartismo en su persecución contra las ideas comunistas; alcanzó su punto álgido en 1960, cuando llegó a tener 60.000 miembros. <<

[16] La referencia a los acentos cockney, del East End londinense, y gorbals, que toma su nombre de un barrio de Glasgow, ambos utilizados por personas de baja extracción social, como «precioso», es una ironía del autor. (*N. del T.*) <<

[17] Francis Quarles (1592-1644), poeta británico reconocido por sus caligramas. <<

[18] Sarah Lawrence College de Nueva York. Prestigioso colegio universitario que fue fundado para la educación de las jóvenes de la alta sociedad estadounidense, y se convirtió en uno de los colegios universitarios más progresistas del país en los años sesenta del siglo pasado. (*N. del E.*) <<

[19] En inglés, «*Babylon is fallen, is fallen, that great city*», cita del *Apocalipsis*, 14:8.  
(N. del E.) <<



[20] *Buddy-blues*, así escrito en el original, indica la intención del autor de elaborar un juego de palabras, intraducible al castellano, que hace referencia al blues como género musical, y a la tristeza que siente Charlotte al recordar a Buddy. (N. del E.) <<

[21] Felicidad, en español en el original. (*N. del E.*) <<

[22] *Vitae Lampada*, poema de sir Henry Newbolt (1862-1938), escritor y poeta británico, cuya reputación literaria le fue otorgada por sus baladas, *Admirals All* (1897) y por el poema aquí citado, en el que un futuro soldado aprende el estoicismo necesario para la batalla en un partido de críquet. La estrofa a la que se refiere Isherwood más abajo es: «*The sand of the desert is sodden red, ... The Gatling's jammed and the colonel dead*». (La arena del desierto está empapada de rojo ... La ametralladora se ha encasquillado y el coronel está muerto). (N. del E.) <<

[23] Juego de palabras intraducible: *wither*, mustiar; *water*, regar. (N. del E.) <<

[24] G. I. son las siglas utilizadas para denominar a los soldados estadounidenses. Originalmente procede de *Government Issues*, propiedad del gobierno, un término que se aplicaba a todo el material usado por los reclutas, y que ellos, primero como una broma y luego en serio, hicieron extensivo a sus personas. (*N. del E.*) <<

[25] Thomas Hezekiah Mix, Tom Mix (1880-1940), mítico vaquero del cine mudo norteamericano. (*N. del T.*) <<

[26] En español en el original. (*N. del E.*) <<

[27] En español en el original. (*N. del T.*) <<